LIBROdot.com

LOS PIRATAS DE CARTAGENA

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INDICE

Carta dedicatoria

Contestación

Introducción

La Venganza de un Piloto

El Almirante Corsario Francisco Drake

Los Filibusteros y Sancho Jimeno

El Obispo Piedrahita y el Filibustero Morgan en Santa Marta

La Expedición del Almirante Vernon

Carta dedicatoria

Al excelentísimo señor doctor don Rafael Núñez, Presidente de Colombia.

Estimado señor y antiguo amigo:

¿A quién, sino a usted, podría yo dedicar esta obrita, fruto de mis veladas de los últimos dos meses?

Cartagena ha sido siempre para mi espíritu una de las ciudades más interesantes de Colombia, no tan sólo por su poética belleza, por la amable hospitalidad que siempre he recibido en ella las veces que la he visitado, y por su heroica historia -desde el descubrimiento, al empezar el siglo XVI, hasta los acontecimientos ocurridos allí en el año último-, sino también porque en sus playas vaga para mí el recuerdo de mi padre, a cuyo lado visité en la infancia aquellas magníficas murallas; aquellas ruinas asombrosas de una grandeza que aún no ha muerto. A él oí referir por la vez primera la historia de Cartagena, y lo sucedido allí en la época colonial y en el glorioso sitio de 1815. Estos recuerdos no se han borrado nunca de mi mente.

Hacía mucho tiempo que yo deseaba escribir algo por extenso acerca de las tragedias históricas ocurridas en Cartagena; pero no había tenido ocasión de realizar aquella idea, hasta que, al encargarme del folletín de La Nación, se me ocurrió que éste debería contener algunas narraciones histórico-novelescas de interés en la actualidad, y empecé a escribir los cuadros que usted ha tenido la bondad de leer, según entiendo con algún aprecio, no por el escaso mérito que ellos tengan, sino por referirse a su ciudad natal.

Suplico, pues, a usted que acepte esta dedicatoria, como un público testimonio del grande aprecio y verdadera amistad que profeso al regenerador de mi patria y al más ilustre de los hijos de Cartagena.

Me repito de usted atenta servidora y amiga,

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Bogotá, enero 24 de 1886.

Contestación

A la señora doña Soledad Acosta de Samper.

Mi distinguida señora y antigua amiga:

Soy, desde años atrás, lector asiduo de cuanto su noble pluma escribe; y los cuadros históricos que publica La Nación han debido naturalmente, de una manera especial, interesarme.

La dedicatoria que usted se digna hacerme de la colección de esos cuadros me es, por tanto doblemente grata y honrosa, y la acepto con reconocimiento profundo.

Ligado, durante muchos años, a la respetable casa de usted por vínculo político, en la obra de salvación nacional a que usted bondadosamente alude, debo a ustedes una de las más eficaces cooperaciones. El enorme contingente de su ilustre esposo, el señor doctor Samper, es demasiado notorio. La parte personal de usted es menos conocida; pero tanto a mí me consta, que más de una rectificación de ideas debo a palabras suyas, proferidas en tiempo oportuno, en la época tempestuosa de 1875, en que tuvo principio seguramente la complicada labor de regeneración, próxima ya a final y feliz desenlace.

Repito a usted, con todo respeto, la expresión de mi gratitud; y aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted seguro servidor y leal amigo,

RAFAEL NUÑEZ

Bogotá, 25 de enero de 1886.

INTRODUCCIÓN

La envidia, la emulación y el odio que el gran poderío de España en el nuevo mundo despertó entre las demás naciones europeas, se había traducido por medio de ataques y vías de hecho: cosa natural en un tiempo recién emancipado de la barbarie y que acababa de salir de la época de transición llamada de la Edad Media. Aquellos ataques injustos contra España se pusieron en planta por ciertas asociaciones y compañías de piratas, corsarios, filibusteros, bucaneros y aventureros de diferentes naciones, y particularmente ingleses y franceses, los cuales, con el pretexto de auxiliar a sus gobiernos y reyes -casi continuamente en guerra contra España-, se dieron a robar los tesoros que llevaban de las colonias a la madre patria, cometiendo al mismo tiempo innumerables desafueros y cruelísimas acciones en los puertos hispanoamericanos, como podía temerse de malandrines sin Dios ni ley.

Establecidas aquellas asociaciones de piratas en varias islas de las Antillas, que habían logrado tomar por su cuenta, muy en breve se hicieron poderosos y temibles, y las expediciones que sus jefes enviaban contra la tierra firme causaban el espanto y el terror de los colonos, que jamás podían vivir tranquilos y seguros.

Señalaremos aquí muy de paso los nombres de las expediciones más importantes que atacaron las costas de los territorios que hoy forman la República de Colombia.

Los primeros que arruinaron las recién fundadas poblaciones de Santa Marta y Cartagena, en 1544, pertenecían a la nación francesa, y los historiadores españoles llaman a su jefe Roberto Baal o Bahal. Tras éstos vinieron los tolerados y enviados por la reina Isabel de Inglaterra, al mando de los Hawkins, padre e hijo, los cuales arruinaron a Nombre de Dios y a Río de Hacha. Después

Francisco Drake atacó a Santa Marta, Cartagena, Portobelo y Chagres, en 1586 y 1596. Guateral se apoderó de varios lugares en las cercanías de Portobelo, y lo saqueó; Francisco Lolois hizo otro tanto; pero después de haber robado muchas de las poblaciones del istmo, murió a manos de los indios del Darién.

Uno de los más audaces filibusteros del siglo XVII, Juan Morgan, no se contentó con saquear a Portobelo, sino que entró por el río Chagres, y atravesando el istmo llegó hasta Panamá, a la cual atacó, robó y convirtió en cenizas, ayudado por Carlos Henrique Clerk[1] , que se hallaba en las aguas del Pacífico con una fragata inglesa.

En aquel mismo siglo Juan Spring atacó a Portobelo, en 1670; en 1680 Bartolomé Sharp, Juan Guarlen o Swan Waffer y Bartolomé Bolmen, hicieron el mismo viaje a través del istmo en connivencia con los indios del Darién, y, después de muchas aventuras, los que lograron salir con vida regresaron a Europa en las naves españolas que encontraron en el Pacífico.

Algunos años adelante, un jefe enviado expresamente por la corte de Francia -el Barón de Pointis- se unió a los filibusteros para atacar y tomar a Cartagena.

Al empezar el siglo XVIII, los corsarios ingleses Tomás Colb, Guillermo Dampier y otros cometieron toda suerte de depredaciones a uno y otro lado del istmo de Panamá, y dejaron manchados con sangre sus nombres en los anales de nuestras costas. A mediados del siglo XVIII los puertos de Portobelo[2] , Chagres y Cartagena fueron atacados por las escuadras inglesas al mando, primero del almirante Hossier, después del almirante Vernon y, finalmente, de Guillermo Kinhiesel, enviado por el almirante Ogle.

Los hechos ejecutados por estos enemigos de España, y los acontecimientos ocurridos durante aquellos ataques, todos más o menos dramáticos, dan una idea de lo que eran las costumbres y los caracteres de aquellos pasados siglos; por lo cual nos hemos propuesto narrar en los cuadros histórico-novelescos que se leerán a continuación algunos de los sucesos más interesantes que hemos hallado, particularmente en la historia de Cartagena, una de las ciudades que más odiaban los piratas, y la única que logró defenderse con brío contra sus enemigos, aunque no siempre con éxito feliz.

LA VENGANZA DE UN PILOTO 1544

CUADRO 1

[1] Este fue ajusticiado doce años después en el Perú.

[2] En siglo y medio, de 1596 a 1744, Portobelo fue invadido y saqueado seis veces por los ingleses.

I

-¿Doscientos azotes?

-Ya lo dije.

-Pero...

-No me repliques.

-Permitidme, teniente Bejines, deciros que el piloto es hombre malo, peligroso, y que si no muere de los azotes...

-¡Qué ha de morir si es una fiera bravía!

-Por lo mismo, si queda vivo, no dudéis de que se vengará... Mejor sería mandarle ahorcar o dejarle libre y sin castigo.

-No puedo ni quiero matarle... Su falta ha sido gravísima, pero no tanto que me permita quitarle la vida... Encontré al miserable aporreando a una niña infeliz, porque ésta había defendido una gargantilla de oro que él le quería arrancar... y como le reprendí fuertemente, me insultó y le mandé preso a la cárcel; de allí se huyó con tres reos más, y le encontraron asaltando una casa para robarla.

-¡Buena pieza!...

-Ya ves, no puedo mandarle ahorcar, ni el señor gobernador, que me ha dado sus poderes, lo aprobaría; pero deseo castigarle de una manera que no le permita olvidar su estadía en Cartagena.

-Bien, teniente Bejines, seréis obedecido; pero mucho me temo que os pesará.

-No lo creo... aquel hombre es un miserable y deseo que salga del puerto apenas haya purgado sus crímenes.

-Veré cómo le embarcamos en la primera nave que se presente.

-Yo mismo iré a presenciar el castigo; avísame cuando sea tiempo.

El piloto sufrió los doscientos azotes en silencio y parecía que más le doliera la vergüenza de sufrirlos que el dolor de recibirlos. Arrojaba sobre el teniente Bejines, que era un gallardo mozo, muy favorito del gobernador Heredia, miradas tales de odio infernal, que éste no pudo menos que recordar lo que le había dicho el subalterno, a quien había confiado el castigo del delincuente.

Pero cuando supo que el piloto había pasado por la dura prueba sin mayor deterioro en su salud, y que se había embarcado con rumbo hacia España, muy mohíno y cabizbajo, sintió gran descanso y en breve olvidó el incidente.

Don Pedro de Heredia había regresado de su expedición a Antioquia, muy maltrecho en fama y en hacienda, pues perdió en ella mucho de lo que había ganado en otras; pero los grandes preparativos

que hacía para volver a emprender nuevas correrías, pusieron en movimiento la ciudad de Cartagena, y Alonso Bejines se ocupó activamente en ayudarle a acopiar hombres, armas y dineros, así como toda suerte de bastimentos propios para el caso.

II

Aquel siglo fue el de toda especie de aventuras, unas criminales, otras santas: unos se precipitaban contra los seres indefensos para apoderarse de cuanto tenían; otros volaban a amparar y a socorrer a los desgraciados y convertir a los recién conquistados idólatras; estos quitaban la vida a millares de hombres, y esotros ofrendaban su vida por conquistar almas para Dios.

En tanto que San Francisco Javier recorría las Indias Orientales y San Luis Beltrán las Indias Occidentales, con el objeto de proteger, amparar y dar la vida del alma a millares de indígenas, una nube de piratas recorría los mares para robar y asesinar a cuantos encontraban desapercibidos.

Según don Justo Zaragoza 1 la palabra pirata viene del griego pierates, que significa ladrón que anda robando por el mar y es cruel y despiadado, enemigo del género humano.

Tenían los reyes de aquel tiempo tan poca idea de lo que hoy llamamos honor, que los soberanos de Inglaterra y Francia no hallaban inconveniente en permitir que en sus puertos preparasen los piratas navíos casi públicamente, con el objeto de ir a atacar las colonias de otras naciones con las cuales estaban en guerra. Es cierto que los reyes de Inglaterra y Francia aseguraban que ellos no protegían las piraterías de sus subditos; pero en secreto dábanles licencia para que enarbolasen las banderas de sus naciones, y con ellas pasasen el mar y robasen los puertos de la América del sur.

Un tal Roberto Baal (sin duda de origen flamenco, pero subdito francés), preparaba en el puerto del Havre una expedición de aventuras para atacar a las colonias españolas. Los descalabros sufridos durante tantos años por los ejércitos franceses que combatían contra los españoles, habían puesto de muy mal humor a Francisco I; así, éste por entonces no ponía trabas ningunas a las expediciones ilícitas de los corsarios enemigos de España.

Roberto Baal llevaba en sus buques gran número de jóvenes á quienes había engañado, asegurándoles que su intención era fundar una colonia en la isla de San Cristóbal, y a los cuales daba una corta cantidad para que comprasen armas y municiones, a trueque de firmar obligaciones que les convertían en esclavos suyos durante largos años, sin comprenderlo, sino cuando ya no había remedio.

La flotilla se componía de varios barcos bien armados y tripulados por gran número de criminales escapados de todos los presidios de Europa, y de los más robustos e inocentes jóvenes que Baal había podido atrapar.

Iba ya a levar anclas el buque mayor, cuando se presentó delante del pirata un hombre que pidió que le enrolasen entre los soldados. Quiso hablar aparte al jefe.

-No os pido nada, señor -dijo a Baal-, y firmaré lo que mandéis... Me constituiré en vuestro esclavo, no por cierto número de años, sino por toda la vida, con sólo una condición...

-¿Quién os ha dicho que yo llevo esclavos? -preguntó Baal.

-Nadie... Yo sé y conozco a fondo las condiciones del pacto que hacéis con los que lleváis como colonos... y conociéndolo, me adhiero a ello... pero, como os he dicho, con sólo una condición...

-¿Y cuál es esa condición?

-Que asaltaréis a Cartagena de Indias...

Una luz diabólica brilló en los ojos del pirata.

-¿Por qué a Cartagena?

-Porque allí podréis hacer rico botín.

-¿Y qué más? ...

-No más...

-¿Y qué motivo tenéis para eso? ¿No sois acaso español?

-Sí... pero quiero vengarme de un hombre ... y de la población entera.

-Comprendo... Pero ¿conocéis la manera de entrar en ese puerto?

-He sido por muchos años práctico y piloto en todos los puertos de tierra firme.

-Bien... ¿Cómo os llamáis?

-Iñigo Ormaechea.

-¿Sois vascongado?[3]

-Sí... y por eso nada olvido jamás...

-Os tomo a mi costa... Si sois piloto, como decís, en breve lo veremos durante la navegación; y si nos lleváis ocultamente a Cartagena de Indias, vuestra parte de presa será igual a la de un oficial, es decir, igual a la de ocho soldados...

-Repito, capitán, que yo no pido sino una cosa: que me llevéis a Cartagena y me permitáis hacer la presa que se me antoje; no de dinero sino de otra cosa; lo demás no importa... Yo no vivo sino para vengarme; yo no existo sino con esa intención grabada con letras de fuego en el fondo de mi alma...

[3] "Piraterías y agresiones de varios pueblos de Europa en la América Española".

III

¿Qué era Cartagena en aquella época? Un pobre caserío rodeado de espesa montaña, sin murallas, sin fortalezas, sin puentes. Boca Grande estaba abierta a la entrada del mar, y los navíos más grandes penetraban por allí, de manera que nada era más fácil ni más frecuente que el ver surgir de repente un barco a las puertas de Cartagena, sin previo aviso y sin saberse cómo.

Las islas adyacentes, y aquellas cubiertas hoy de edificios, estaban unas cuajadas de malezas y de fieras, y otras infestadas todavía por tribus de indígenas. La Popa y San Felipe estaban aún cubiertos de corpulentos árboles; los únicos edificios de cal y canto que había en la ciudad eran una parte de la catedral (empezada a edificar en 1538), el hospital y las casas del adelantado don Pedro de Heredia, las cuales abarcaban mucho terreno y tenían una puerta que miraba a la bahía y otra a la entonces calle principal. Pero si la población era poco hermosa, la gente parecía muy alegre y divertida, y se aprovechaban de toda fiesta de iglesia para formar bailes en las casas, y juegos de toros y torneos en las plazas públicas.

La fiesta de Santiago Apóstol, patrón de España, el 25 de julio de 1544, iba a celebrarse en Cartagena con grandísimo boato. El gobernador De Heredia casaba a su hermana favorita con un capitán Mosquera, que prometía hacer lucida carrera en la colonia, y escogió el día del apóstol para que la ceremonia se llevase a cabo con la mayor solemnidad posible.

Habían de jugarse cañas en la plaza mayor; preparábase plaza de toros en la isla que se llamó después Getsemaní; la iglesia catedral estaba adornadísima para la fiesta religiosa; las damas habían preparado vistosos trajes, y los galanes no las iban en zaga con respecto a plumajes, terciopelos y bordados de oro; los cocineros más afamados tenían encargo de hacer ricos platos para las mesas de los vecinos más acomodados, y la tarde anterior habían matado multitud de aves, lechones apetitosos y otros animales que aderezaron durante la velada para trabajar menos al día siguiente. En fin, todos se acostaron aquella noche rendidos de cansancio y soñando con lo que habían de lucir, de comer, de divertirse y lucrar en la preparada fiesta. La noche estaba oscura, porque no había luna, pero en lo alto del cielo brillaban innumerables estrellas, y sobre la mar se arrastraba perezosamente una neblina que anunciaba calor para el día siguiente. La mar estaba tranquila; las olas batían las playas con acompasado murmullo, y los árboles de los contornos se mecían blandamente, impelidos por la brisa que soplaba de tierra hacia el mar. Las luces se habían ido apagando una a una en todas las casas de la ciudad, y por último no se vio más luz que la que se filtraba por una ventana de la catedral, reflejo de la lámpara que ardía delante del sagrario.

-Oigo un ruido extraño del lado del mar, -dijo uno de los vecinos, incorporándose en su hamaca y llamando a sus criados.

-Señor, -le contestaron-: es el viento que empieza a levantarse y anuncia quizá un temporal para mañana.

-Paréceme oír voces de mando, gritos ahogados y ruido de armas...

-El viento suele remedar todos los rumores de la tierra, -contestóle uno de los soñolientos criados.

El hidalgo se envolvió en los pliegues de su hamaca y todo quedó en silencio. Rato después el enfermo y tullido hermano del adelantado De Heredia, don Alonso, despertó sobresaltado.

-¡Hermano! -le gritó llamándole.

El gobernador, que reposaba en la vecina estancia, despertó.

-¿Qué sucede? -preguntó.

-Escucha, -le contestó el otro-: todos los perros del lugar ladran espantados; los gallos despiertan sobresaltados; algo sucede en la ciudad.

-Ya vendrá la aurora, -repuso el adelantado.

Y, levantándose, se acercó al vecino balcón. Estaba oscurísimo, como suele suceder poco antes del amanecer. En aquel momento sonaron en diferentes partes de la ciudad atambores, añafiles y clarines.

-¡Será en honor de la fiesta del apóstol! -exclamó Alonso.

-¡No tal! -dijo el gobernador-: desconozco esos sonidos...

-Entonces ¿qué significa?...

-Que tenemos enemigos dentro de la ciudad, -dijo don Pedro, vistiéndose apresuradamente y dando voces para llamar a sus criados.

Pocos momentos después la ciudad estaba en los mayores conflictos: los piratas franceses, capitaneados por Roberto Baal, habían penetrado por Boca Grande aprovechándose de la oscuridad de la noche y del descuido de los habitantes, y, guiados por el traidor piloto Iñigo Ormaechea, habían rodeado la ciudad y se apercibían para saquearla a su sabor.

Las escenas de horror, de espanto y de congoja fueron muchas; Cartagena no había sido antes atacada por piratas, y nadie se había preparado para semejante desgracia. Los ricos trataban de huir a los cercanos montes, llevándose sus tesoros, y los pobres procuraban escaparse para no caer en manos de los enemigos. Las mujeres gritaban, los niños lloraban, los hombres daban voces, los militares buscaban sus armas, los sacerdotes y los frailes pedían a Dios misericordia...

Cuando el sol surgió sobre el horizonte, debió de sorprenderse al encontrar la ciudad que había dejado tan tranquila la tarde antes, teatro de semejantes escenas.

El teniente Bejines estaba recién casado, y su mujer era tan bella cuanto virtuosa. El tal, apenas oyó la algazara, se levantó prontamente, y dejando. a su mujer en el aposento, bajó a la puerta de la calle para preguntar lo que sucedía.

Abrió la puerta cautelosamente, y como vivía en una calle excusada, no oyó ruido ninguno en ella, y sin precauciones sacó el cuerpo afuera... No se oía nada, y la oscuridad no le permitía ver a dos pasos de distancia, cuando de repente oyó una voz estridente que decía:

-¡Muere, tirano!... ¡Que este pago te lo da el que afrentaste!

Y al mismo tiempo sintió que le hundían en la espalda, atravesándole de parte a parte, un largo y agudísimo puñal.

Cayó al suelo el desgraciado teniente, bañado en su sangre; quiso hablar, pero no pudo hacerlo; mas al levantar los ojos vio, iluminado por los hachones que llevaban encendidos algunos de los piratas que pasaban en aquel momento, la cruel y vengativa mirada del piloto, a quien había mandado azotar un año antes.

Estremecióse el moribundo, recordando, sin duda, la profecía del sargento, y al tratar de incorporarse, quedó muerto...

-Ahora, -dijo el piloto- acabaré de vengarme; y entró precipitadamente en la casa del que había asesinado.

Momentos después salía de la casa llevándose a la hermosa mujer del desdichado teniente, a quien pretendía llevar a uno de los navíos corsarios, sin duda para que le dieran rescate por ella; pero en su precipitación se tropezó con el postrado cuerpo de su víctima y para no caer, tuvo que soltar su presa. Esto salvó a la viuda de Bejines, la cual logró huir y ocultarse de manera que el perverso no la pudo hallar, a pesar de las muchas pesquisas que hizo para dar con ella.

.....

Dos años después, día por día, el malvado Iñigo Ormaechea moría sacrificado por los indios caribes de una de las pequeñas Antillas, los cuales se habían apoderado de una carabela pirata que naufragó en sus costas, robada por el piloto a su patrón Roberto Baal.

EL ALMIRANTE CORSARIO FRANCISCO DRAKE 1586

CUADRO 2

I

Ellos, los viles de botín sedientos, cual camada de lobos han osado acercarce a tu umbral, cara matrona.

RAFAEL NUÑEZ

En 1586 Cartagena había adelantado notablemente. Aunque no estaba enteramente concluida su catedral -una de las más ricas de la América del sur en aquellos tiempos-, ella poseía grandes

riquezas; desde 1559 había ya convento de Santo Domingo, y desde 1575 los padres franciscanos tenían el suyo. En ese mismo año el rey Felipe II había expedido a Cartagena el título de muy noble y muy leal, y el año anterior le había concedido un escudo de armas . Naturalmente había ya muchos edificios construidos con elegancia y solidez, y familias ricas españolas se empezaban a establecer allí definitivamente, llevando consigo las comodidades y las costumbres cultas de la madre patria.

Alboreaba apenas el día 9 de febrero de 1586, cuando los habitantes de Cartagena vieron llegar a la bahía, entrando por Boca Grande -aún abierta a la navegación-, una pequeña carabela, la cual enarboló la bandera española para que la permitiesen entrar sin tropiezo.

Casi toda la población circulaba por las calles y plazas, y entraba en las iglesias y salía de ellas, llevando sobre la frente la ceniza, señal de la humildad, pues era miércoles de ceniza, y los devotos españoles no perdonaban ceremonia religiosa ninguna, y cumplían todos, sin excepción, con los piadosos deberes del fiel católico.

Un joven gallardo, aunque muy mal traído en sus vestidos, saltó a tierra y habló con el oficial que salió a recibirle para conducirle hasta la casa del gobernador, con quien el recién llegado anunció que tenía que hablar de parte del gobernador de Santo Domingo. Al atravesar la ciudad halló que estaba preparada como para sufrir un asalto; todas las bocacalles tenían parapetos de tierra, y en algunas veíanse cañones que las defendían; pero no en todas, porque los cañones eran escasos y no alcanzaban. En algunas partes el oficial hizo notar al recién desembarcado que habían enterrado flechas envenenadas en el suelo, a usanza de los indios, y muchas casas tenían guarnición dentro de ellas.

-¿Por qué son estos preparativos? -preguntó el joven-. ¿Acaso teníais ya noticia de que se acerca una expedición enemiga?

-Sí, -contestó el otro- hace algunos días que el gobernador recibió una carta de su majestad el rey, en la cual le avisaba que había partido de Inglaterra el perverso pirata que tantos males ha causado ya en las Indias... Creo que se llama Francisco Drake.

-Sí, o el Dragón... ¡Cuánto celebro que sepáis ya esta noticia, lo cual me evitará dar una nueva tan desagradable!

Hablando de esta manera, el joven llegó a la casa del gobernador y fue introducido en la sala principal. Una joven que estaba asomada a uno de los balcones que daban a la calle, entró entonces y saludó al recién llegado.

-¿Buscabais a mi padre? -preguntó con amable sonrisa.

-Vengo, -contestó el otro, haciéndola una respetuosa salutación-, en busca de su señoría el señor don Pedro Fernández de Bustos, de parte del gobernador de Santo Domingo.

-Su merced está aún en la catedral, asistiendo a la misa mayor-, contestó la joven...

-Mi comisión es sumamente importante, -repuso el otro-, y si fuera posible mandarle avisar mi llegada...

-Se hará lo que pedís, señor; pero hacedme la merced de decirme el nombre del mensajero del gobernador de Santo Domingo.

-Vuestro servidor, señora, Hernán Mejía Mirabal, ayuda de campo de la confianza del señor gobernador de Santo Domingo, el cual me envió aceleradamente para que avisase el peligro que corría Cartagena de un asalto.

-Aguárdeme vuesamerced un momento aquí, mientras voy a dar orden de que prevengan a mi padre de vuestra llegada.

Momentos después regresaba la niña a la sala y hacía señas a Hernán Mejía para que se sentase en un sillón de alto espaldar que estaba a un lado de la puerta que conducía al balcón, mientras ella tomaba otro que se hallaba al frente.

Doña Clara de Bustos era hija única del viudo gobernador de Cartagena, y por este motivo era dueña y señora de su casa. Criada al lado del noble anciano, que la idolatraba, se había acostumbrado a hacer en todo su voluntad, no obstante la rigidez de las costumbres de esos tiempos.

Un tanto morena, muy pálida por el calor del clima; sus grandes ojos llenos de fuego y expresión, sombreados por largas y crespas pestañas, formaban contraste con una abundantísima y larga cabellera color castaño claro, que le caía en dos anchas trenzas, a la morisca, y le bajaba casi hasta los pies sobre su traje claro. Un collar de oro la adornaba el cuello; brazaletes de perlas los blancos brazos; llevaba en su diminuta mano un abanico, hechura de los indios, formado de vistosísimas plumas, y su pie de andaluza estaba calzado con zapatitos bordados, de plumas también, fabricados con fique y hechos en el país.

-Perdone vuesamerced mi despedazado y sucio vestido, -dijo el joven, notando la elegancia y lujo de la hija del gobernador-; pero me vine de improviso de Santo Domingo, con lo que llevaba sobre el cuerpo, que es lo único que me dejaron los piratas.

-¡Ah! -exclamó la joven dejando de abanicarse, y sin contestar a la primera parte del discurso del recién llegado-; ¿es decir que ya llegó el inglés a Santo Domingo?

-Sí, señora; y desgraciadamente se ha robado cuanto poseíamos, después de haber incendiado los mejores edificios, derribado en parte las iglesias y saqueado nuestros haberes...

-¡Jesús, Jesús! ¡Qué cosa tan horrible! Sin embargo, aunque aquí llegue no podrá entrar: ¿no os parece? Mi padre ha mandado defender el puerto y la ciudad, según dicen, con suma habilidad...

-Es verdad; ¡pero aquel hombre es terrible...! La herejota de su reina Isabel le hizo caballero y barón, le dio veinticinco navíos de guerra, tripulados con dos mil trescientos hombres audaces, sanguinarios y enemigos de nuestra raza y de nuestra santa religión... No obstante su llegada a La Española cuando menos lo esperábamos, nos defendimos lo mejor posible; pero ¿qué hacer contra tanta gente fresca, bien armada y sin ley ni Dios? Asaltaron la ciudad a media noche, entráronla a fuego y sangre, y quemaron todas las casas adonde penetraban, después de haberlas saqueado... Y al fin fue preciso rescatar la parte de la ciudad que no habían quemado aquellos malandrines, ofreciéndoles veinticinco mil ducados en oro.

-¿Y esta es la suerte que se nos aguarda? -exclamó Clara sobresaltada.

-Quizás no... aquí se han hecho preparativos para recibir a los piratas... hay más gente y se les aguarda; nosotros estábamos desapercibidos enteramente...

-¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué haremos, señor capitán? -dijo la consternada niña, dejando caer el abanico para levantar las manos al cielo.

-Mejía Mirabal levantó el abanico, y, al entregarlo a la hija del gobernador, dijo:

-¿Qué haremos? -dice vuesamerced-. El señor gobernador dispondrá lo que le parezca mejor, y yo y los veinte hombres que vinieron conmigo daremos toda nuestra sangre para defender a tan bellas y nobles damas como vos, hasta rendir la vida en la lid.

En aquel momento el maestresala del gobernador entró a avisar que su amo se acercaba ya, y efectivamente se presentó momentos después don Pedro Fernández de Bustos, seguido de algunos pajes de su servidumbre, pues los altos empleados de las Indias gastaban todo el boato de los grandes de España.

Miró sorprendido a su hija al encontrarla sola conversando con el recién llegado, y preguntóla por la dueña que la cuidaba.

-Salió a misa... y como me quedase aquí, llegó el señor capitán con noticias tan terribles, que no he podido menos de oírle.

Díjole entonces éste lo que antes había relatado a Clara, y añadió que la expedición del pirata podría llegar frente a Cartagena de un momento a otro, pues él había salido la noche antes de aquella en que Drake había anunciado que se pondría en marcha para aquel puerto a saquearlo sin misericordia.

-Pero señor capitán, -preguntó Clara-, ¿quién es ese hombre tan fiero, y por qué se ha propuesto su reina maltratar a estas Indias con tanta crueldad?

-Es cierto, capitán, -añadió el gobernador-. Mucho he oído hablar de ese Drake o Dragón inglés, pero no sé quién sea,

-Según oí decir en Santo Domingo a un mal flamenco que le había acompañado en muchas de sus aventuras, el Francisco Drake, que hoy cuenta unos cuarenta y cinco años, nació en un poblachón ingles 2 , de padre protestante, enemigo declarado de nuestra santa religión, el cual enseñó a su hijo sus malísimas ideas. Como el protestantazo aquél era muy pobre, mandó a su hijo, desde muy niño, como grumete a un buque mercante holandés. Entre tanto la santa reina María Tudor, esposa de nuestro muy querido rey Felipe II, castigó duramente al hereje del padre del pirata, y éste juró hacer la guerra a los católicos para vengarle.

-¡Mala raza! -exclamó el gobernador-; ¡estirpe de malandrines!... Veamos cómo ha cumplido su juramento.

-A medida que el actual pirata iba creciendo, creció también su ambición, y, muy joven todavía, se vio dueño de un buque mercante, en el cual transportaba negros que vendía como esclavos en los puertos de las Indias; y como dueño de un navío que llamaba el Dragón, tomó parte en aquella

expedición que hizo un tal Hawkins a las costas de México, y que fue desbaratada por la marina española.

-¡Bien me lo acuerdo! -dijo don Pedro Fernández-. Aquella señalada victoria de nuestra marina aconteció hacia 1570... Yo estaba recién casado, y en el mismo año nació mi Clarita aquí presente.

-Después de aquel desastre, Drake se ensañó más y más contra los españoles, y juró no abandonar la persecución de nuestras Indias sino con la vida. Las costas de Venezuela, las de México y las del Darién tuvieron que sufrir muchísimo con sus depredaciones. Oyó hablar de su audacia y de su fama como corsario la hija de Ana Bolena, la perversa Isabel, y le hizo comparecer delante de ella; gustóle su porte y el odio que tenía a los católicos, y le confió varias empresas en Europa, y después una para que fuese a tratar de destruir las ricas colonias españolas en el mar Pacífico. Después de atravesar el estrecho de Magallanes con una escuadra de cinco buques, salteó y saqueó las costas de Chile y Perú, y aunque no tocó en Panamá, siguió por el norte hasta un pueblo que los nuestros llaman de San Francisco y que él bautizó con el nombre de Nueva Albión 3 .

-¡Insolente! ¿Y eso cuánto hace?

-Unos ocho años.

-¡Virgen Santísima de los Desamparados! -exclamó la niña agarrando una mano de su padre-; ¡y qué mal hombre es aquél! Continúe vuesamerced...

-Temeroso probablemente el pirata de que saliesen ya a su encuentro las escuadras españolas que se aguardaban en el Perú, y reducido a un solo buque -puesto que los otros habíanse despedazado en las costas del mar Pacífico-, resolvió regresar a su tierra, cargado de riquísimo botín, por la vía de Filipinas, Java y cabo de Buena Esperanza, movimiento que ejecutó con toda felicidad hasta llegar a Inglaterra, después de más de tres años de ausencia.

-¡El diablo le ayudará! -exclamó el gobernador-, pues éste anda suelto en su tierra desde que aquel mal rey Enrique VIII desobedeció al Papa, se divorció de nuestra princesa Catalina y llevó a su reino las herejías de Lutero.

-¿Y cómo le acogió su reina?

-Malísimamente aquella vez, porque estaba de paz con España, y pretendía hacer no sé qué tratados con el rey Felipe... Pero al cabo de poco la Isabel tuvo necesidad de un corsario de su temple para que llevase, a cabo las vituperables hazañas que le distinguen, y sin pararse en delicadezas, se fue ella misma al barco en que estaba el pirata, y sin más ni más le confirió el título de caballero.

-¡Hija de Ana Bolena había de ser! -exclamó don Pedro Fernández-... ¿Y después qué hizo aquel malandrín?

-Ponerse a la cabeza de una escuadra compuesta de veinticinco barcos bien armados, llevando a bordo dos mil quinientos hombres, con el objeto de venirse a estas Indias, atacarlas, saquearlas, tratarlas de destruir, y así hacer la guerra al rey de España.

-¡Señor gobernador, señor gobernador! -exclamó el maestresala, entrando apresuradamente-. ¡Llega el capitán del puerto a hablar con vuesamerced y trae noticias alarmantísimas!

-¡Que entre! -contestó el magnate, mientras que la niña se dejaba caer, temblando de miedo, sobre un banco.

-Señor, -dijo un hombre alto, grueso, rojo de cara y con aire marcial; iba vestido de militar: señor gobernador, acabo de ver surgir sobre el horizonte diez y nueve velas, cuyas formas me hacen creer que son las del maldito pirata inglés.

-¡Diez y nueve velas! ¡Coronel Vique!...

-¡Diez y nueve, sí señor!

-¿No me decíais, -repuso el gobernador, dirigiéndose al capitán Mirabal-, que el Drake poseía veinticinco barcos?

-Efectivamente esos tenía cuando llegó a Santo Domingo; pero envió cinco o seis naves a su tierra conduciendo los millones que había tomado allí...

-Que inmediatamente se preparen las baterías, -dijo el gobernador-; se avise al capitán Miguel González para que prepare los 500 indios flecheros que tiene a su cargo entre los manglares, y ponga gente que defienda la Media Luna; que el capitán Martín Polo con su compañía de cien hombres se plante en el paso de la Ciénaga, con el objeto de que el enemigo no desembarque en la Punta de Canoa; la compañía de negros esclavos, con sus capitanes, se situará en el puente...

-Y a mí, señor, ¿qué cargo me dais? -preguntó el recién venido.

-Elegiréis el puesto que os plazca... -contestó el gobernador cortésmente.

-¿Me concedéis la defensa del Fuertecillo?

-Es uno de los más peligrosos...

-Si no fuera así, señor don Pedro, no lo elegiría yo.

-¡Bien, bien! -exclamó el gobernador-; Vique, -añadió-, daréis al capitán Mirabal lo que necesite.

-Tengo veinte hombres, -dijo éste-, y las armas necesarias.

-Vique, -añadió don Pedro-, vuesamerced permanecerá en la ciudad con trescientos hombres de infantería y ochenta de caballería.

Ya para entonces se había llenado la casa del gobernador de oficiales y de vecinos.

-¡A su puesto cada cual! -gritó el gobernador-. Los que no quieran o no puedan pelear, tomarán a su cargo las mujeres y los niños con todo lo que se ha prevenido para el caso, e irán a acampar en el alto de La Popa, en el monte y en las casas que se han preparado para albergar a los que salgan de la ciudad.

Clara, entre tanto, permanecía callada y temblorosa, derribada sobre la silla, con los ojos fijos en su padre, con aire aterrado.

-Hija, -dijo el gobernador acercándosele-: es preciso que te animes; y así como yo debo dar ejemplo de valor en esta plaza, tú lo debes dar a la población que emigra; ¿me entiendes?

Clara se levantó como impelida por un resorte, se limpió los ojos llenos de lágrimas, hizo un esfuerzo supremo, y, besando la mano de su padre respetuosamente, dijo:

-¡Sumerced tiene razón!... Seré valiente y animosa como hija de quien soy. ¡Adiós, padre querido!...

Volvióse al joven Mirabal, le hizo una señal de despedida y se alejó en busca de sus criadas.

II

El sol ardiente de los trópicos arrojaba sus rayos de fuego sobre los arenales de Cartagena; la mar parecía a lo lejos un espejo azul con reflejos tornasolados, salvo en las playas, contra las cuales se estrellaba suavemente, produciendo una música sorda y monótona; el cielo no ostentaba una sola nube, y su azul intenso parecía reflejar con rayos de oro los fuegos del rey del mundo solar... El calor era sofocante; la brisa, que no alcanzaba a rizar las ondas marítimas, apenas mecía suavemente las hojas de los manglares que circundaban entonces la bahía de Cartagena en su totalidad. La población masculina de la ciudad se hallaba sobre la playa y miraba con asombro y terror la escuadra enemiga que se acercaba, aunque lentamente, y se dirigía hacia la entrada de Boca Grande, la cual, como hemos dicho antes, se hallaba entonces abierta a la navegación y defendida apenas por unos fuertes provisionales, hechos de tierra, cuya defensa era imposible contra los tiros del cañón enemigo.

Las campanas de las iglesias tocaban a rebato, y a cada momento se presentaban los vecinos al gobernador, unos armados con bocas de fuego malísimas y otros con machetes y lanzas.

Los bajeles enemigos llevaban banderas y gallardetes negros, y se adelantaban como sombras fatídicas hacia la plaza, llenando de pavor y de coraje a cuantos los veían.

El obispo Fray Juan de Montalvo 4 se hallaba en medio de su grey y rodeado del guardián de San Francisco, fray Sebastián de Garibay, y algunos de sus religiosos, del prior de Santo Domingo, fray Bartolomé de la Sierra, y de otros clérigos y religiosos que estaban, unos, establecidos definitivamente en Cartagena, y otros, que se habían detenido allí de paso para el interior del Nuevo Reino de Granada, o para Panamá o el Perú, pues Cartagena era escala obligada para cuantos iban al sur de América.

El obispo dirigía palabras de consuelo a la atribulada población, mientras que el gobernador y los otros empleados civiles y militares de alta graduación procuraban alentarla, asegurándola que aunque los ingleses parecían muchos, el valor de los españoles era proverbial, y si Dios les protegía, no había duda que les rechazarían.

-Recuerdo, -decía a varios curiosos que le rodeaban, un antiguo poblador y colono cartagenero, que había vivido allí desde muy niño-, recuerdo lo que sucedió el año de sesenta. ¡Cuánto no tuvimos que sufrir entonces!

-¿Qué hubo, señor don Benito, en aquel tiempo? -preguntóle un joven-; pues yo, aún no había nacido entonces...

-¡Contadnos eso, contádnoslo señor! -exclamaron varios, rodeando al viejo.

-Acababa de desembarcar en esta plaza el sucesor del muy apostólico varón don fray Gregorio Bátela -su señoría don Juan de Simancas, que había sido consagrado obispo en Santafé por el obispo Barrios-, cuando una mañana como esta nos cogieron enteramente desprevenidos siete navíos grandes, comandados por dos piratas franceses, llamados Martín Coté el uno, y el otro, cuyo apellido no supe nunca, le titulaban aquellos malandrines el capitán Juan.

-¿Y qué hicieron?

-¡Diabluras!

-¿Y vosotros no procurasteis defender la plaza?

-El gobernador se había ido a la feria de Portobelo; la ciudad estaba desamparada, y capitaneados por el señor obispo mismo, hubimos de huir al monte... Los piratas se hicieron dueños de todo, quemaron el barrio de Getsemaní, y del convento de los padres franciscanos no quedó ni la ceniza.

-¿Por eso sería que los padres se fueron a establecer entonces en Tolú? -preguntó un curioso.

-Así lo hicieron; pero, a instancias de toda la población, regresaron en breve y labraron el convento que veis ahora, tan holgado y rico edificio como es...

-¡Al grano, al grano, señor don Benito! -exclamó un militar con impaciencia-. Decidnos qué más hicieron los franceses.

-¡Qué habían de hacer sino saquear cuanto hallaron a mano! Lo que no podían llevarse lo quemaban, hasta que, en una disputa con un clérigo de los que llevaban, el Martín Coté murió de un balazo que aquél le dio en el corazón; los suyos le hicieron un famoso entierro y le sepultaron en la iglesia catedral...

-¡Los desvergonzados! -exclamó otro de los oyentes-. ¿Y todavía está allí?

-¡No tal! Cuando se fueron los piratas y volvimos a la ciudad, el señor obispo mandó sacar el cadáver, arrojarle a un muladar y bendecir la iglesia de nuevo.

-Oiga vuesamerced, señor don Benito, -dijo con altanería el gobernador, que le había estado escuchando- ya que se entretiene en referir lo sucedido en otros tiempos para amilanar a los que le escuchan, ¿por qué no cuenta cómo el año siguiente, el de sesenta y uno, estando aquí de gobernador mi padre don Juan de Bustos, logró, junto con el visitador Arteaga, defender la ciudad con tan buen éxito que ciertos piratas franceses que trataron de entrar en ella fueron rechazados con pérdidas?

-Sí, señor, -contestó el otro que era de mal genio-; si vuesamerced me manda, contaré también los disgustos que don Juan tuvo con el obispo y otros sacerdotes de la Diócesis, y cómo acabó su vida en Panamá, en castigo de su atrevimiento, arrastrado por una mula.

-¡Insolente! -gritó el airado gobernador.

Pero en aquel momento le llamaron para que diese una orden urgente, y el viejo Benito se metió entre la multitud, y no se puso delante de don Pedro Fernández sino después de muchos días y cuando calculó que los acontecimientos ocurridos luego deberían de haberle hecho olvidar sus imprudentes palabras; que entonces no era chanza afrentar a un alto funcionario público.

Entre tanto, la expedición del pirata se adelantaba con mayor celeridad; había refrescado el viento y soplaba una brisa favorable del mar hacia la tierra.

El obispo y los demás sacerdotes y religiosos se habían retirado a sus iglesias y conventos, y oraban y pedían a Dios que librase a Cartagena del azote que la amenazaba. Los demás habitantes masculinos habían tomado las armas, como lo tenía mandado el gobernador, y cada cual se hallaba en su puesto; la playa estaba solitaria, pero la naturaleza parecía agitada, aguardando los acontecimientos que se preparaban. Ya se columbraba sobre la cubierta de las naves que habían adelantado, la apiñada multitud de guerreros, ataviados con vestidos Vistosos y variados, y aunque llevaban las armas en las manos y los buques tenían gran número de cañones, todos guardaban un silencio sepulcral, mientras que los gallardetes de negro tafetán ondulaban sobre sus cabezas.

Adelántase la nave Capitana, en la cual se conocía que iba el almirante inglés, pues rodeaban varios oficiales, con señales de respeto, al que estaba en pie sobre la proa. Era éste un hombre de pequeña estatura, elegante de formas, blanco de color, de ojos azules y penetrantes, barba enteramente rubia y ademán altivo y audaz.

Al llegar frente a la entrada de Boca Grande, el primer bajel disparó un cañonazo sobre el remedo de fuerte que había allí entonces 5 , desbaratando el terraplén de tierra que ocultaba a los pocos soldados que, como centinelas avanzados, no diré defendían el punto, sino que se escondían detrás de él. Estos contestaron al cañonazo disparando sus mosquetes; y viendo que el navío echaba al agua un barco, pusieron pies en polvorosa, y atravesando la península a todo correr, siguieron por el lugar que hoy llaman el Limbo y avisaron lo que ocurría, uniéndose a los que defendían la ciudad.

Dos negros pescadores que no comprendieron el peligro que les amenazaba, habían quedado en aquel punto recogiendo sus redes. Los ingleses les tomaron prisioneros, les llevaron al bajel de Drake y les mandaron que diesen noticias circunstanciadas de los preparativos que hubiesen hecho los cartageneros para defenderse. Los africanos, llenos de espanto al ver amenazada su vida, y además poco adictos a sus amos, confesaron que ellos mismos habían ayudado a sembrar de púas envenenadas todas las bocacalles de la ciudad, y les dieron noticias de la fuerza que existía allí y de la manera más fácil que había para entrar en la ciudad.

Una vez que obtuvo todas las noticias que necesitaba, Drake se metió en la lancha con algunos oficiales de su confianza, llevando a su lado, atados y maniatados, a los negros prisioneros. El almirante-corsario llevaba personalmente la sonda en la mano, seguido de sus buques, los cuales fueron entrando en la bahía uno en pos de otro.

La situación era solemne... Las dos galeras artilladas que había en el puerto, tripuladas con ciento cincuenta soldados cada una, y mandadas por el coronel Vique, se pusieron en actitud de defensa y aguardaron a que se acercase la lancha del capitán para descargar sobre ella todos sus fuegos. Al frente, en el punto que hoy se llama del Pastelillo, se encontraba un capitán español oculto entre los manglares, a caballo y comandando a quinientos indios, que debían disparar sus flechas contra el enemigo en un momento dado...

La noche se había acercado poco a poco, y los españoles notaron que de repente se detuvo la expedición, y que varias lanchas fueron arrojadas de los buques enemigos, como para consultar a Drake, el cual, en pie sobre su embarcación, parecía dirigir un discurso a los suyos... La oscuridad ocultó lo demás, y apenas se veían las grandes sombras de los bajeles en medio de las tinieblas de una noche oscurísima, pues se había encapotado el cielo; una muy negra nube cubría las estrellas, la brisa gemía entre las cuerdas de los buques, y la voz del mar se oía a cada momento más ronca, más solemne y amenazadora.

III

Veamos ahora qué había sido de las pobres mujeres que huyeron esa mañana de la ciudad, amedrentadas con la lejana vista de los piratas.

Toda la pequeña serranía, que forma una especie de triángulo, cuyos puntos salientes son La Popa y el cerro en que después levantaron el castillo de San Felipe, y todo el sitio cercano al mar que llaman Crespo, era una montaña espesa, poblada de fieras y frecuentada por los indios que aún no habían aceptado la religión y soberanía de los españoles.

En el sitio mismo en que después labraron el convento de Santa Cruz de La Popa, vivía un indio joven llamado Luis Andrés, el cual tenía su casa o bohío en ese solitario lugar, en torno del cual el gobernador había mandado levantar muy de prisa algunos ranchos para albergar a la población que debía salir huyendo del ataque de los corsarios.

Llevando en pos suya los enfermos, los ancianos y los niños, las mujeres habían emprendido marcha hacia medio día, no llegando al sitio escogido para ellas sino ya caída la tarde.

Clara había hecho un esfuerzo supremo para no manifestar su terror, y fingía que no tenía ningún recelo ni temor de que los piratas pudiesen penetrar en Cartagena; y, sin embargo, temblaba ocultamente al pensar en el peligro que correría su padre, y el recuerdo del gallardo joven que había llegado en la mañana atravesaba sin cesar por su mente. La hija del gobernador estaba, no obstante, comprometida a casarse con un capitán cuyo nombre no apuntan las crónicas; después veremos el motivo de este silencio, del cual es preciso que confesemos no se acordaba la joven absolutamente. Su padre había ajustado el matrimonio sin consultarla a ella, según las costumbres de su tiempo; pero Clara no sentía por el capitán sino la más completa indiferencia.

Las esclavas habían sacado los avíos, colgado las hamacas para sus amas, y arreglado lo mejor posible los tristes albergues preparados para ellas. Cuando llegó la noche, formaron una gran fogata en medio del improvisado campamento, y los encargados de ello distribuyeron alimentos a todos. Pocas personas, empero, tenían hambre; el susto y el cansancio les habían quitado el apetito, mientras que por todas partes se oían los ahogados sollozos de las mujeres que lloraban por los maridos e hijos que habían dejado en Cartagena; los lamentos de los enfermos, que carecían de

comodidades y medicamentos, y los chillidos de los niños, asustados con aquel repentino cambio de todas sus costumbres...

Clara, recostada en su hamaca, había visto llegar la noche llena de espanto. ¿Qué estaría sucediendo entre tanto en la ciudad? ¿Qué harían los piratas? ¿Se contentarían tan sólo con saquear e incendiar la población, o asesinarían también a los que habían procurado defenderla? Estas ideas la tenían despierta y llena de zozobra, en tanto que las demás mujeres se habían calmado poco a poco; el sueño tranquilizaba ya a los niños, y el fresco vespertino aliviaba a los enfermos, de manera que se fueron callando uno a uno hasta que todo quedó en silencio.

De repente la mayor parte de los prófugos se incorporó sobresaltada: llegó a sus oídos, primero el ruido dé algunos tiros aislados, y después descargas sobre descargas de mosquetería y de cañón, que ya crecían, ya menguaban, llevando la consternación hasta el fondo del alma de aquellas desventuradas... El terror, que al principio las había hecho gritar y llorar, al fin las obligó a callar, y todas escuchaban en silencio, pero llenas de angustia, aquel ruido tan pavoroso y significativo. ..

Así pasaron algún tiempo; el combate había disminuido, según parecía, porque ya los fuegos eran menos nutridos, cuando de repente se oyó el paso de un caballo que caminaba trabajosamente por en medio de la montaña, cuyas veredas habían dejado, de propósito, muy obstruidas, con el objeto de que el enemigo no pudiese hallar el camino que habían tomado las prófugas.

-¡Alguien se acerca! -exclamó Clara-, arrojándose de la hamaca y corriendo a la puerta de la choza que la habían señalado, con su dueña y sirvienta.

En aquel momento se desmontaba un militar en el espacio abierto que formaba una especie de plazoleta frente al campamento. Clara se le acercó con otras muchas mujeres, y al conocerle:

-¡Capitán! -exclamó-, ¡vos aquí!... Entonces, todo debe de haberse perdido. ¿Mi padre vive?

-¿Y el mío?

-¿Y mi marido?

-¿Y mi hermano?

-¿Y mi hijo?

Gritaron las demás, rodeándole.

-No puedo daros noticia de ninguno, señoras, -contestó el militar, tratando de alejarse de las demás mujeres y acercarse a Clara.

Volviéronse a oír de nuevo muchas descargas de fusilería y de cañón, disparadas con tanto brío y presteza, que se conocía que los combatientes deberían de estar muy cerca los unos de los otros.

-¡Cómo es esto! -exclamó Clara mirando al militar-; se pelea en Cartagena, ¿y vos os halláis aquí?

-Vine en busca vuestra, señora, para ampararos, -repuso el otro.

El que acababa de llegar era el novio de Clara; pero ella no manifestó mayor complacencia por su galantería.

-El soldado, -contestó ella-, no abandona nunca la ciudad sitiada para atender a asuntos particulares. Pero a lo menos podrías decirme, ¿qué ha sucedido y por qué os halláis aquí?

-El enemigo, -contestó él-, rodeó completamente la ciudad por el mar y por la bahía, y a pesar de la oscuridad de la noche, atacó por todos lados a los nuestros, que se defendieron con denuedo. Como sabéis, yo mandaba los quinientos indios flecheros situados entre los manglares, los cuales, (como indios que son) rehusaron entrar en combate de noche, y, a pesar de los muchos esfuerzos que hice, se desbandaron en el momento en que una descubierta enemiga venía sobre el punto en que yo estaba; hálleme solo, desamparado; pensé en que todo estaba perdido; que sería imposible defendemos contra aquella nube de enemigos, que parecían salir a millares de sus barcos, y resolví entonces venir a ofreceros mis servicios, ampararos, señora, y...

-¡Basta, basta, señor capitán! -exclamó ella-. Repito que un militar no deja nunca el lugar que le han encomendado defender.

-¿Pero qué podría hacer yo solo contra una nube de enemigos?

-¿Preguntáis lo que hace el hombre de honor delante de los enemigos?... ¡Morir en el puesto defendiéndose, o ir a unirse a los suyos para luchar por su rey y su patria hasta rendir el alma!... ¡Eso hace un caballero que prefiere la muerte a la deshonra!

Al decir estas palabras, Clara le volvió la espalda y fue a unirse con las demás mujeres emigradas.

IV

Bueno será que volvamos ahora a Cartagena, y veamos qué había sucedido allí durante aquella noche terrible.

Los españoles, enseñados a guerrear con indígenas, los cuales rarísima vez atacaban al enemigo de noche, no aguardaban que les acometiesen durante la oscuridad, y aunque no se puede decir que descuidaran sus posiciones, no tuvieron la suficiente vigilancia. Entre tanto el corsario inglés mandó que varios buques pasasen de nuevo por la salida de Boca Grande y arrojasen mil hombres sobre las playas de alta mar, mientras que muchas lanchas, cuyos remos habían envuelto en telas para no ser sentidos, atravesaron la bahía y se dirigieron, unas hacia el puente, y otras trataron de desembarcar en el litoral en que hoy están los baluartes de Santa Isabel, Baranoa y San Ignacio. Felizmente el teniente Diego Daza y el capitán Pedro Marradas, que estaban de guardia en aquellos puntos, vieron llegar a los piratas, y dando voces llamaron en su auxilio a los que defendían el puente. A pesar del nutrido fuego que hacía el capitán Mirabal desde el Fuertecillo (sin duda el Reducto actual), y el capitán Miguel González desde la Media Luna, los ingleses alcanzaron a desembarcar en varios puntos, y se trabó el combate entre los españoles y los piratas... Entre tanto, se iluminaban la bahía y la ciudad con los disparos de artillería que hacían los buques enemigos por una parte, y las dos galeras españolas por otra. La batalla se había trabado sangrienta y furiosa; sin cesar se oía el grito de ¡Santiago, cierra España! de los españoles, y los juramentos de los ingleses; la sangre corría a torrentes; ya no se peleaba con armas de fuego sino con espada y lanza; los ingleses no adelantaban un paso; al contrario, se les obligaba a pelear en retirada sobre sus botes, cuando de improviso llegó

a reforzar a éstos un batallón enemigo que había desembarcado en la posición que defendía con los indios flecheros el capitán de quien hablamos antes, el cual dejó descubierto aquel sitio. Al mismo tiempo desembarcaban los mil hombres que los piratas habían enviado por la vía del mar, y los españoles se encontraron entre dos fuegos. Aunque hasta entonces los ingleses habían perdido mayor número de soldados que los cartageneros, aquel nuevo incidente cambió la suerte del combate. Viéndose herido de muerte el abanderado Cosme de Alas, se arrojó sobre el enemigo como un león; con el asta de la bandera mató a dos ingleses, y envolviéndose en los pliegues de ella, cayó muerto exclamando:

-¡Viva nuestro rey Felipe II!

El capitán Mejía Mirabal, seguido de sus veinte hombres, los cuales, a pesar de haber combatido como héroes estaban aún ilesos, se arrojó entonces sobre las lanchas del enemigo para echarlas a pique, y estuvo casi a punto de matar a Drake mismo, que estaba en una de ellas; pero la multitud de enemigos era tanta, que nada pudo hacer, y tuvo que volver caras y huir hacia el convento de San Francisco, mientras que los ingleses desembarcaban para perseguirle.

La derrota se declaró en todas partes a un mismo tiempo: unos se amparaban en las iglesias, otros en los conventos; pero la mayor parte de los vencidos tomó el camino de la montaña, en donde se consideraban más seguros.

El coronel Vique, que vio perdida la ciudad, tomó consigo al capitán Mirabal y a los hombres que le quedaban a éste, y corrió adonde estaban las galeras españolas, con ánimo de quemarlas para que no cayesen en manos de los enemigos. Cuando llegó a ellas, encontró que una ya estaba ardiendo, pero puso fuego a la otra, dejando libres a los galeotes que las servían, los cuales, como es natural, corrieron a entregarse a los piratas y tomar servicio bajo sus banderas.

Desamparada la ciudad, entraron los piratas en ella sedientos de sangre para vengar sus muertos, y de riquezas para ellos mismos. Pero, no obstante la conocida crueldad e inhumanidad de Drake, los cronistas españoles no mencionan ninguna muerte alevosa que hubiesen cometido esta vez los corsarios a su entrada en Cartagena. Sea que todos los españoles huyesen hacia la montaña, sin quedar ninguno en Cartagena, o sea que los ingleses se entretuviesen en robar lo que encontraban a mano en las casas, y no hubiesen buscado con empeño a los dueños de ellas, lo cierto es que durante los subsiguientes días los piratas se ocuparon en enterrar a los muertos y sacar de todas las casas, iglesias y conventos lo que hallaron en ellos, llevando a sus bajeles cuanto pudiera serles útil. Ropas, muebles, ochenta cañones, pertrechos y todas las campanas de la ciudad cayeron en su poder. Pero no contentos con aquello, atrajeron a los negros esclavos y los pusieron en tormento para que confesasen en dónde habían ocultado sus amos los efectos y valores que no pudieron llevarse a la montaña. Muchos negros dijeron prontamente y con gusto todo lo que pudiera lastimar a sus amos, sin que hubiese necesidad de ponerles en tormento; pero algunos pocos procuraron defender los intereses de sus dueños, y a éstos mandó Drake que les llevasen a los bajeles para que sirviesen como esclavos de los esclavos que llevaba ya.

Quiso enseguida perseguir a los habitantes que se habían asilado en la montaña; pero hubo de desistir de tal empresa, porque algunos de sus soldados y marinos perecieron atravesados por saetas envenenadas que les dispararon -no se supo quién ni de dónde-, apenas intentaron internarse en el bosque.

Así se pasaron los días y las semanas, y ni el pirata desocupaba la ciudad, ni los míseros emigrados podían volver a ella. ¡Qué cuaresma tan angustiosa la que pasaron! ¡Qué de sobresaltos, sustos, afanes y escaseces sufrieron aquellas mujeres delicadas, aquellos débiles niños y hombres ancianos y enfermos!

Al fin Drake se dio trazas para que el gobernador supiese que, antes de partir en busca de aventuras en otros puertos de las posesiones españolas de Indias, había de poner fuego a la ciudad, de manera que cuando volviesen los colonos a Cartagena no hallasen sino las cenizas de sus casas y templos. Semejante noticia alarmó muchísimo a cuantos poseían alguna propiedad; y como el gobernador hubiese enfermado gravemente y no pudiese cumplir con el deseo de ir a entenderse con el almirante inglés, el obispo ofreció ir él mismo a hablar con el famoso aventurero.

Encontróle establecido en la casa del gobernador, gozando de todas las comodidades de que el otro carecía en una miserable choza en el fondo de la montaña.

A pesar de ser hereje y enemigo declarado de todo subdito del rey de España, Drake le recibió con cortesía, le mandó sentar y le preguntó en qué le podía servir.

-Vengo de parte de don Pedro Fernández de Bustos, gobernador de esta plaza, a ofreceros un rescaté si dejáis en pie los edificios de la ciudad, puesto que, -añadió el buen obispo con tristeza-, lo que había dentro de las casas creo que ya no existe.

-Si me dais cuatrocientos mil pesos de oro, me iré mañana mismo, sin pediros cosa ninguna más.

-¡Cuatrocientos mil pesos! ¡Imposible!...

-Pues si así os parece, señor obispo, no hablemos más del asunto, y ahora mismo mandaré pegar fuego a la ciudad.

El obispo salió muy triste y desconsolado de la presencia del pirata, y se fue a la catedral a orar.

Era sábado santo, y la semana santa se había pasado en Cartagena aquel año sin una sola fiesta de iglesia, sin una ceremonia religiosa, cosa que hacía llorar de angustia al buen prelado. El templo estaba saqueado; los malandrines habían robado cuanto encontraron de algún valor, y la vista de los santos sin vestido, las santas sin manto y desprovistas de las ricas joyas que los fieles les habían donado, produjo un agudísimo dolor en el ánimo del reverendísimo señor Montalvo.

Arrojóse al suelo y, puestas las manos, levantó su espíritu al Dios de los desventurados.

-¡Señor, Dios de los Ejércitos! -decía-, mirad con misericordia a esta desdichada población, y no permitáis que los herejes quemen vuestros templos. Mañana es Pascua de Resurrección; ¿dónde iremos a daros gracias, si se han venido abajo las iglesias al golpe de aquellos bandidos sin ley ni Dios?

Oraba devotamente hincado el obispo, cuando llegaron a avisarle que los piratas habían incendiado algunas casas de tablazón, que estaban en las afueras de la ciudad, y que se preparaban para quemar los templos.

Corrió el anciano pastor otra vez a verse con el pirata. Encontróle esta vez muy serio y entonado, y antes de que el señor Montalvo le saludara, exclamó con ceño feroz, sacando un papel del pecho:

-Lea vuesamerced esta carta que me encontré en el bufete del gobernador de esta plaza; en ella vuestro rey, don Felipe de España, avisa a don Pedro Fernández de Bustos mi próxima llegada a las Indias, le manda que se aperciba para recibirme, y, -añadió mirando al obispo con mal contenida cólera-, ¡me llama corsario! ¡Corsario inglés!...

El obispo no contestó.

-Sepa vuesamerced, -añadió el pirata-, que yo guardaré esta carta para mostrarla a su majestad la reina, mi señora, para que ella haga entender al rey Felipe II que yo no soy ningún corsario y que trabajo en honor de Inglaterra y para obedecer a mi real señora.

-Señor Drake, -contestó el señor Montalvo, sin alterarse-, ahora no son del caso esas averiguaciones, y lo que nos importa es concertarnos en lo que se deba dar para que no se quemen la ciudad y sus templos.

-Ya os dije antes la cantidad que necesito.

-¡Pero señor, -exclamó el obispo-, eso será imposible! Vos habéis recogido ya cuanto quedó en la población. ¿De dónde hemos de sacar semejante suma de dinero?

-Recibiré su equivalente en perlas y otras joyas...

-No lo tienen los habitantes, aunque se que den sin un maravedí y den todas las mujeres cuanto tengan de valor.

-Ya lo dije...

Mesábase los cabellos el desventurado obispo, y se paseaba con agitación de una a otra parte de la habitación.

El pirata estaba asomado al balcón.

-Señor obispo, -exclamó al fin-, hacedme el favor de pasar acá.

Y cuando el buen prelado hizo lo que el otro le pedía:

-¿Veis aquellos hombres, parados allí enfrente? -le preguntó el inglés.

-Los veo...

-¿Sabéis lo que hacen allí?

-¡Qué he de saber!

-Aguardan una seña mía para correr a incendiar los templos.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó el obispo con la mayor agitación, y volviéndose al pirata añadió-: Es preciso que se convenza vuesamerced de que no quedan en Cartagena cuatrocientos mil pesos en oro, plata y joyas... ni la mitad siquiera, ni la cuarta parte quizás. ¡Os lo juro por Dios!

-Bien... os creo, señor obispo, -dijo entonces Drake, entrando en el salón-; arreglemos amigablemente este asunto.

El obispo se acercó primero al balcón y vio que los hombres que el pirata le había señalado permanecían en su puesto, y ya más tranquilo tomó asiento frente al corsario.

Poco rato después el buen obispo salía apresuradamente de la casa del gobernador, y montado en una mula que le había prestado el almirante corsario, se dirigía al monte en busca de los emigrados. El pirata le había hecho jurar que obligaría a todos los habitantes de Cartagena, que allí estaban asilados, a que diesen como rescate cuanto poseían en joyas, oro y plata.

Ya estaba casi oscuro cuando el afligido pastor regresó acompañado de algunos negros que llevaban el rescate. Los hombres, a la voz de su prelado, habíanle entregado cuanto llevaron para ocultarlo en las montañas; las pobres mujeres se quitaron los anillos, zarcillos, brazaletes y cadenas que tenían, y llorando los entregaron también.

Avaluáronse aquellos despojos, y resultaron valer, por junto, ciento siete mil pesos, en cambio de lo cual Drake dio cartas de pago, firmadas a 2 de abril de 1586.

Concluido todo, recibido el rescate por una parte, y la firma del pirata inglés por otra, éste dijo al guardián del convento de San Francisco, que era uno de los testigos allí presentes:

-Ahora toca a vuesamerced rescatar su convento ...

-¡Mi convento! ¿Luego no se ha rescatado la ciudad?...

-La ciudad sí, pero no lo que está fuera de ella. (Getsemaní no estaba entonces poblado, y sólo había allí el convento de franciscanos, el matadero y algunas pocas casas más).

-¡Jesús dulcísimo! -exclamó el guardián- ¿Y cuánto quiere vuesamerced por mi pobre convento, del cual vuestros compañeros ya sacaron cuanto adentro había?

-¡Necesito, por lo menos, dos mil pesos!

-Mil tengo, señor, único tesoro que había logrado ocultar... Os diré en dónde se halla, para que lo mandéis sacar.

-Eso es muy poco...

-Llevaos las campanas que aún quedan en la torre.

Drake tomó un papel, dio el recibo para que el guardián entregase el oro a uno de sus edecanes, y mandó que descolgasen las campanas.

-Ahora necesito saber, -dijo el pirata-, quién es el dueño de las ocho casas y el matadero, que aún quedan sin rescatar.

-Alonso Bravo Hidalgo, -contestáronle.

-Que le manden entrar, si está en la ciudad, y si no está, que metan fuego a todo. Momentos después se presentaba Bravo Hidalgo delante del corsario, y después de amenazarle con quemarle sus propiedades y llevarle preso en sus bajeles, le arrancaron cinco mil pesos en oro que tuvo que entregar uno sobre otro.

V

A la mañana siguiente, domingo de pascua, la única campana que había quedado en la catedral de Cartagena (porqué estaba rajada, era muy grande y poco cómoda para bajarla de la torre) repicaba alegremente llamando a los fieles a misa.

Cuando había amanecido el día 2 de abril, los cartageneros vieron con alegría que los bajeles corsarios salían uno en pos de otro por Boca Grande, y que, impelidos por un viento favorable, en breve sus velas desaparecieron en el horizonte.

La alegría de los vecinos era templada por el espectáculo de su ruina; sin embargo, todos se alentaban unos a otros, y con la proverbial hospitalidad española, los que habían conservado algunas propiedades, no tenían empacho en repartirlas con sus amigos y vecinos.

Muchos de los negros esclavos habían desaparecido, unos llevados por la fuerza en los buques de los piratas y otros que habían huido en busca de otros amos, figurándose que mejorarían de condición. Aquello no sorprendió a nadie, pero sí causó asombro la desaparición del capitán, cuyo nombre ocultan las crónicas, y que era novio de Clara de Bustos. Desde el momento en que ella le afeó su conducta y le volvió la espalda con indignación, nadie lo vio nunca más, ni vivo ni muerto. ¿Qué fue de él? ¿Fue acaso pasto de alguna fiera de las que abundan en la montaña? ¿Huyó a alguna otra coloma con nombre supuesto? ¿Se hizo pirata y tomó servicio bajo las banderas de Drake? Aquello no se supo jamas, ni nadie se afligió por ello; Clara, menos que ninguna otra persona, pues había dado su corazón al bravo capitán Mejía Mirabal, y pocos días después dióle también su mano de esposa con el beneplácito de su padre.

El matrimonio de doña Clara de Bustos y del capitán Mejía Mirabal fue el último que celebró el bueno y caritativo obispo fray Juan de Montalvo. Los trabajos y angustias que había pasado durante el tiempo en que estuvo Drake en Cartagena; los afanes del último día, y la pena que le causó no poder socorrer eficazmente a la multitud de desgraciados que habían quedado en la miseria (pues él había dado cuanto tenía para ayudar a rescatar la ciudad), minaron su salud a tal punto, que cayó a la cama muy enfermo, y no bien habían pasado algunos meses cuando murió, sentido y llorado por toda la población.

EPILOGO

Diez años han transcurrido desde aquel en que el santo obispo Montalvo unió con el yugo matrimonial a la hija del gobernador de Cartagena, don Pedro Fernández de Bustos, con el valiente y denodado capitán Mejía Mirabal. ¡Cuántas cosas habían sucedido en Cartagena durante aquel tiempo! Cuatro obispos consecutivos habían gobernado la grey que con tanta abnegación amparó el reverendísimo padre fray Juan de Montalvo, y dos gobernadores se habían sucedido en el gobierno de la provincia, uno de los cuales empezó a fabricar las murallas (que deberían defender esta plaza de los ataques de los piratas), y a cegar a Boca Grande, para impedir que entrasen por allí bajeles enemigos.

Clara de Bustos, madre de cuatro hermosos niños, vivía feliz y satisfecha en la ciudad de Mompox, en donde estaba empleado su marido, aunque solía afligirse con las frecuentes excursiones que hacía éste a Cartagena y a la feria de Portobelo, en donde se reunían en ciertas épocas del año todas las riquezas del Perú y los productos de Europa que se enviaban a las colonias.

El día en que volvemos a ver a nuestra antigua amiga, la encontramos escuchando embelesada el relato que le hacía su marido de lo que le sucedió en un viaje que acababa de hacer a Cartagena y Panamá.

-¿Qué muerte, -le decía él-, te parece que ocurrió hace algunas semanas cerca de Portobelo?

-No atino...

-La de nuestro antiguo enemigo, el favorito almirante de Isabel de Inglaterra...

-¿El Drake?

-El mismo...

-¿Y moriría excomulgado, como había vivido siempre?

-Murió impenitente como vivió.

-¿Y no trató de entrar nuevamente en Cartagena?

-¡Cómo no!... Pero fue rechazada su expedición con sólo cincuenta hombres y cuatro cañones desde el fuerte del Pastelillo, recién edificado, como tú sabes... Fueron tantas las averías que sufrieron sus buques, que resolvió pasar de largo y salirse de nuevo de la bahía.

-¿Pero en Portobelo, dices, logró entrar?

-La muerte se lo impidió... A mediados del año pasado el Drake salió de Inglaterra con veinticinco bajeles armados y tripulados con una horda de malandrines de su casta; todo aquello suministrado por la hija de Ana Bolena, con el objeto de que hiciese lo posible para arruinar las colonias de su majestad Felipe II. Empezó por asaltar las islas de Puerto Rico y Santo Domingo: la primera rechazó a los piratas con tanto brío, que uno de sus capitanes, Juan Hawkins, murió de la rabia al día siguiente. El Drake se dirigió entonces a tierra firme, saqueó y quemó a Riohacha, aunque sus habitantes le ofrecieron treinta y cuatro mil ducados de rescate en perlas, las cuales tomó, y en seguida ardió la ciudad. De allí pasó a Santa Marta, en donde hizo lo mismo, y apenas tocó en

Cartagena, como te dije, y viendo que no le era fácil entrar allí, se dirigió al río Chagres, por donde envió una expedición a Panamá ... Yo estaba allí entonces...

-¡Jesús, Jesús! -exclamó Clara-; bien me lo figuraba yo que estarías en peligro.

-No temas ya; el peligro fue conjurado sin mayor dificultad, porque logramos rechazar y derrotar a los ingleses, los cuales (es decir, los que quedaron vivos, que fueron pocos) se volvieron a sus bajeles mohínos y cabizbajos. Encontraron al Drake enfermo de fiebres, las cuales aumentaron con la ira que le dio el mal éxito de la expedición; y como dirigiese los buques hacia Portobelo, murió de improviso, a la vista de la ciudad y a la entrada de la bahía. Sus compañeros arrojaron al mar su cadáver 6 el 28 del mes de enero de este año, y en seguida, aterrados con la pérdida de sus dos jefes, regresaron a Inglaterra, en donde serán muy mal recibidos por su reina Isabel, puesto que llevan poco botín, a pesar de lo mucho que han robado.

-Y si han robado tanto ¿por qué llevan poco botín?

-Parece que perdieron a la salida de Santa Marta, en las bocas del río Magdalena, los buques en que llevaban sus riquezas; y como en Panamá no entraron ni tampoco en Portobelo, no deben de llevar gran cosa...

Efectivamente, como lo había anunciado Mirabal, los piratas regresaron a Inglaterra a dar cuenta a la reina de las muertes de Hawkins y de Drake, e Isabel les insultó con palabras muy poco comedidas, según la costumbre de la hija de Enrique VIII. La muerte de Drake causó gran consternación en Inglaterra; los poetas cantaron sus hazañas, y su retrato se encuentra entre los de los almirantes de cuyas glorias se jacta la Gran Bretaña.

LOS FILIBUSTEROS Y SANCHO JIMENO 1697

CUADRO 3

I

Corría el año de 1697. España y Francia continuaban en guerra abierta, la cual llevaban adelante no sólo en Europa, sino en América, Asia y África, y los ejércitos se batían en tierra y las escuadras navales en los mares. El mundo entero gemía agitado por aquellos dos gigantes, que procuraban sobreponerse el uno al otro, y adquirir cada cual más poderío y mayor influencia en la política europea. Sin embargo, hacía muchos años que España iba decayendo y perdía batalla tras de batalla: en Flandes, en Cataluña, en Italia, en todas partes, los ejércitos del enfermo Carlos II eran vencidos por los siempre victoriosos hasta entonces de Luis XIV.

Todos los medios parecían buenos al gobierno francés, con tal de conseguir la victoria y arruinar a España. Así fue como, conociendo que Carlos II obtenía los mayores recursos de sus colonias americanas, y siendo Cartagena de Indias uno de los más ricos depósitos del caudal del rey de España, Luis XIV resolvió que aquella plaza fuese atacada y arruinada por sus escuadras.

Juan Bernardo Desjeans, Barón de Pointis, era un marino de notable reputación, que había combatido con buen éxito en África y en otras partes. Siendo éste -que contaba ya cincuenta años- hombre de experiencia y muy respetado por sus compañeros de armas, Luis XIV le encomendó la expedición a las colonias españolas de América, con encargo de apoderarse en primer lugar de Cartagena. Pointis debía ponerse de acuerdo con el gobernador de las posesiones francesas en Santo Domingo, cuya capital era Petit-Goave. Dicho gobernador era también un distinguido marino, Juan Bautista Ducassé, antiguo negrero y de grande influencia sobre los filibusteros de las islas adyacentes.

Los filibusteros eran los miembros de ciertas compañías de piratas o bandidos de mar, unos ingleses, otros franceses, que tenían sus guaridas en las pequeñas Antillas que los españoles no habían tomado para sí, y en donde se aprestaban expediciones contra las colonias españolas 1 .

La escuadra francesa, al mando del barón de Pointis, había llegado a La Española a principios de marzo; constaba de diez buques de guerra, a los cuales añadió Ducassé dos navíos grandes con tropa armada y doce pequeños, llenos de negros prófugos, y piratas y filibusteros sin ley ni Dios, pertenecientes a todas las naciones del mundo. El ejército se componía de cerca de diez mil hombres, perfectamente armados y municionados, llevando además amplias provisiones de boca robadas, y todos animados por la pasión del lucro y llenos de osadía y crueldad 2 . Ofreció Pointis pagar a los filibusteros mercenarios una suma igual a la que tocara a las tropas del rey que iban en los buques traídos de Francia, pago que había de hacerse con el botín que tomasen en Cartagena, cosa por cierto vergonzosa y que hoy deshonraría a un gobierno.

Todo estaba listo y preparado en Petit-Goave para emprender marcha, y sin embargo no se daban las órdenes de embarque, porque Ducassé aguardaba un mensajero que había mandado ocultamente a Cartagena, a tomar lenguas y averiguar si podía entenderse con algunos de los oficiales de la guarnición española de la plaza, a varios de los cuales conocía personalmente. Regresó al fin el mensajero y encerróse con Ducassé, con quien tuvo una larga conferencia, cuyo resultado no lo supo nadie; ni siquiera el mismo general de las tropas del rey tuvo conocimiento exacto de las noticias que trajo el enviado del gobernador. Este sólo dijo que todo andaba bien en Cartagena, y que podrían darse a la vela lo más pronto posible.

II

Gobernaba la ciudad y la provincia de Cartagena don Diego de los Ríos, hombre perezoso, descuidado y poco activo, que nunca se decidía a dar un paso sino después de largas reflexiones, con lo cual dejaba escapar toda ocasión favorable. Tenía, además, un gravísimo defecto, y era el de la envidia y la mala voluntad que profesaba con respecto al castellano de Boca Chica, don Sancho Jimeno, el cual poseía muy relevantes prendas, una actividad asombrosa, una pericia sorprendente, una gallardía poco común, y era tan bien quisto entre las damas, como obedecido y respetado por sus compañeros de armas. En su primera juventud fue paje del segundo don Juan de Austria (hijo ilegítimo de Felipe IV), y a la muerte de este príncipe sirvió en las guerras de Flandes, Como su familia era hidalga pero pobre, don Sancho se vio obligado a aceptar un destino en las Indias, y

estuvo interinamente de gobernador de Cartagena. Su extraordinaria honradez, llevada hasta el mayor grado, le granjeó enemigos

Aquella noble acción fue recompensada por la Providencia, pues Teresa de Guzmán, no sólo era bella como un lucero, sino virtuosísima y de espíritu tan generoso y levantado como el de su esposo.

Relegado Sancho Jimeno a Boca Chica, en calidad de castellano de la fortaleza, como se viese querido por el pueblo cartagenero, aunque mal visto por todos aquellos que envidiaban sus virtudes, sin por eso tratar de imitarlas, el español resolvió ir lo menos posible a la ciudad de Cartagena; así fue como compró un terreno en la vecina isla de Barú, para que viviese allí su esposa, y de esa manera verla frecuentemente, sin abandonar su puesto en la fortaleza de San Fernando, que le tenían encomendada.

-Señor, -dijo un negro, sirviente de confianza de Sancho Jimeno, entrando una madrugada en su dormitorio-, acaban de llegar unos marineros en los botes que traen sal de Zamba, y éstos dicen que cuando ellos salieron de aquel lugar entraban en la ensenada veintidós bajeles de filibusteros.

-¡De filibusteros!

-Sí, señor, y añaden que entre éstos hay grandes navíos armados con multitud de cañones y llenos de soldados.

-Están a diez leguas de distancia no más de Cartagena los enemigos, ¡y nosotros desprevenidos! -exclamó el castellano, arrojándose de su hamaca; y vistiéndose apresuradamente buscó papel, pluma y tinta, y escribió una carta que cerró y selló.

-Anda ahora mismo a Cartagena, -dijo al negro, que aún permanecía en el aposento-, y lleva ese papel al señor gobernador don Diego de los Ríos.

-No está en Cartagena, señor.

-¿No está en Cartagena?

-Ayer tarde se puso en marcha para Turbaco, con toda su familia.

-¡Sin avisármelo siquiera!... Pero esto urge; anda a Turbaco con esa razón, y no te detengas en ninguna parte hasta no entregarle el papel.

Un cuarto de hora después el negro, con dos remeros embarcados en una ligerísima canoa, salía del castillo de San Fernando y se dirigía a tierra firme en busca del camino de Turbaco.

Algunas horas hacía que el gobernador estaba disfrutando de la fresca de la tarde en el bonito pueblo de Turbaco en donde poseían casas de recreo los ricos de Cartagena, cuando llegó jadeante el negro esclavo del castellano de San Fernando.

He aquí la carta de Sancho Jimeno, que leyó el gobernador con suma sorpresa:

"Excelentísimo señor:

Ahora mismo que son las seis de la mañana de este ocho del mes de abril, acabo de tener noticia de que en Zamba se hallan más de veinte bajeles de filibusteros, los cuales vendrán sin duda a atacar a esta plaza. La guarnición del castillo de San Fernando no consta sino de sesenta y ocho negros y esclavos de las haciendas vecinas, que he podido alquilar, y sólo treinta y cinco soldados veteranos. Los primeros son casi salvajes y no entienden el ejercicio ni la disciplina. Esta fortaleza ha tenido en todo tiempo una guarnición de cerca de cuatrocientos hombres. Suplico, pues, a su excelencia que inmediatamente me mande los soldados que me hacen falta, que yo desde este momento mandaré a buscar los víveres que se necesitan para un sitio, si acaso los piratas nos lo ponen. Ahora tres años hubo peligro de piratas en Cartagena, cuando yo tenía el cargo de gobernador, y con sólo tomar las providencias del caso para defender la plaza, los bandidos lo supieron y no se atrevieron a atacarnos. Ahora sucederá lo mismo, si su excelencia toma las precauciones debidas.

Besa los pies de su excelencia su más rendido servidor,

SANCHO JIMENO,

Castellano de Boca Chica".
"P. D.-Acabo de saber que su excelencia está en Turbaco. Como presumo que se vendrá inmediatamente para Cartagena, espero la llegada de los soldados que necesito a más tardar mañana en la tarde".

-¡Vaya, vaya! ¡Si será aprehensivo el señor Castellano de Boca Chica! -exclamó el gobernador. Y volviéndose al negro añadió-: Dile a tu amo que mañana no me iré a Cartagena, porque tengo que hacer un rodeo; que a eso vine, y no me he de ir sin cumplir con lo que pensé hacer... Y añade que pierda cuidado; que hace meses que yo tenía noticia de esa expedición de franceses y filibusteros, pero que no es a Cartagena adonde se dirigen, sino a Portobelo, y allí hallarán la armada del conde de Saucedillo, que les hará frente.

-¿No sería mejor que su excelencia le escribiese todo eso a mi amo?... Yo puedo olvidar algo, y...

-¡Escribirle! -exclamó el perezoso gobernador-; no lo pienses... Yo vine a descansar en Turbaco, y ni recado de escribir traje. Anda, anda a buscar a tu amo, y repítele lo que te he dicho, que eso lo tranquilizará y me dejará en paz y sosiego.

Recibió don Sancho Jimeno el recado del gobernador con no reprimida ira; envió inmediatamente estas noticias a Cartagena, para que se fuesen preparando y apercibiendo; pero ninguno de los empleados del gobierno español quiso o pudo tomar las providencias del caso y el castellano veía con desesperación que pasaban las horas y los días sin que regresase el gobernador, no obstante los muchos mensajes que mandaba, puesto que los mensajes produjeron lo contrario de lo que aguardaba: don Diego, que, como ya sabemos, no quería a don Sancho, por llevarle ,1a contraria permaneció ausente de Cartagena hasta el día doce, en que regresó. Este hizo saber a don Sancho que el día siguiente por la tarde le enviaría la guarnición que pedía, y mientras tanto él fue a visitar los castillos de Manzanillo y Santa Cruz, sitos en la bahía y distantes de la ciudad.

Como llegase el gobernador ya oscuro al castillo de Santa Cruz el día doce por la noche, no quiso regresar a Cartagena, y pernoctó allí.

Cuando se levantó el día trece, vio que toda la guarnición estaba sobre las murallas mirando hacia el mar.

-¿Qué miráis? -preguntó.

-Una multitud de velas que parecen venir hacia acá.

-Os equivocáis, -repuso el gobernador muy serio-; esos deben de ser los bajeles de filibusteros que van a Portobelo.

-¿Estáis seguro de eso? -preguntó el comandante del castillo.

-Lo presumo así...

-¡Señor gobernador! -exclamó el comandante con indignación-, habéis faltado a vuestro deber cuando no apercibisteis la plaza con tiempo. Ved cómo uno de los buques mayores se dirige, hacia el puerto directamente.

-¡Coronel Vallejo! -dijo el gobernador, muy airado-, ¿cómo os atrevéis a proferir esas palabras? Pase vuesamerced arrestado a Cartagena.

-¡A un coronel no se le trata así! -dijo el otro con rabia-, y...

-Callad, y cumplid mi orden, porque os puede costar caro el irrespeto... -¿Pero quién queda en mi lugar en este castillo? -Nadie... Si el enemigo nos ataca seriamente, no tenemos fuerzas suficientes para guarnecer a Santa Cruz y hemos de abandonarlo con tiempo... Pero, -añadió-, no entrará el enemigo en Cartagena... Hace más de cien años que ningún pirata, filibustero o enemigo, ha osado hacerlo. ¿Y por qué lo han de intentar ahora?

Dos horas después el gobernador regresaba a Cartagena llevando consigo toda la guarnición de Santa Cruz, en el momento en que un barco enemigo, con cincuenta bocas de cañón, se ponía de guardia a la entrada del puerto, quedando éste bloqueado por mar.

En el entre tanto, éste era el suceso que ocurría en el castillo de San Fernando de Boca Chica: don Sancho Jimeno había mandado llamar a su esposa para despedirse de ella.

-Adiós, -la decía abrazándola tiernamente-, adiós amada Teresa... Es posible que no nos volvamos a ver jamás; no me olvides en tus oraciones hija mía.

La niña (apenas había cumplido dieciocho años), que le tenía echados los brazos al cuello, se apartó temblando para mirar a su esposo de frente.

-¡Don Sancho! -exclamó (ella nunca había podido llamarle de otro modo)-; ¿qué dice vuesamerced? ¿Por qué habla de muerte? ¿Está acaso enfermo o un peligro le amenaza?

-No estoy enfermo... pero me amenaza un grandísimo peligro...

-¿Cuál?

-Se acercan los filibusteros a atacar esta plaza; el gobernador no ha querido darme los auxilios que necesito... Moriré, pues, bajo las ruinas de aquesta fortaleza que se me ha encomendado ...

-¿Y por qué no pedís auxilio a don Diego de los Ríos? ¿Por qué no le explicáis la necesidad de ello?

-Lo he hecho repetidas veces... y no he recibido ninguna contestación; me resignaré a morir; pero jamás, ¡lo juro por Dios Nuestro Señor!, rendiré la bandera española ante ninguna otra del mundo.

-Aún es tiempo, -dijo Teresa con angustia-, permitidme ir yo misma a ver al gobernador...

-¿Tú? ¡jamás! No volveré a humillarme ni a pedirle nada...

-Señor, señor -gritaron algunas voces desde las murallas-, ¡se acerca un bajel enemigo con la bandera de Francia desplegada!

-Llegó la hora del peligro... Teresa, debes partir...

-¿Yo partir? ¡Nunca jamás! Compartiré con vos el peligro, y si es preciso morir, moriremos juntos.

-No, hija mía; tu presencia me quitaría el valor...

-Soy tu esposa -dijo la niña con dignidad, tuteando a su marido por primera vez en su vida.

-Mi esposa, sí; pero yo soy el castellano de la fortaleza, que ha jurado defenderla con la vida; tú nada has jurado: puedes vivir...

-¿Sin ti? ¡prefiero la muerte!...

-Quizá saldremos victoriosos; ¿por qué no? Vete, amada mía, que me quitas el ánimo...

-Si eres tan bueno, tan noble, tan grande, Sancho mío, que...

-No, no trates de adularme, -repuso él sonriendo con tristeza:-, y obedéceme...

-Ella insistía en quedarse, hasta que al fin la dijo su esposo con gravedad: -Yo mando en este castillo; no puedo tener bocas inútiles en él; Teresa, es preciso que te alejes... Te hago, sin embargo, una recomendación: si los enemigos penetran en la bahía, huye de aquí, hija mía; no aguardes al enemigo, que puede afrentarte... Vete a Villanueva entonces, que allí encontrarás a la familia Heras Pantoja, que es muy amiga nuestra, como tú sabes, y te amparará en memoria mía.

Con estas o semejantes palabras, don Sancho fue convenciendo a su afligida esposa de que debía partir, y llevándola casi en brazos hasta la playa, la sentó en el barco que había aprestado para ella, y recomendándola a las negras esclavas que la acompañaban, saltó a tierra nuevamente, mientras que los remeros se dirigían hacia la cercana costa de la isla de Barú, en donde, como hemos dicho, don Sancho Jimeno poseía su casa de campo.

III

La mar estaba algo agitada, y la brisa soplaba de tierra hacia afuera, como si el viento mismo fuese patriota y rechazase el ataque del enemigo. Como hemos visto antes, se había separado de la flotilla comandada por el barón de Pointis y por Ducassé, un navío de guerra de cincuenta cañones, el cual, con las velas desplegadas al viento y enarbolada la bandera francesa, se adelantaba con gracia y como un enorme cisne hacia Boca Chica, en tanto que los demás bajeles se detenían lejos de la costa. A poco arreció el viento, blanqueó el mar, levantáronse las olas y el buque tuvo que variar de rumbo y navegar con sesgado giro, subiendo y bajando sobre las líquidas colinas que trataban de impedirle el paso. Sin embargo, el bajel adelantaba, y los que lo contemplaban desde lo alto de las murallas del castillo de San Fernando, veían a cada momento con mayor claridad los colores de la bandera que batía el viento con ira, los soldados que guarnecían la cubierta con el arma al brazo, y pudieron contar las cincuenta bocas de cañón con que iba armado.

No obstante el viento contrario, ya empezaba a caer la tarde, cuando el bajel llegó a las inmediaciones de Boca Chica. Un tiro de cañón disparado de la fortaleza de San Fernando rozó las olas a un lado del buque enemigo, y otro, disparado un momento después, rompió un palo saliente a proa. El navío se alejó un poco, disparó tres cañonazos consecutivos, más como una señal que para hacer daño, y permaneció quieto en cuanto era posible, batido como estaba por la brisa. Otro cañonazo disparado de San Fernando le hizo ver que ya no podía hacerle daño; contestóle otro tiro, yendo a caer la bala sobre la arena de la playa, en donde quedó sepultada. Al mismo tiempo notóse que la flotilla que se veía en lontananza se dividía: una parte de los bajeles se dirigió hacia Boca Chica, y otros se movieron como para tomar la vía de la ciudad de Cartagena.

Poco a poco fue cayendo el día, y los últimos rayos del sol poniente iluminaron con ondas de fuego derretido las altas almenas del castillo de San Fernando, y dieron un color de sangre a la bandera española que tremolaba en su cumbre.

-Cuando amanezca el día, -pensó don Sancho Jimeno, bajando de su mirador, después de haber dado las últimas órdenes al artillero Francisco Vives-, cuando amanezca el día de mañana, estaremos sitiados enteramente por agua... Pediré por última vez auxilio al gobernador por la vía de tierra. Si no me manda gente, no sé qué pensaré de él, pues no puedo creer que un español sea traidor a su rey hasta ese punto.

IV

La noche había cerrado enteramente; la luna, muy nueva todavía, arrojó una amortiguada y melancólica luz sobre la mar, que aullaba con ronquísima voz entre las rocas de la ribera, sobre los dormidos arenales y los tembladores juncos; plateó levemente las copas de los manglares, se deslizó con suavidad por las orillas de los muros de las fortalezas, iluminó tenuemente la cúspide de las olas, y en seguida fue a morir hundiéndose en el horizonte. Dos sombras salieron de la fortaleza de San Femando y tomaron una vereda que serpenteaba, ya por la orilla del mar, ya entre las malezas del interior de la isla de Tierra Bomba, unas veces ocultándose entre dos colinas, otras deslizándose por entre los manglares de la ribera del mar. Aquellas dos sombras eran las de los mensajeros que

enviaba por última vez el castellano de la fortaleza de San Fernando al gobernador de Cartagena, avisándole la situación crítica en que se hallaba.

Uno de los mensajeros era un negro esclavo que don Sancho había comprado hacía poco tiempo al capitán Francisco Santarem, militar llegado no hacía mucho tiempo a Cartagena, el cual se decía que se había criado en Francia entre la servidumbre de la reina María Teresa de Austria, y hablaba el francés al igual del castellano; el compañero del negro era un soldado de la guarnición, veterano de toda la confianza del castellano, el cual llevaba el mensaje escrito que enviaba éste a don Diego de los Ríos.

-Mi cabo, -dijo el negro al soldado en el momento en que se acercaban a la punta de Chumba, detrás de la cual iba la vereda que seguían-, si está cansado, puede sumerced darme la partesana 3 , que yo se la llevaré con gusto.

-Toma, hermano, -dijo el cabo-, que me pesa mucho esta noche el arma, más que otras veces. ¡Qué calor hace! ¡El viento, en lugar de refrescar, parece que viniera del infierno!

-Yo no siento calor, -dijo el africano recibiendo la partesana con un anhelo extraño, que. despertara sospechas en el cabo, si hubiese visto brillar un diabólico relámpago en los ojos del esclavo.

-¡Tú qué vas a sentir, si vosotros los negros nacisteis para aguantar soles y sufrir estos climas endemoniados, sin que os hagan mella!

El negro contestó con una carcajada; se detuvo enseguida, puso las manos en la boca y dio un grito particular.

-¿Qué significa eso? -preguntó el cabo-. ¿Por qué haces ese ruido extraño?

-¿Este ruido qué significa? pregunta vuesamerced. Ya lo sabrá dentro de un momento.

El cabo se detuvo.

-Dame mi arma, -dijo volviéndose hacia el lugar en que acababa de ver a su oscuro compañero, más oscuro que la noche misma; pero éste había desaparecido.

-¡Juan! -exclamó-; ¿dónde estás?

Nadie le contestó. En ese instante le llamó la atención, en medio del rumor del mar que se rompía en aquel punto con estrépito, un ruido como de voces humanas, y antes de darse cuenta de lo que le pasaba, se vio rodeado de una turba de hombres que se arrojaron sobre él, y sin darle tiempo de defenderse, encontróse atado de pies y manos.

-¡Juan! -gritó-; ¡traidor!

-¡Silence! -le contestó en francés uno de los circunstantes, hundiéndole un puñal en el pecho hasta el mango. Sacóselo después, lo limpió tranquilamente en la ropa de la víctima, y se puso a vaciarle los bolsillos. Sacó la carta del gobernador y se alejó con sus compañeros.

Empezaba a clarear el día, cuando el negro Juan llegaba a Cartagena, se dirigía a la casa del gobernador, y allí anunciaba que iba con un recado del castellano de Boca Chica.

-Mi amo, el señor don Sancho Jimeno manda este papel, -dijo el negro con hipócrita humildad-, para que su señoría se imponga de lo que dice.

El gobernador lo abrió.

-Pero ésta no es letra de don Sancho, -dijo mirando al negro-, ni trae su sello.

-Mi amo se había lastimado una mano, -contestó éste sin turbarse-, y se lo escribió el artillero Francisco Vives.

El gobernador leyó lo siguiente, no sin asombro:

"Excelentísimo señor:

Ha resultado falso el alarma que hemos tenido con respecto a la escuadra francesa; yo sé de una manera evidente que no tratará de entrar en Cartagena, sino que continuará con dirección a Portobelo. No debe su señoría mandarme, pues, auxilio ninguno.

De su excelencia su más rendido servidor,

El castellano de San Fernando".

Largo rato estuvo el gobernador mirando el papel que tenía en la mano.

-¡Cosa bien rara! -dijo-; esta letra me es familiar, aunque no conozco la de Francisco Vives, ni creía que ese hombre escribiese tan bien; pero ésta se parece mucho a otra que he visto últimamente... Dime, -repuso, dirigiéndose al negro-: ¿cómo ha sabido tu amo las intenciones de la escuadra enemiga?

-No sé, señor.

-¿No está desde ayer tarde una fragata bloqueando la entrada al puerto?

-Sí, señor; pero cuando le dispararon algunos cañonazos de la fortaleza, se retiró más lejos... Oí decir a mi amo que el enemigo lo que pretendía hacer con eso era impedir que de Cartagena mandasen aviso a la escuadra del conde de Saucedillo...

-¿Qué he dicho yo desde el principio? -exclamó el candido gobernador-. Los filibusteros, ya lo veis, no han pensado en atacarnos...

-Mi amo, -dijo el negro-, despácheme vuesamerced, que quiero estar temprano en Boca Chica con la contestación... Mi amo me dijo que bastaría que su excelencia pusiese su firma en el mismo papel que traje, lo cual le probaría que el señor gobernador lo había recibido.

Alegróse el perezoso don Diego de los Ríos de no tener que escribir carta, y tomando una pluma firmó el papel que había llevado el negro, se lo devolvió a éste, y pidió su desayuno, mientras que el

esclavo regresaba a toda prisa a buscar la barca que le había llevado de Tierra Bomba; embarcóse en ella y puso manos a los remos. Nadie notó desde la playa que, yendo ya cerca del otro lado de la bahía, se detuvo para volver menudos pedazos la carta de don Sancho Jimeno, junto con la firma del gobernador, cosa que, si la viera éste, le habría sorprendido mucho.

Iba aún el negro por mitad del camino, cuando empezáronse a oír cañonazos, uno tras otro; unos del fuerte de San Fernando, contra más de doce bajeles enemigos que se habían acercado a Boca Chica; otros, de estos navíos que atacaban con brío la fortaleza. Momentos después arrimábanse (sin preocuparse del fuego que les hacían de los muros y almenas del castillo, con lo cual mataban a los que sacaban el cuerpo fuera de la cubierta) tres pontones llenos de filibusteros armados con bombas y morteros para dispararlas. Los piratas se arrojaban a las playas con grandísimo riesgo, muriendo unos en la empresa; pero la mayor parte llegaron hasta un punto en que las murallas mismas de la fortaleza les servían de parapeto.

La situación de don Sancho Jimeno era angustiosísima. ¿Cómo defenderse de aquel ejército de hombres que no temían a Dios ni al diablo, a quienes poco importaba morir, ni que murieran los demás, con sesenta negros bozales y treinta y cuatro soldados veteranos por junto, pues el que había enviado a Cartagena no regresaba? Pero el peligro en que se hallaba enardeció el valor sereno de aquel hombre, que recorría, sin perder su calma, las murallas, animando con su presencia a los artilleros y hasta chanceándose con los que notaba asustados.

Tres horas después de medio día, ya todos los veintidós bajeles del enemigo (contándose entre éstos diez navíos de guerra de ochenta y noventa cañones) estaban frente a Boca Chica, los cuales se desplegaron en semicírculo para atacar la fortaleza.

Una hora antes de oscurecer, los sitiados vieron que de algunos de los buques arrojaban botes con gente que debería desembarcar en la punta llamada de El Horno, la cual, resguardada por la formación del terreno, no podía ser defendida por el castillo. Sancho Jimeno, despreciando el peligro, y a riesgo de ser despedazado por las balas enemigas, subió al sitio más alto de la fortaleza, con el objeto de mirar hacia Cartagena, por ver si le enviaban los socorros que había pedido.

-¿No veis venir nada? -preguntó el artillero Francisco Vives que le acompañaba.

-Nada, señor.

-¡Maldito gobernador! -exclamó el castellano, perdiendo por primera vez la paciencia-. Nos sacrificará indudablemente a su desidia y su flema! ¡Mañana amaneceremos cercados por mar y tierra!

Las balas disparadas por los franceses arrancaban entre tanto trozos de muralla, y al estruendo de los cañonazos se unía el estridente fragor de la fusilería.

-¡Señor castellano! -gritó Vives agachando la cabeza al sentir venir una bala, la cual, pasando por lo alto, fue a hundirse dentro del pavimento, a dos pasos de distancia de don Sancho, que ni se movió ni pestañeó siquiera-. Señor mío, -añadió-, vámonos de aquí, que nada ganará el rey con nuestra muerte, y sí perderá si os mata el enemigo.

-Efectivamente, -contestó don Sancho, dando la última mirada al camino por donde esperaba la llegada de la tropa pedida-; es preciso que nos resignemos a defendernos con la poca gente que

tenemos: esta noche el enemigo se hará dueño de Tierra Bomba, y mañana será inútil aguardar auxilio. Bajemos...

La agitación del mar del día anterior se había cambiado en una calma completa; ni una hoja se movía en los árboles, y el rumor de las olas era un suave susurro al tocar las playas; la luna, que lucía apenas un medio disco de plata sobre un cielo azul pálido, se confundía con el brillo intenso de los luceros que se miraban en las aguas mansas del océano, semejante a un inmenso lago. Los fuegos habían cesado con la noche; pero los buques enemigos, semiocultos en las sombras, estaban llenos de luces, y se notaba en ellos gran movimiento, como también el ruido que se oía por el lado de tierra probaba que hacían preparativos para el sitio de la fortaleza por aquella parte.

Sancho Jimeno, después de haber pasado la noche en vela, preparándose para el formidable ataque que aguardaba al día siguiente, se había quedado dormido hacía apenas una hora, cuando lo despertaron para avisarle que acababa de llegar el negro despachado la noche antes a Cartagena.

Este se acercó, con los ojos bajos, al sitio en que estaba el castellano.

-¿Por qué has tardado tanto? -exclamó don Sancho al verle.

-El señor gobernador no me quiso despachar hasta esta noche, -contestó el esclavo embustero.

-¿Me mandó ya los auxilios?

-Cuando amanezca estarán aquí.

-¡Cuando amanezca no podrán pasar! ¿Cuánta gente mandaba? -añadió.

-No me dijo... -¿No me escribió?...

-Dijo que no tenía tiempo...

-¿Y qué más?...

-Lo que dije: que al aclarar el día despacharía lo que deseaba el señor castellano.

-¿Y dónde está el cabo que se fue contigo? A él comisioné para que trajera la carta, y no a ti.

-El cabo se quedó en el camino... de aquí para allá.

-¿En el camino de aquí para allá?...

-Quiero decir, de allá para acá...

Don Sancho Jimeno fijó los ojos en el negro, y éste se puso a temblar, sin poderse contener.

-Contesta, -le dijo el castellano-: ¿Dónde quedó el cabo?

-Se me perdió en la oscuridad de la noche...

-¿No se te había encomendado que le señalases el camino?

-Sí, mi amo, pero... no supe qué se hizo. En aquel momento se oyó el estruendo más espantoso: parecía que el mundo se venía abajo; la fortaleza cimbraba, atacada por todos cuatro costados por la artillería enemiga.

Don Sancho tomó su espada y se arrojó fuera del aposento, pero no antes de haber dicho:

-Este negro es sospechoso... Que le suman en las bóvedas con un par de grillos; ahora no hay tiempo para más... ¡Es preciso que todo hombre tome las armas, sin excepción ninguna!

Al salir fuera del aposento, el castellano notó que el mar se iluminaba tenuemente con los primeros albores de la mañana, y que un vientecillo fresco se había levantado del lado de tierra.

V

Hacía diez horas que los franceses y filibusteros bombardeaban la fortaleza de San Fernando, y cañoneábanla con más de mil cañones que llevaban los navíos de guerra, y además bajeles preparados para el caso. Habían desmontado ya quince de los cañones que coronaban las baterías, matado diez de los treinta y cuatro soldados veteranos que encerraba el castillo, y los demás estaban casi todos heridos y fuera de combate.

Poco después de medio día, los filibusteros que habían entrado en la bahía, entre Tierra Bomba, Barú y la isla de Las Brujas, apresaron dos embarcaciones que el gobernador (que comprendía al fin toda la gravedad de la situación y sospechaba que la supuesta carta de don Sancho Jimeno debía de haber sido el fruto de alguna traición) enviaba al sitiado castellano de Boca Chica.

La ciudad de Cartagena era presa de la mayor alarma, y todos se preparaban para defenderse lo mejor posible; pero la situación angustiosa de don Sancho había despertado la simpatía en los moradores de la ciudad, los cuales pidieron con el mayor empeño que se enviase algún socorro a aquel valiente. Al fin don Diego había accedido mandando a un religioso de San Juan de Dios, que era además cirujano; a un tambor que debía hacer gran falta a don Sancho, que carecía de todo, y veinte hombres veteranos. Estos salieron muy temprano de la plaza, pasaron la bahía entre claro y oscuro, y se fueron deslizando por la orilla de las playas de Tierra Bomba, aunque el estruendo medroso del cañoneo les había tenido muy alarmados durante todas aquellas horas. Como hubiesen notado que un pequeño barco de los filibusteros se hallaba en la mitad de la bahía, como en acecho, el religioso saltó a tierra con sus compañeros en la punta de Periquito, pensando que le sería fácil continuar por tierra hasta la fortaleza. Pero se había equivocado el bueno de fray Alonso de Villarreal: los filibusteros le vieron, y en el acto echaron dos botes al agua, los cuales arrojaron cincuenta hombres a tierra, y en breve rodearon y cogieron desprevenidos a los cartageneros, que en vano procuraban ocultarse entre los manglares.

Media hora después el religioso compareció delante de Ducassé; pero como el primero no supiese hablar francés, ni el segundo castellano, tuvieron que entenderse en latín, lengua que el gobernador de Petit-Goave había aprendido en su juventud. Este, con mal coordinadas frases, le pidió al religioso que fuese a la fortaleza, hablase con el castellano y le preguntase, de parte de los jefes de la escuadra, si estaba dispuesto a entrar en negociaciones para el rendimiento del castillo.

Suspendieron sus fuegos los enemigos, y respiraron los mal traídos sitiados cuando vieron acercarse un oficial francés y un fraile de San Juan de Dios con bandera blanca. Con trémula voz el religioso pidió que le llamasen al castellano, porque tenía que hablarle de parte de los sitiadores.

Presentóse sobre uno de los parapetos exteriores don Sancho Jimeno.

-¿Qué deseáis, padre? -preguntó; y, reconociéndole, añadió manifestando sorpresa-: ¿su paternidad viene como parlamentario del enemigo?

-Me acaban de tomar preso... Venía con un piquete de soldados a traeros socorro...

-¡A buen tiempo!...

-Uno de los jefes enemigos me mandó aquí para que os notificase que si rendíais las armas y entregabais el castillo inmediatamente, os daría cuantas garantías pidierais para vos y para la guarnición; y me dijo que tenía noticias seguras de que la guarnición de la fortaleza era poquísima, y no podría sostenerse una hora más.

-Dígale su paternidad al señor general de la escuadra, -contestó Jimeno-, que no puedo entregar la fortaleza, porque no es mía; el rey me la ha dado a guardar, y sólo con una orden de su majestad (y se descubrió al decir estas palabras) la podría rendir.

-Pero, señor don Sancho...

-Añada vuestra paternidad, -repuso-, que tengo la gente y las municiones suficientes para defender el castillo durante todo el tiempo que sea necesario.

Y al decir esto bajó del parapeto, y el Capacho 4 regesó a dar cuenta de su comisión al general enemigo.

Cuando el barón de Pointis supo el resultado de la conferencia con Sancho Jimeno, se enfureció sobremanera.

-¡Insolente español! -exclamó-. ¡Ha de pagar caro su presunción! Que no se le tenga ya ninguna consideración, -añadió-; yo le enseñaré a respetar el pabellón francés.

Mandó entonces que desembarcasen todas sus tropas y ocho cañones de a cuarenta libras, que no había querido emplear hasta entonces, por parecerle inútil tanta fuerza. Aquella tarde empezó el ataque contra la fortaleza con tal vigor, que antes de oscurecer ya habían deshecho los parapetos exteriores que daban a la playa. Continuó el cañoneo durante gran parte de la noche, y al amanecer el día diez y seis de abril, aparecieron en completa ruina los terraplenes y baluartes cercanos al mar; pero don Sancho Jimeno continuaba defendiéndose con brío, sin descansar un momento, y apuntando con tanta certeza, que había inutilizado varios buques, y dos bajeles menores de los filibusteros se habían hundido, llevándose al fondo a muchos enemigos con armas y pertrechos.

Este incidente enfureció a tal punto al barón y a Ducassé, que mandaron que se arrojasen sobre el desgraciado castillo cuantas granadas y bombas se pudiese. Los sitiados empezaron entonces a respingar y a gruñir, aunque el castellano procuraba alentarles con la voz y con el ejemplo, asegurándoles que pronto les llegarían auxilios, si acaso no se cansaba al fin el enemigo al verles

tan valerosos; pero los negros, particularmente, iban perdiendo el ánimo, y cada vez que una granada despedazaba un trozo del techo y hería a alguno, los gruñidos aumentaban, la disciplina se alteraba, y don Sancho no podía menos que comprender que no sería posible continuar la lucha por muchas horas más.

El artillero Francisco Vives era casi el único que acompañaba en su empeño al denodado castellano; sin embargo, comprendía aun más que don Sancho que la guarnición no sufriría por más tiempo semejante situación.

Don Sancho se hallaba descansando algunos momentos de sus fatigas, mientras el artillero trataba de reparar algunos de los daños hechos por las granadas, cuando una gran vocería le hizo volver a acercarse a las murallas.

-¿Qué sucede? -preguntó.

-Que acaba de perder la cabeza el sargento Nuño, que se dejó ver un momento por encima de la muralla; y que nosotros, -añadió el que hablaba, que era un mulato fornido-, no resistimos ya más...

-¡Qué vergüenza! -exclamó el castellano-. ¿Queréis inclinar nuestro pabellón, el de la gloriosa España, ante el francés?... No es posible semejante ignominia... Aguardemos a mañana; entre tanto, recibiremos auxilios de Cartagena...

-¡Auxilios! -repuso con insolencia el mulato-: no puede acercarse nadie por mar ni por tierra. Hace una hora que dos piraguas que venían de Cartagena con tropas tuvieron que devolverse, perseguidas por uno de los buques pequeños de los filibusteros.

-Pero el conde de Saucedillo, que está en Portobelo con los galeones reales, puede llegar de un momento a otro... Aguardemos, hermano.

En aquel momento se oyó de nuevo gran ruido de voces, y otro mulato se acercó mustio y temblando:

-Están echando escalas, señor, -exclamó-. ¡Estamos perdidos, pues los enemigos han jurado no dejar uno de nosotros con vida!

No habían transcurrido cinco minutos, cuando el enemigo suspendía sus fuegos en todas partes. Una bandera blanca tremolaba sobre la cumbre de la desmantelada fortaleza.

-El general francés, -dijo un negro dirigiéndose a don Sancho-, pide que el castellano de la fortaleza se presente para hablar con él.

Pálido de rabia y de indignación, el castellano de Boca Chica se lanzó sobre el parapeto más cercano al campamento enemigo, y exclamó:

-¡Aquí estoy! ¿Qué se ofrece?

-Manda el barón de Pointis, general de las escuadras de su majestad el rey de Francia, que le abráis la puerta de la fortaleza, -contestó el intérprete del jefe supremo de la expedición.

-¿Y con qué derecho pedís eso? -repuso don Sancho.

-La guarnición de la fortaleza ha pedido buen cuartel, -contestáronle-; ved la bandera blanca sobre vuestra cabeza.

-Si la cobarde guarnición lo ha hecho así, -dijo el español con soberbia-, yo, que soy el castellano de esta fortaleza, juro que no me rendiré jamás; arrojaré fuera a los miserables que se han humillado, pues todavía quedan a mi lado muchos valientes con honor.

Al decir esto subió al puesto en que se hallaba la bandera, la arrancó, volvióla pedazos y arrojó éstos al viento.

Los franceses habían estado mirando las acciones de don Sancho Jimeno, sorprendidos y atónitos de tanta altivez.

-¡Las escalas! ¡Las escalas! -gritaron todos llenos de ira-. ¡No habrá cuartel! ¡Muera el insolente español!

-¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Nos rendimos todos! -exclamó la espantada guarnición.

-Si así lo queréis, -dijo el general francés, deteniendo la furia de los suyos-, arrojad las armas por encima de las murallas.

Los de adentro obedecieron.

Mientras tanto don Sancho se hallaba delante del puente levadizo con la espada desenvainada.

-¡Nadie sale a deshonrar la causa del rey de España! -gritó con estentórea voz.

El francés aguardó algunos momentos, y al cabo de ellos mandó a un emisario a pedir que se abriese la puerta; y como no obtuviese contestación, hizo que se gritase por medio de una bocina, que si le obligaban a entrar por encima de las murallas, pasaría a cuchillo hasta el último ser viviente que encontrase dentro de la fortaleza.

Arrojóse Francisco Vives de rodillas delante del castellano:

-Señor, -le dijo-, no hay remedio; es preciso entregarnos; no queda en pie un solo soldado de honor; estamos en manos de los negros. ¡Permitid que abran la puerta; os lo suplico por Dios!

El castellano, sin contestar una palabra, rompió su espada, arrojó los pedazos, y haciéndose a un lado, cruzó los brazos y dejó que abriesen la puerta y bajasen el puente levadizo.

Los franceses quisieron entrar inmediatamente, pero Pointis les detuvo.

-Deseo ver al castellano de la fortaleza, -dijo hablando en francés.

Don Sancho atravesó el puente lenta y majestuosamente, fijando sus altivas miradas sobre los enemigos; al llegar a la otra extremidad abrió los brazos y dijo pausadamente:

-Ved aquí al castellano de la fortaleza de San Fernando... Ni me rindo ni pido cuartel; yo no entrego el castillo, sino aquestos cobardes, que no han tenido ánimo para rendir la vida en su defensa. Estoy desarmado: podéis hacer de mí lo que a bien tengáis.

El general enemigo se volvió a sus oficiales y les dijo:

-Este es el hombre más heroico que he visto en mi vida. Aunque él no lo quiera, hemos de salvarle.

-Señor castellano, -dijo el francés saludándole cortésmente ¿dónde está vuestra espada?...

-Le he roto... Un vencido no ha menester armas. El barón se desabrochó la suya, y presentándosela le dijo:

-Aceptad la mía, caballero, que un hombre como vos no puede dejar de tenerla.

Don Sancho hizo un ademán como para rechazarla.

-¿La rehusáis, caballero? Este es un obsequio, no del vencedor al vencido, pues vuesamerced no se ha rendido, sino de un admirador vuestro.

Saludó Jimeno al barón, y recibiendo la espada se la ciñó:

-Me honráis demasiado... -dijo; pero no pudo añadir otra cosa, pues la ira le hacía callar. Sin embargo hizo un esfuerzo supremo:

-Permitid, -añadió volviéndose al francés-, que os haga los honores del castillo. Y al decir esto entró adelante con el sombrero en la mano.

VI

La triste y humillada guarnición se hallaba reunida a la entrada de la fortaleza.

-Bien, -dijo el general arrojando una mirada sobre unos treinta negros y mulatos y algunos veteranos heridos que allí aparecían-; llamad, señor, al resto de vuestra tropa.

-Esto que veis, general, es todo lo que hay; los demás, que no eran muchos, han muerto...

-¿Y con estos pocos hombres, señor castellano, habéis resistido tres días con sus noches a un ejército de diez mil hombres con gruesa artillería y armados lo mejor que se ha visto?... ¡En verdad, -añadió, dando una patada en el suelo-, que este atrevimiento es inaudito!

-No lo considero atrevimiento, barón, -repuso don Sancho con sosiego-; ni creo que era faltar a mi deber como caballero, tratar de defender con un puñado de hombres el castillo que se me había encomendado. ¡Oh, -añadió-, si éstos no fueran tan cobardes, primero hubiéramos visto volverse polvo estos muros que entregamos!... Sin embargo, si consideráis que mi conducta no ha sido como debería ser, aquí estoy en vuestras manos; podéis hacer de mí lo que os plazca.

No respondió cosa alguna el francés, sino que se apartó con su estado mayor a un salón interior, en donde pasó largo rato conferenciando a solas con sus oficiales.

Entre tanto don Sancho se había sentado sobre un cañón en lo alto de un muro, de donde contemplaba con honda pena los preparativos que hacía el enemigo para emprender marcha hacia Cartagena. Una voz desconocida para él le arrancó de su triste meditación.

-Señor Jimeno, -decía en malísimo castellano un coronel francés que acababa de ser nombrado por su jefe comandante del castillo-: vengo a pediros que me entreguéis por inventario los víveres y municiones que debéis de conservar en los almacenes de la fortaleza.

-Yo no tengo nada que entregaros, -repuso el español arrugando el entrecejo.

-¡Cómo!

-Buscad al artillero Francisco Vives, -repuso Jimeno-: él os dará cuenta de todo eso; él tenía las llaves de los almacenes y no yo...

Y diciendo esto volvió la espalda al coronel, y siguió contemplando los movimientos de la escuadra enemiga.

Fuese muy quejoso el coronel a dar cuenta a sus jefes de la manera como le había recibido el español.

-¡La firmeza de carácter de este hombre es asombrosa! -exclamó el barón-; y si así fueran todos los cartageneros, gastaríamos un siglo en rendir la plaza.

-¿Qué pensáis hacer con él? -preguntó el antiguo negrero Ducassé-. Anda solo por la fortaleza y si no fuera porque yo le he puesto centinelas de vista...

-¡Le insultáis con eso! -exclamó el general-. Ese hombre es un héroe, y exijo que le dejéis en libertad.

-¡En libertad!... Si Jimeno pasa a la ciudad de Cartagena, nos puede hacer muchísimo daño. ¿No sería mejor dejarle en esta fortaleza prisionero?

-Hacedme el favor de suplicarle que pase a hablar conmigo.

Momentos después el castellano de Boca Chica entraba con sombrero en mano en el salón en que le aguardaba el francés. Este, al verle, se descubrió:

-Os escucho.

-¿Deseáis vuestra libertad?

-Soy vuestro prisionero; ya no puedo tener opinión acerca de mí mismo; pero es muy natural desear la libertad.

-Podéis hacer uso de ella...

-Sois generoso...

-Con una condición, empero...

-¿Cuál?

-Que no iréis a la ciudad de Cartagena. Esta fortaleza, que era el puesto que se os había señalado, ha sucumbido; no tenéis obligación de ir a defender otra.

-Es verdad... pero un súbdito debe morir defendiendo la propiedad de su rey...

-Entonces ¿rehusáis vuestra libertad?

-¿Para qué engañaros?... No puedo hacer uso de ella sino para combatir de nuevo hasta rendir el alma, si es preciso, en la lid.

-¿No tenéis familia?

-Sí; una esposa idolatrada...

-¿Está acaso en Cartagena?

-No; debe hallarse en una estancia que tengo no lejos de aquí.

-Comprendéis, señor don Sancho Jimeno, -dijo el francés-, que yo sería un imbécil si os permitiera salir de aquí para ir a animar a los que quiero combatir...

-Yo tampoco, -dijo el otro gravemente-, obraría de ese modo si estuviese en vuestro lugar.

-Sin embargo... yo no quiero dejaros preso aquí... Me he enamorado de vuestro denuedo y noble ánimo; me interesáis muchísimo y deseo vuestro bien; pero ¿qué hacer en este caso? Ayudadme a favoreceros.

-Os lo agradezco en el alma, barón, pero...

-¡Vamos! Ablandaos un poco; transijamos la dificultad: en lugar de dejaros encerrado en estos calabozos os mando preso cerca de vuestra esposa. ..

-¡Yo no puedo llevar soldados a mi casa!

-No enviaré sino un centinela, que no os desagradará.

-¿Cuál?

-Vuestro honor. Me bastará vuestra palabra de permanecer preso cerca de vuestra esposa durante mi permanencia en estas costas, y al momento mismo os enviaré allá, y estaré más tranquilo que si os tuviera encerrado en una jaula de hierro.

El español se puso a pasear en silencio de una punta a otra del aposento.

-Acepto, -dijo al fin-, con una condición.

-Veamos cuál es.

-Que escribiréis las bases de nuestro tratado en un papel que firmaremos ambos; no quiero que se sospeche jamás que he obrado con poca lealtad.

.....

Una hora después el castellano de Boca Chica saltaba en un bote, y acompañado por un oficial francés, que llevaba un salvoconducto, y por el religioso de San Juan de Dios, que había suplicado al barón de Pointis que le permitiese seguir al lado de Jimeno, dirigió él mismo la embarcación hacia las vecinas playas de Barú. Cuando de lejos descubrieron la casa de la propiedad de don Sancho, el oficial dijo:

-Mi comisión ha concluido, caballero: el general me encargó que os dejase antes de entrar en vuestra casa.

Saludó cortésmente don Sancho Jimeno, y mientras que el francés volvía a buscar su embarcación, él se dirigía a su casa.

Todo estaba solitario; no se veía un esclavo en las plantaciones de caña; la casa de habitación estaba cerrada, y no había animal doméstico en ninguna parte.

-Sin duda Teresa se ha marchado a Villanueva, como yo le mandé, -dijo don Sancho.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó el desconsolado padre, el cual, después de haber pasado tantos sustos, ansiaba llegar a un lugar seguro en donde poder descansar.

En aquel momento se presentó el mayordomo de la hacienda; confirmó lo que había pensado el español, y les ofreció su casa, que estaba a alguna distancia.

-Yo no puedo quedarme aquí -contestó el castellano de San Fernando-: he sido enviado por el general enemigo, bajo mi palabra, al lugar en que se halle mi mujer; allí debo permanecer hasta que nos veamos libres de los franceses.

-Descansad vuesamerced en mi casa hasta mañana, -dijo el mayordomo.

-No; no puedo hacerlo hasta no llegar a mi destino; dadme un guía, -añadió-, y un caballo ensillado, y ahora mismo seguiré camino. Su paternidad, -añadió dirigiéndose al religioso-, puede quedarse aquí en paz, y así dirá al barón, si me manda llamar, adonde he tenido que irme; pues yo me considero preso aún, aunque no rendido...

-Pero ya llega la noche...

-Por lo mismo, debo emprender viaje inmediatamente, pues no he de descansar hasta llegar a Villanueva.

El religioso le tomó la mano.

-¡Jesús, María! -exclamó-, estáis ardiendo de calentura.

-Hace seis noches que no duermo y otros tantos días que no he podido pasar casi ningún alimento... De ahí proviene la calentura.

-No llegaréis, señor, por caminos extraviados, como vuesamerced ha de llevar, sino hasta mañana; mejor será que descanséis aquí hasta mejoraros.

-Repito que si no me dan lo que pido inmediatamente, me iré a pie y solo...

Hubieron de darle gusto. El mayordomo mismo lo fue a acompañar, y fue bien pensado, porque algunas horas antes de llegar a Villanueva, a pesar de su grande ánimo, las fuerzas desampararon por completo al castellano; perdió el movimiento y la voz, y no llegó al lado de su esposa sino en un estado tal de postración, que por muchos días estuvo entre la vida y la muerte.

VII

El gobernador don Diego de los Ríos, después de la caída de la fortaleza de Boca Chica, creyó conveniente abandonar todas las fortalezas y castillos de la bahía y el de San Felipe y la Popa, lugares que el enemigo fue tomando uno a uno y estableciéndose en ellos, con el objeto de prepararse a un ataque serio dirigido a la ciudad. La heroica defensa del castillo de San Fernando había hecho comprender a los franceses que, no obstante su enorme artillería y el gran número de tropas que llevaban, no era tan fácil, como habían pensado, la rendición de aquella plaza fuerte.

Al fin quedó todo preparado para el ataque definitivo, siendo el día y la hora un secreto hasta para los oficiales de las tropas francesas y los jefes mismos de los filibusteros, de quienes el barón desconfiaba siempre, por su falta de disciplina y espíritu revoltoso.

Don Diego de los Ríos había concentrado sus fuerzas en los lugares más peligrosos, y encargado su custodia a los oficiales de su mayor confianza. Uno de éstos era el capitán don Francisco Santarem -el amo de aquel negro infiel de quien hemos hablado en otro capítulo-. Habíasele encomendado el baluarte llamado de la Media Luna, el cual tenía una brecha por donde debía defenderse contra la tropa que llegara por la vía de tierra. La brecha encomendada a dicho capitán no medía más de tres varas, en donde le habían dado orden de situar dos cañones. Varias veces el gobernador había preguntado a Santarem si ya tenía arreglado el parapeto, a lo cual éste contestaba que inmediatamente se pondría a la obra; pero con varios pretextos se descuidaba, pasaban los días así y él nada hacía.

La noche del 1° de mayo cerró lluviosa y oscurísima; ni una estrella brillaba en el cielo, negro como un manto de terciopelo; recias ráfagas de viento sacudían las banderas y rugían entre los mástiles de los navíos enemigos anclados en la bahía. Los centinelas sobre las murallas no alcanzaban a distinguirse a dos varas de distancia, y el ¡quién vive! era continuo en contorno de la ciudad, enteramente sitiada por los franceses.

Serían las doce de la noche cuando un bote fue arrojado al agua por el lado de Tierra Firme, frente al baluarte de la Media Luna, y con los remos envueltos en lienzos para que no hiciesen ruido; los cuatro hombres que iban en el bote remaron activamente con dirección al barrio de Getsemaní.

Los centinelas que se hallaban en la puerta del puente dieron un estentóreo ¡quién vive! y llamaron al cabo de guardia. En el mismo momento la tenue lluvia que había caído hasta entonces se convirtió en un recio aguacero, y los soldados que se vieron cegados por la lluvia y por el viento, volvieron instintivamente la espalda al temporal.

Cuando pasó la ráfaga y dirigieron las miradas hacia el punto en que habían visto una sombra deslizarse sobre el agua, nada vieron ya... Una pequeñísima luz, como la de un cigarro encendido que fue arrojado al agua, sirvió de guía y señal a los del bote, y éstos, en breves momentos arrimaron al pie del baluarte de la Media Luna; arrojáronles de arriba una escala de cuerdas, de la cual uno de los embarcados se asió y subió ligeramente a lo alto de la brecha, mientras que los otros ataron el bote, y todo volvió a quedar en silencio, salvo el caer de la lluvia, que se deslizaba por encima de las murallas y goteaba dentro de la arrimada embarcación.

No había sobre aquel baluarte sino un solo hombre, envuelto en una capa, y un negro agazapado, que era el que había arrojado las cuerdas.

-¿Quién va? -exclamó el de la capa, en voz baja, bien que el ruido causado por la lluvia impedía que se oyese ningún otro a corta distancia.

-Yo... ¡Ducassé!... ¿Hablo con el capitán Santarem? -contestó en francés y muy paso el recién llegado.

-No os equivocáis. ¡ Qué noche tan propicia para nuestro objeto! ¿No es así? -repuso el de la capa en el mismo idioma, y también a media voz.

-¿Nadie nos oye?

-Nadie absolutamente... Yo ofrecí a mis compañeros de guarnición velar aquí con Juan, mientras que ellos aprontaban los cañones para traerlos cuando escampe la lluvia.

-¿Y los haréis traer?

-Según lo que dispongáis... Ya sabéis cuáles son mis condiciones.

-¡Pedís demasiado!

-¡Demasiado, cuando os entrego la llave de la ciudad!

-¡De todos modos hemos de entrar en ella!

-Acordaos de Boca Chica: aquí todos son por el estilo de Sancho Jimeno, y con gusto rendirán la vida por su rey...

-También hay otros como vos: don José Márquez, don Pedro Cañarete y don Juan de Berrío... los cuales son accesibles a rendirse por interés.

Santarem dio un paso atrás y se mordió el labio.

-Transijamos, -repuso el jefe de los filibusteros-: el tiempo urge y tengo que volverme al campamento... La lluvia empieza a ceder, y si aclara nos pueden ver desde los baluartes inmediatos.

-¿Qué me ofrecéis en resumidas cuentas?

-Dinero no...

-¿Dinero no?

-Mercancías.

-¡Bien! Las que yo escoja...

-No tanto así... Pero unos cuatrocientos mil pesos en ropas, cuyo precio fijarán peritos escogidos por mí...

-Y por mí también... y una balandra en que llevarlas fuera de aquí; pues yo tendré que dejar la plaza con vosotros, repuso Santarem.

-Convenido...

-¿Tengo vuestra palabra?

-La tenéis... Os juro por mi honor que si cuando ataquemos la ciudad, este puesto se halla desamparado, tendréis lo que habéis pedido.

-¿Y cómo sabré la hora del ataque?

-Oiréis un tiro primero, y dos más, uno tras otro, en seguida, aquí enfrente, al pie del castillo de San Felipe... Aguardad la señal quizás antes del día de mañana.

Al decir esto, y sin despedirse, se acercó al baluarte, se deslizó por la escala de cuerdas que había quedado pendiente, bajó al bote, y los que lo tripulaban remaron aceleradamente hacia la opuesta orilla, mientras que el negro quitaba las cuerdas y las ocultaba en un hoyo que cubrió con una piedra.

La lluvia había cesado enteramente, cuando la luna asomó sobre el horizonte plateando torres, campanarios y murallas, y haciendo brillar las armas de los centinelas que se paseaban sobre los baluartes. Hacía rato que los soldados que estaban a órdenes de Santarem habían regresado a la muralla, y avisado a éste que todo estaba listo para transportar los cañones a la Media Luna.

-Aguardemos el día, -dijo él.

A pesar de las precauciones que tomaban los franceses para no ser oídos, sentíase por todas partes cierto rumor extraño, que probaba que algo inusitado ocurría en el campamento enemigo.

Santarem se sentó sobre un parapeto y empezó a quejarse, diciendo que estaba muy enfermo, y que si continuaba así tendría que retirarse de las murallas.

De repente se oyó al pie del castillo de San Felipe un tiro seguido de otros dos, y reinó después el silencio.

Inmediatamente arrecióle el mal al capitán don Francisco Santarem; pidió que le llevasen una silla para que le transportasen a su casa, que estaba al otro lado de la ciudad, y sin dar órdenes ningunas con respecto a la defensa del baluarte, se hizo llevar en la silla, fingiéndose muy enfermo. Sus soldados, que eran los peores de la plaza (escogidos así exprofeso por el traidor capitán), al verse sin jefe se desbandaron en silencio y esa parte de la muralla quedó abandonada.

VIII

Empezaba apenas a clarear el día 2 de mayo de 1697, cuando todos los ejércitos franceses atacaron la ciudad por tierra y por mar.

Viendo que el baluarte de la Media Luna había sido desamparado por su capitán y abandonado por los que le acompañaban, el jefe de la plaza ordenó a un don Pedro Cañarete que corriese a ocupar ese baluarte con los ochenta hombres que tenía a sus órdenes; pero éste, en lugar de obedecer, se fue a ocultar al otro lado de la ciudad. Un don Juan de Berrío dejó solo el baluarte de San Lázaro, cuya defensa le habían encomendado, y aunque otros cartageneros hicieron resistencia, los franceses se apoderaron antes de anochecer de todo el barrio de Getsemaní, y empezaron a arrojar bombas sobre la parte de la ciudad de Cartagena que se sostenía, y en donde se hallaban las casas más ricas e importantes de ella.

La población entera se hallaba sumida en la mayor consternación el día 3 de mayo. Las bombas habían arruinado muchas casas, entrádose hasta el interior de las iglesias y causado graves daños, y al mismo tiempo no faltó quien difundiese por la ciudad la especie de que si no se rendía la plaza, los filibusteros asesinarían a cuantos hallasen vivos en la población, y que no dejarían piedra sobre piedra. A esto se añadía que nadie tenía confianza en la pericia y el valor del gobernador, y todos abrigaban el temor de que muchos oficiales de la guarnición estuviesen vendidos a los enemigos, y aun se susurraban sospechas contra don Diego de los Ríos mismo.

A medio día el gobernador vio asediada su casa por una turba de revoltosos, que pedían a gritos que procediese a capitular. Que no había esperanza ni posibilidad de sostenerse aún, era la convicción de todos. Cartagena era entonces un emporio de riqueza, la riqueza lleva consigo la molicie y el temor de perder la vida; así, pues, pocos eran los que sentían amor a su rey y a su honor, y no les importaba humillarse ante las huestes enemigas, si aquello podía reportarles mayores bienes que si resistiesen con valor al empuje de los contrarios.

Vacilaba el perezoso y débil gobernador ante la imponente voz de los revoltosos, cuando se presentó una diputación enviada por una compañía de valientes que guardaba el baluarte de Santo Domingo, compuesta de comerciantes de Santafé de Bogotá y de Quito que estaban establecidos en Cartagena. Estos pedían con instancia que no se cejase ante las exigencias de la plebe; aseguraban que con la guarnición que existía en la plaza y los recursos que poseían, podrían defenderse hasta

fastidiar al enemigo, que había tenido ya muchas bajas y estaba descontento. Pero no bien hubo hablado la comisión de los comerciantes de Santo Domingo, cuando se presentó otra respetabilísima: iba de parte de los dos cabildos, que pedían se capitulase inmediatamente, porque no había resistencia posible. Después de esto llegaron varios religiosos, los cuales, en nombre de las comunidades religiosas de la ciudad, suplicaban que no se derramase sangre inútilmente, porque no había esperanza de rechazar al enemigo... Ante estas opiniones, a las que se añadía la suya propia, el gobernador resolvió capitular. Mandó enarbolar bandera blanca y envió emisarios al general de la armada francesa ofreciendo, bajo condiciones muy honrosas, entregar la plaza. Accedió a todo el barón de Pointis, y el día 4 de mayo por la mañana salió la guarnición de Cartagena (dos mil hombres) con sus armas, los empleados del gobierno civil, con una parte de sus haberes, el Tribunal de la Inquisición y las monjas del Carmen y de Santa Clara, que prefirieron quebrantar su clausura más bien que permanecer en la ciudad en que imperaban los filibusteros, a pesar de que se había estipulado que los vencedores respetarían las iglesias y los conventos.

Tranquilizáronse un tanto los espíritus cuando vieron que Pointis se dirigió a la catedral inmediatamente que entró en la ciudad, y pidió respetuosamente al provisor, que le había salido a recibir, se entonase el Te Deum.

Nombró en seguida gobernador de la ciudad al gobernador de Petit-Goave, Juan Bautista Ducassé, el cual dio amplias licencias de hacer su gusto a los filibusteros. Pero los habitantes, que se veían maltratados, y robados los templos por aquella horda de bandidos, acudieron a quejarse al general de la escuadra francesa, y aunque éste se indignó y quiso arbitrar remedio, Ducassé no pudo o no quiso poner término a aquellos abusos, y cruzáronse entre los jefes palabras muy hirientes. En resumen los cartageneros no obtuvieron las garantías que se les habían ofrecido, y el susto y la aprehensión reinaron en todos los ánimos, pues no se sabía hasta qué punto llegarían las vejaciones de los filibusteros, quienes recorrían las calles tomando para sí cuanto se les antojaba y aterrando a los pobres vecinos con sus amenazas.

Entre tanto que sucedían estas cosas, el capitán Santarem alojaba en su casa a algunos de los franceses, compraba -ya sabemos a qué precio- un cargamento de mercancías, expropiadas por los enemigos a sus conciudadanos, las cuales embarcaba en una balandra de los filibusteros; y aunque era mal mirado por los cartageneros y despreciado por los franceses mismos, él se manifestaba muy satisfecho con sus mal adquiridas riquezas, de las cuales fue a disfrutar en Francia muy a su sabor, y después se radicó en Portugal, de donde era oriunda su familia.

IX

Veamos ahora qué había sido de nuestro héroe Sancho Jimeno durante todas las semanas en que le hemos perdido de vista.

Cuando se vio curado de la enfermedad que le había acometido después de la rendición de Boca Chica, tuvo la pena de saber que Cartagena se había rendido, no obstante los muchos recursos que poseía. Hallábase, pues, retirado en Villanueva al lado de su esposa, cuando se presentó un negro que le enviaba el mayordomo de la hacienda que tenía en Barú, el cual le dijo que llevaba una carta que había escrito el padre de San Juan de Dios que allí estaba asilado.

-Dame la carta, pues, -dijo Jimeno alargando la mano.

-La carta me la dio el mayordomo...

-¿Y qué la hiciste?

-Hacía una hora que había salido de la hacienda y me preparaba para pasar al estero, frente al pueblo de Pata de Caballo 5 , cuando me cogieron preso unos blancos de Cartagena que están allí escondidos, me quitaron la carta, la leyeron, y me mandaron que siguiera mi camino, que ellos sabrían qué habían de hacer con la carta.

-¡Atrevidos! -exclamó Jimeno-. Pero tú a lo menos debes saber el motivo que tuvo el religioso para escribirme.

-Debió ser para avisar al amo que estaban en la hacienda unos franceses que iban de parte de su general, a ver si sumerced estaba todavía en su casa de campo, como él se lo había mandado.

-Vuélvete otra vez, hijo, -repuso Jimeno-, y di a los franceses que si no estoy en Barú, es porque mi mujer se había venido para acá, y que aquí como allá estoy a sus órdenes, como prisionero que soy de su gobernador.

Dos días después de aquel en que estuvo el negro a dar cuenta a su amo de lo que hemos sabido, Jimeno recibió una orden del gobernador Diego de los Ríos, mandándole que aclarase un cargo que tenía contra él el barón de Pointis, el cual le acusaba de traición, porque los soldados franceses que fueron a su hacienda de Barú habían sido llevados presos al gobernador por los aldeanos de Pata de Caballo, y que no habían apresado al oficial que les mandaba, porque éste logró escapárseles y pasar a avisar al barón de la mala partida que les había jugado Sancho Jimeno.

-¡Yo hacer traición! -exclamó el ex-castellano de Boca Chica-. Inmediatamente pasaré a vindicarme.

Mandó llamar al negro que se había dejado quitar la carta, llevó consigo a varios habitantes de Villanueva, como testigos de que no había salido de allí, y que los soldados no fueron llevados presos al gobernador, y se presentó a vindicarse delante de los franceses dueños de Cartagena.

Ya no halló en la ciudad al barón de Pointis: indignado éste con la conducta de Ducassé, o deseoso de hacerse dueño absoluto de los caudales, decían otros, que había tomado de las cajas reales (de ocho a nueve millones de francos), habíase embarcado en sus bajeles, después de transportar a ellos todo el oro, que fue llevado al puerto, cargado en ciento diez mulas.

Pointis recibió muy bien a Jimeno, y le dijo que jamás había dudado de su honorabilidad, y que le relevaba de su palabra, de manera que en adelante ya no debería considerarse como prisionero suyo, ni le exigía ningún rescate.

-Valientes como vos, -dijo-, son rarísimos en el mundo, y el molde en que se fabrican caballeros de vuestro temple, se ha quebrado, y no se encuentra en ninguna parte de la tierra.

Cuando Pointis salió del puerto en dirección a Francia, Sancho regresó a Cartagena, en donde fue muy aplaudida su conducta, y todos deseaban ver la espada que le había dado el general francés cuando no rindió el castillo de Boca Chica.

Era la espada de poquísimo valor; la empuñadura de cobre, y la hoja, no de acero toledano, que eran las más preciadas en aquella época, pero se la envidiaban todos, y algunos hubieran dado por merecerla su peso en oro.

Ducassé, en tanto, con sus filibusteros acababa de recoger las mercancías que más le convenían, las alhajas de las iglesias, entre otras un soberbio y riquísimo sepulcro de plata maciza, que era el orgullo de los cartageneros. Pesaba ocho mil pesos de plata, y pertenecía al convento de San Agustín, de donde una piadosa cofradía, que lo había regalado a la iglesia, lo sacaba el viernes santo en procesión por las calles de la ciudad. Aquellos piratas desmantelaron los castillos y escogieron los mejores cañones para llevárselos, de manera que embarcaron cerca de cien piezas de artillería que sacaron de la fortaleza. Los cañones que no pudieron o no quisieron llevarse, fueron precipitados al mar; trataron de volar las fortalezas y derribar los muros; y, por último, resolvieron irse, a instancias de Ducassé mismo, que temía que aquellos energúmenos acabasen por volver cenizas la ciudad cuyos edificios él había dado su palabra de respetar.

Los filibusteros estaban disgustados con Pointis porque no había distribuido entre ellos equitativamente el botín sacado de Cartagena. Estos decían que había sacado veinte millones de francos en monedas, barras y efectos, mientras que el general francés aseguraba que el botín no valía más de nueve a diez millones, sumándolo todo. Ducassé trató de calmarles, ofreciendo poner su queja al rey de Francia, y por último les hizo embarcar y salir definitivamente del puerto.

¡Cuál no sería la alegría de aquella desgraciada ciudad cuando desaparecieron en el horizonte las últimas velas de los bajeles de los filibusteros! El gobernador que, como hemos visto, era lento en sus movimientos, indeciso y enemigo de la actividad, ordenó desde Mahates, en. donde estaba desde cuando salió de la ciudad, que Sancho Jimeno permaneciese mandando en la ciudad, como que era la persona más querida en Cartagena y la de su mayor confianza.

Jimeno mandó inmediatamente a llamar a su mujer y con ella entraron muchas familias que habían huido desde el principio del sitio de Boca Chica. Los lamentos, los gemidos, las expresiones de espanto y las escenas de dolor que se representaban por todas las calles a medida que los míseros habitantes encontraban sus casas saqueadas, llenaban de indignación a Sancho Jimeno, el cual aseguraba que si el gobernador le hubiese enviado la guarnición que le pidió, y si después se sostuviera en la plaza, los franceses hubieran partido sin entrar en la ciudad, pues el barón mismo le había dicho que más gente había perdido por causa del clima y de las fiebres, que en los combates que había sostenido; de manera que si atacaron a Boca Chica cerca de diez mil hombres, cinco mil escasos se embarcaron al partir.

Ocupábase Sancho Jimeno en reunir y armar a la dispersa tropa, en tapar las brechas de las murallas, remendar las fortalezas y poner en orden todo, cuando le fueron a avisar que entraban nuevamente por Boca Chica siete bajeles de piratas filibusteros, con banderas negras desplegadas, los cuales, sin duda, tendrían intención de acabar de arruinar la ciudad.

Efectivamente, yendo por la mar, algunos jefes de los filibusteros se habían separado de Ducassé, quien siguió para Santo Domingo, mientras que aquéllos regresaron a Cartagena con las más negras intenciones.

X

La ciudad no estaba en situación de resistir: no había un cañón montado, ni las armas se hallaban en buen estado, y la mayor parte de los vecinos permanecían fuera... Era preciso, pues, manifestarse impávidos y aguardar de pie firme, pero sin tratar de defenderse, a la horda de piratas que se acercaba.

Don Sancho Jimeno aconsejó a las mujeres que saliesen inmediatamente de la plaza, llevándose a sus niños y los pocos haberes que aún conservaban; mandó con ellas muchos de los hombres que de nada le podrían servir, y él permaneció con unos pocos en la casa de la gobernación.

Aunque hizo muchos esfuerzos para que partiera su mujer, ésta se resistió valientemente a sus súplicas y permaneció en su casa.

Empezaba a desaparecer el sol tras el horizonte, cuando un mulatito muy vivo que se hallaba en acecho, entró en el salón en donde don Sancho estaba con unos pocos de sus amigos, y le dijo que acababan de desembarcar los piratas, y que se dirigían hacia aquel lado.

-Iré a encontrarles, -dijo él calándose el sombrero, abrochándose la espada y tomando una pistola-. Quiero manifestarles que no les temo, -añadió.

Miró a sus compañeros como para invitarles a que le acompañasen, pero ninguno le contestó, ni siquiera se movió del sitio en que estaba.

Don Sancho salió, bajó la escalera, y llegaba al portal, cuando se encontró con los filibusteros.

-¿Qué se os ofrece aquí otra vez? -preguntó con sosiego a los jefes.

-¿Quién sois vos para atreveros a preguntárnoslo? -contestaron con insolencia.

-El encargado de la comandancia de la plaza.

-¡Que le encadenen y le metan en las bóvedas! -exclamó el que iba adelante.

-No, no, -repuso otro-. A éste debemos tratarle con consideraciones, ¡es Sancho Jimeno!

¡Es tan cierto que el valor se impone a todos!

Rodeáronle los filibusteros con curiosidad.

-Bien, pues, -repuso el que iba adelante, dirigiéndose a algunos de los que venían atrás-: le llevaréis a su casa en lugar de sumirle en las bóvedas, pero le pondréis guardia y me responderéis de él.

Quisieron algunos atarle.

-¡Atrás! -dijo el español-. ¡Nadie me toque! Aquí están mis armas... Yo iré solo; no me escaparé.

Los bandidos recibieron la pistola y la espada, y le dejaron tomar la cabeza de la escolta, que se dirigió a su casa, en donde la desventurada Teresa le esperaba temblando. La escolta registró todas las habitaciones, y robó cuanto había en ellas; en seguida encerraron a los dos esposos en un cuarto y pusieron un centinela frente a la puerta.

Toda la noche los presos estuvieron oyendo los gritos de espanto, los clamores de los vecinos que pedían auxilio, a quienes saqueaban y maltrataban los piratas. Don Sancho se paseaba en su aposento, lleno de angustia al verse impotente para hacer cosa alguna en favor de los desgraciados, mientras que Teresa sollozaba en un rincón.

En las puertas de todas las casas había centinelas que no dejaban salir a nadie, en tanto que los bandidos robaban y ponían en tormento a los que no entregaban su dinero, y a los esclavos y sirvientes para que denunciasen a sus amos. Esto se hacía con método y orden, registrando la ciudad manzana por manzana y llevando el botín a una casa cerca del puerto, en donde habían de distribuirlo después. Aquella gente no robaba para sí, sino que todos los bienes eran comunes hasta que llegase la hora de la distribución. Al aclarar el día siguiente se presentó una escolta en la casa de don Sancho Jimeno.

-Venimos a que nos entreguéis cuanto tengáis en oro, plata y alhajas, -dijo el oficial de la escolta.

-¿No ha estado la casa a vuestra disposición?

-No hemos hallado en toda ella nada de valor.

-Pues entonces no conseguiréis más, porque todos los valores que yo poseía estaban aquí.

-¡Mentís! -exclamó el filibustero-. Nos han dicho que sois millonario...

Jimeno no contestó una palabra, y se contentó con sonreír con aire despreciativo.

Eran ellos muy despreciables para que él se resintiese de sus insultos.

-¿No me contestáis? -preguntó el filibustero, tratando de reportarse, pues comprendía que con un hombre como aquél no valían los insultos.

-No,-dijo Jimeno-; no contesto, porque es bien sabido que no tengo más renta que la que me produce mi sueldo de empleado, y la de una pequeña estancia que tengo en Barú.

-Me entregaréis cien mil pesos, o vuestra avaricia os costará la vida. -No poseo cien maravedís... Haced lo que queráis; y puesto que no me puedo defender, me mataréis si se os antoja.

-Iréis entonces con los otros condenados a muerte.

Jimeno se puso el sombrero y se dirigió a la puerta, después de haber arrojado una mirada de despedida a Teresa, que parecía una estatua de mármol: tan pálida y rígida estaba en un rincón del aposento.

-¡Sancho, -exclamó ella-, llevadme también!

Este miró al oficial como para consultarle.

-¿Es vuestra mujer? -preguntó el bandido.

-Es mi esposa...

-Puede seguir con nosotros.

-Ven, Teresa, -dijo Jimeno, tomándola de la mano-. Mejor estarás a mi lado, indudablemente.

Condujeron a los dos esposos a la catedral, en donde se hallaban reunidos gran número de prisioneros, entre otros el provisor, el guardián de San Francisco y varios dominicanos y muchas señoras y unos pocos vecinos de los más acomodados de Cartagena...

-O entregáis el dinero, -dijo el pirata a Jimeno, o podéis escoger confesor entre todos estos señores, -añadió mostrando a los sacerdotes-, porque vais a morir.

Por toda contestación, don Sancho se arrojó a los pies del provisor y le pidió que le confesara.

Algunos momentos después se puso en pie y dijo tranquilamente:

-Estoy listo.

-¿Y vuestra mujer? -preguntó el filibustero como para probar su fortaleza.

-A ella le dejaréis la vida, puesto que yo voy a morir.

-Teresa no oyó esto, porque conversaba en un rincón de la iglesia con algunas señoras amigas suyas.

-¿No os despedís de ella?

-¡Para qué causarla esa pena! ¡Pobrecilla! Hacedme el favor de ocultarle mi muerte por ahora, -añadió en voz baja.

-Venid, pues, a vuestra casa; quizá allí me diréis en dónde escondiste vuestros tesoros... en cambio de vuestra vida.

Jimeno salió nuevamente del templo con su escolta, sin mirar a Teresa, que aún no había caído en la cuenta de lo que sucedía.

Apenas hubo salido Jimeno, cuando los filibusteros pusieron en la puerta al provisor, a los religiosos y a los vecinos que estaban allí presentes; unos habían entregado cuanto tenían, y los piratas se habían persuadido de que los demás no poseían nada, o no podrían obligarles a hablar, a pesar del tormento que les habían dado.

Quedáronse, pues, solas las mujeres con los filibusteros. Cuando éstas se vieron encerradas en aquel recinto sin ninguno de los protectores, su espanto subió de punto, y abrazándose unas a otras permanecieron largo rato calladas, aguardando su suerte, sin atreverse a respirar siquiera y temblando de miedo.

Los corsarios hablaron breve rato entre sí en francés, lengua que ellas no entendían, y pusiéronse a hacer regueros de pólvora en dos filas, por el centro de la iglesia.

-Señoras, -dijo uno de los filibusteros, fingiendo hablarlas con cortesía-: ¿confesaréis en dónde habéis ocultado vuestro dinero?

Ninguna contestó, porque en realidad aquellas desgraciadas no tenían qué denunciar.

-Si no poseéis nada propio, -repuso el corsario-, a lo menos debéis saber quiénes son los propietarios ricos que hay en esta plaza, y en dónde pueden haber ocultado su dinero.

Las pobres mujeres se miraron unas a otras, y, como si estuviesen animadas de un mismo espíritu, dijeron los nombres de varios vecinos ricos, pero que ellas sabían estaban fuera de la ciudad.

-Está bien, -dijo el que servía de intérprete-. Dignaos situaros una tras otra entre estos regueros de pólvora; mandaremos buscar a los ricos que habéis mencionado, y si éstos no se hallaren en Cartagena, se incendiará la pólvora y pereceréis todas quemadas.

Algunas se pusieron a llorar a gritos; otras empezaron a temblar de susto; unas pocas quisieron hablar, pero los corsarios las mandaron callar; y una joven se espantó tanto que se desmayó, dejándose caer largo a largo entre los regueros de pólvora.

A cada rato entraba alguno de los emisarios que los piratas habían mandado a averiguar por el paradero de los ricos que mencionaron las desventuradas prisioneras, avisando que ya uno, ya otro, había dejado a Cartagena, y no se les encontraba en ninguna parte.

Los crueles bandidos amenazaban entonces a las míseras mujeres con pegar fuego a la pólvora con el botafuego de los artilleros que habían llevado consigo, y a cada momento aquellas malaventuradas pensaban que llegaba el último día de su vida.

Teresa pensaba en su noble y heroico esposo, a quien habían sacado fuera del templo; ella no sabía con qué objeto, porque, como hemos dicho antes, no alcanzó a oír las frases que se cruzaron entre él y sus perseguidores, y no supo que le habían sacado para llevarle al suplicio. Recordaba las horas de su pasada dicha, e invocaba fervorosamente la protección de la Virgen de los Desamparados.

Hincándose levantó las manos al cielo y empezó a pedir misericordia, nombrando uno a uno a todos los santos de su devoción. Las demás mujeres la imitaron, y cada una de ellas se puso a rezar a voz en cuello, con tan sentidas frases, que hubieran ablandado los corazones de las fieras; pero no ablandaron los de aquellos duros piratas, aleccionados en toda suerte de crímenes y enseñados ya a oír lástimas sin compadecerlas jamás.

Pero dejemos, entre tanto, a estas infelices, y sigamos fuera del templo a Sancho Jimeno. Conducido de nuevo a su casa, los que le llevaban le metieron dentro, cerraron la puerta y le

notificaron que era llegada su última hora, si no entregaba inmediatamente por lo menos cien mil pesos de lo mucho que tenía allí enterrado.

-¡Matadme de una vez! -exclamó él-, que ya me fastidiáis con tantas idas y venidas; como nada tengo, nada os puedo dar, según tantas veces os lo he advertido... Pero como creo que sois católicos y no herejes, llamadme a un sacerdote para que me ayude a bien morir, que será lo menos que podréis hacer en favor del alma que me vais a arrancar.

Encerráronle entonces los bandidos en un aposento, y no volvieron sino cuando empezaba a oscurecer el día. Con ellos llegaron el provisor, un dominicano y un clérigo llamado don Tomás Beltrán, muy amigo de Sancho.

-Despachaos brevemente, -dijo uno de los bandidos-, que vamos a concluir la comedia: o confesáis en dónde habéis escondido el dinero, u os vendaremos los ojos para acabar de una vez...

Sancho se acercó al provisor, y pidió que le reconciliase y rezara con él algunas oraciones de los agonizantes.

Suplicó entonces el doctor Beltrán que le dejasen salir, que él trataría de recoger alguna suma para rescatar la vida de aquel hombre heroico.

-Está bien, -dijeron los piratas-; pero si dentro de media hora no estáis aquí de vuelta, encontraréis su cadáver...

Sancho Jimeno seguía conversando con el provisor y el padre dominicano, recomendándoles encarecidamente que amparasen a su pobre mujer, que quedaba viuda, siendo tan joven y bella.

-¡Se ha pasado la media hora! -exclamó de repente el jefe de la escolta-: Como no viene vuestro amigo, se hará lo dicho.

El provisor y el dominicano empezaron a suplicar que aguardasen un rato más; decíanles que era una inaudita crueldad despachar para la otra vida a un hombre tan valiente, etc.

Fatigados al fin los bandidos con los ruegos de los sacerdotes, les mandaron que saliesen, y tomando un lienzo vendáronle los ojos al ex-castellano de Boca Chica.

Este, entre tanto, no había atravesado palabra en voz alta, y decía apenas algunas por lo bajo, invocando la misericordia del cielo para su alma, pero sin manifestar tribulación alguna exterior.

Arrimáronle, después de vendado, contra una puerta y pusieron al frente a cuatro soldados con sus armas.

Estando en esto llegó otro de los piratas a decir que de orden del jefe de todos ellos llevasen al prisionero a la catedral, en donde iban a fusilar a algunos otros, y querían hacerlo al mismo tiempo y a la vista de las mujeres que estaban allí.

Quitáronle la venda a la víctima, y cuando le notificaron que le llevaban a sacrificarle delante de su mujer, por primera vez palideció e inmutóse don Sancho. El no temblaba por sí mismo, sino que le dolía en el alma pensar cómo sufriría su Teresa con semejante espectáculo.

Pidió entonces como un favor, como la merced más grande que le pudieran conceder, que le matasen allí mismo y al momento, pero que no llevasen la inhumanidad hasta hacer padecer tan horriblemente a una pobre mujer.

Riéronse de él los piratas y le mandaron que saliese del aposento.

-¡Aguardad! ¡Aguardad, por Dios! -gritó en aquel momento la jadeante voz del doctor Beltrán, el cual llegaba corriendo, con un negro cargado con una caja llena de plata labrada, que valía, poco más o menos, unos mil pesos. Era todo lo que tenía el pobre clérigo, y acababa de desenterrarla para ir a rescatar a su amigo.

Aunque los piratas gruñeron y se quejaron del poco valor que tenía aquello, al fin consintieron en soltar al atormentado español y recibieron en cambio la plata labrada.

Corrió don Sancho al momento a buscar a su mujer en la catedral, la cual había sido puesta en libertad con las demás mujeres, cuando creyeron los bandidos que ellas no tenían nada que poderles quitar. Confesaron aquéllos entonces que nunca habían pensado matar a Sancho Jimeno, sino que, suponiéndole realmente muy rico, se habían propuesto obligarle a entregar una crecida suma por su rescate.

Cansados aquellos hombres de robar, reunieron todo en una sola parte, e iban a pegarle fuego a la ciudad, cuando un barco filibustero entró en el puerto y avisó que se dirigía hacia Cartagena una flotilla de ingleses y holandeses reunidos, los cuales indudablemente les quitarían el botín que habían hecho, si no dejaban inmediatamente el puerto. Sin embargo, antes de darse a la vela repartieron el oro, la plata y las piedras preciosas, y tocó a cada uno de los soldados cerca de mil escudos. Reservaron las mercancías y los esclavos negros para hacer una última partición, después de valuarlo todo equitativamente, en la isla de Santo Domingo, en donde no tenían riesgo de encontrar enemigos; y olvidando poner fuego a la ciudad como lo habían ofrecido, se alejaron de las costas de Cartagena, esta vez ya definitivamente.

EPILOGO

Todas las campanas de las iglesias de Cartagena eran echadas a vuelo, y sus habitantes, vestidos de gala, circulaban gozosos por las calles de la ciudad antigua y por el barrio de Getsemaní.

Como Cartagena careciera de obispo desde 1691 (y careció de prelado hasta 1713), el provisor y los altos dignatarios de la Iglesia que había en la ciudad salieron bajo vara de palio hasta el puerto a recibir con toda solemnidad el santo sepulcro de plata que habían robado los piratas años antes, el cual era devuelto por Luis XIV. Cuando hizo las paces con España, después del tratado de Riswick, el rey de Francia, para congraciarse con el monarca español, mandó que se devolviesen a sus dueños el sepulcro y algunas otras joyas robadas a las iglesias durante aquella época.

Entre los más contentos que hubo en Cartagena aquel día de fiesta, señalaban a don Sancho Jimeno y a su esposa, los cuales eran siempre muy felices, y no tuvieron jamás otra pena que la de carecer de sucesión. Dolíale particularmente a Teresa que su marido no dejase hijos que heredasen su valor

y su nobleza de carácter, y a él le pesaba que su bella esposa no tuviese hijas que se pareciesen a su madre en prendas físicas y morales.

Digamos de paso -entre tanto que llega la procesión a la catedral, en medio de los vivas del pueblo y del incienso y los cohetes- qué había sucedido a los piratas cuando salieron de Cartagena, después de haberla saqueado. Encontráronse en alta mar con la escuadra, compuesta de naves inglesas y holandesas, de la cual iban huyendo. Estas naciones estaban entonces aliadas a España, y como ya hubiese corrido la noticia por las Antillas de lo que había sucedido en Cartagena, los aliados iban en persecución de los filibusteros; diéronles caza, y lograron apresar a dos de los bajeles, que llevaban una gran parte del botín, y obligaron a otros dos a naufragar en las costas de Jamaica.

Los ingleses enviaron entonces a Cartagena la tripulación de los buques apresados, para que, en calidad de galeotes, ayudasen a reedificar las fortificaciones que habían derribado.

Lo que no dice la historia es si a más de la tripulación devolvieron los ingleses el botín tomado a los filibusteros.

Cuando los jefes de los piratas que se salvaron se reunieron en Santo Domingo con Ducassé, suplicaron a éste que pusiese pleito ante los tribunales franceses contra el barón de Pointis, por no haber repartido equitativamente entre todos lo tomado por él en Cartagena. Después de un 1argo litigio que costó un dineral, al fin los filibusteros obtuvieron una orden de los tribunales para que se les devolviese un millón y cuatrocientos mil francos. Sin embargo, los gastos del pleito, que duró largos años, y de los agentes pagados en Francia para que se ocupasen en el asunto, absorbieron casi toda aquella suma, y muy pocos de los piratas percibieron algo de ella.

Entre tanto habían enviado de España requisitorias contra el gobernador don Diego de los Ríos, por haber dejado perder a Cartagena, cuando hubiera podido defenderla con buen éxito.

Don Sancho Jimeno envió una relación circunstanciada de todos aquellos acontecimientos, corroborada por muchos testigos que firmaron en el expediente. El gobernador fue llamado a España para ser juzgado; un amigo suyo, don José Márquez, que con otros había salido de Cartagena con la escuadra enemiga, fue encarcelado en Madrid, con otros más, complicados en aquellos asuntos.

Como en España los juicios eran inacabables entonces, y a veces se empezaba a seguir alguna causa a un joven, el cual llegaba a viejo y moría sin que le hubiesen sentenciado, nunca se supo en el Nuevo Reino de Granada en qué paró la causa contra don Diego de los Ríos, y si al fin fue declarado culpado y castigado por su pereza y descuido, o si se le encontró reo de un delito más grave.

Ducassé fue llamado a Francia, en donde continuó sirviendo como jefe de escuadra en la marina real; se halló en las guerras de sucesión de Felipe V, y después de haber tomado parte en el bloqueo de Barcelona murió en 1715.

Pointis regresó a Francia y escribió una relación de lo sucedido en Cartagena. En las guerras de sucesión fue a servir en España bajo Felipe V; tuvo mal éxito en Gibraltar, y murió muy honrado por el rey de aquel país en 1707.

Tan de diverso modo juzga el mundo los hechos de los hombres, que los mismos a quienes unos llaman malandrines y bandidos, otros les consideran como caballeros a carta cabal.

Lo que no hemos podido averiguar es qué hacía la escuadra de don Diego de Zaldívar, conde de Saucedilla, que se dice se hallaba en la feria de Portobelo durante todo aquel tiempo. ¿Cómo no pudo auxiliar a Cartagena -que está a dos o tres días apenas distante de Portobelo-, desde los primeros días de abril hasta los primeros de junio en que partieron definitivamente los filibusteros?

Según el Aviso Histórico de don Dionisio Alcedo y Herrera, quien trató de levantar de la ruina a Cartagena, después de aquellas desventuras, fue el virrey del Perú don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, llamado vulgarmente Brazo de Plata, por tener de ese metal el brazo derecho, que había perdido en una batalla. Este, apenas supo lo que había sucedido, mandó socorrer la plaza por la vía del istmo y por la de Quito y el Magdalena.

Mandó desde el Perú una guarnición de infantería, víveres y pertrechos, y envió como gobernador de la desmantelada plaza fuerte al maestre de campo don Juan Díaz Pimienta, gentilhombre de nobilísima familia, el cual llegó a Cartagena y al momento se ocupó de fortificarla de nuevo y con más acierto que antes del sitio de los filibusteros. El mismo autor dice que el marqués de Villahermosa 6 reedificó las murallas de la Media Luna; que el brigadier don Antonio Salas aumentó y levantó el lienzo del muro de la playa marítima, y el brigadier don Pedro Fidalgo acabó de fortificar la ciudad con particular esmero.

Esta vez -es decir, en 1697-, fue la última en que los piratas se hicieron dueños de Cartagena. Los sitios que ha sufrido después han sido pocos, y solamente una vez entró el enemigo dentro de sus muros, aunque no puede decirse que la plaza se hubiera rendido, puesto que los patriotas la abandonaron, pero no la entregaron, ¡hoy hace setenta años!

Bogotá, diciembre 5 de 1885.

EL OBISPO PIEDRAHITA Y EL FILIBUSTERO MORGAN EN SANTA MARTA

CUADRO 4

I

Cuando el 29 de junio de 1525 don Rodrigo de Bastidas entraba en la bahía que llamó de Santa Marta, y fundó aquella ciudad -una de las más notables de nuestras costas atlánticas-, iba en su compañía un joven llamado Juan Muñoz de Collante, natural de Granada y, según parece, de hidalga cuna. Este era tan amante a las aventuras, que viendo que en Santa Marta no hallaba las suficientes para su gusto, siempre a la busca de nuevas escenas se fue con Pizarro y tomó parte en las conquistas del Perú, y con Belalcázar en las de Quito, llegando con éste al Nuevo Reino de Granada, en donde al fin se radicó; pero no por eso descansó, porque en seguida intervino muy activamente en las expediciones más arduas, siendo descubridor y conquistador de gran parte de los territorios que hoy día componen la república colombiana.

Sin embargo, aquello no fue lo que le diera mayor lustre; su mérito principal consistió en ser el bisabuelo de uno de los hombres más notables que registran nuestros anales, tanto porque fue un prelado digno hijo de los apóstoles de Jesucristo, como por ser un historiador notabilísimo. Hablamos de don Lucas Fernández de Piedrahita. Descendía éste del conquistador Muñoz Collante, por la línea materna; era de familia rica de Santa Fe de Bogotá, nacido en los primeros años del siglo XVII. Cuando abrazó la carrera eclesiástica, aunque amante de las letras y poeta, pasó su juventud sirviendo los curatos de Fusagasugá y Paipa. En 1654 fue nombrado racionero de la iglesia metropolitana; a poco subió a canónigo, y en seguida a provisor y gobernador de la arquidiócesis, por estar vacante el cargo de arzobispo. En 1661 entregó el arzobispado al sucesor del famoso y benéfico fray Cristóbal de Torres, el señor Arguinao. Empero, sus relevantes dotes llenaron de envidia a muchos, y le granjearon enemigos, los cuales le acusaron ante el Consejo de Indias, no se sabe por qué motivo. El doctor Piedrahita pasó inmediatamente a España; allí no solamente se le declaró inocente, sino que, para desagraviarle de tan injusto cargo, le promovieron al obispado de Santa Marta. Consagróle el prelado de Cartagena en 1669, y pasó a tomar posesión de su cargo en el mismo año.

A pesar de su amor al estudio, el obispo tenía el genio del misionero y la inspiración que guía a los apóstoles. Su mayor placer consistía en visitar a los indios de su diócesis y hacer infinitos esfuerzos para catequizarles, en lo cual empleaba gran parte de su tiempo y todo cuanto percibía y le daban los vecinos para sus gastos particulares. Su espíritu conciliador, sus grandes virtudes, su conversación amena y jovial y su elocuencia en el pulpito, llamaron tanto la atención de sus feligreses, y nació en ellos tal afecto hacia su pastor, que pobres y ricos le seguían por todas partes, y estaban pendientes de sus labios.

Santa Marta prosperaba a ojos vistas; el señor Piedrahita se ocupaba en reedificar la catedral y en mejorar los edificios, iglesias y conventos de aquella ciudad, cuando recibió orden de pasar promovido al obispado de Panamá.

Naturalmente sus feligreses se afligieron mucho y procuraban que se alargase el mayor tiempo posible su permanencia en Santa Marta, cuando ocurrió una terrible calamidad que sumió en la miseria y la consternación a todos los habitantes de la ciudad.

El pirata inglés Juan Enrique Morgan se preparaba para atacar la ciudad de Portobelo, centro de la famosa Feria Sudamericana, en donde se reunían las riquezas de Europa y los minerales del Perú, Nuevo Reino de Granada y Centroamérica; pero mientras reunía en la isla de Providencia, capital y centro de su gobierno, los bajeles y municiones suficientes para llevar a cabo empresa tan importante, mandó a algunos de sus capitanes a que merodeasen en las costas de Tierra Firme y no perdiesen el tiempo desocupados.

Una mañana, pues, y cuando menos lo aguardaban los samarios, vieron surgir en su puerto dos buques corsarios al mando de los piratas Cos y Duncan -el uno francés y el otro inglés-, confederados para el robo y enviados por Morgan, como hemos visto, a cumplir con el encargo de no perder el tiempo, hacerse las manos y ejercitarse en su oficio.

Mientras una parte de la población huía a los montes, el bueno del obispo permanecía tranquilamente en su casa, aguardando el resultado de la invasión.

De repente oyó gran ruido en la puerta, y como sus criados no se atreviesen a abrir, él en persona lo hizo.

-¡Llamadnos al obispo! -gritaron los piratas.

-¡Le tenéis delante! -contestó él.

-¡Vos, un obispo! -exclamaron los invasores, contemplando los pobres vestidos del prelado, los cuales en unas partes estaban remendados y en otras tan rotos, que se le traslucía la ropa interior, y mirando su faz venerable y humilde al mismo tiempo, que no se había inmutado ni espantado.

-¡Vos el obispo Piedrahita! -repitieron los corsarios.

-¡Me habéis nombrado! ¿En qué os puedo servir, hijos míos?

Los franceses se descubrieron con aparente respe .o; los ingleses se rieron con mofa.

-¿En qué podéis servirnos? -preguntaron estos últimos-. Nada menos que en darnos lo que tengáis.

-Registrad mi casa: lo que halléis en ella os lo doy con buena voluntad.

Mientras que unos se apoderaban de la casa, otros se llevaban al prelado a la iglesia catedral.

-¿En dónde están las alhajas de la iglesia? -le preguntaron.

El señor Piedrahita se hincó delante del sagrario, en silencio, orando fervorosamente.

-Allí debe estar lo que más aprecian estos hijos de Roma, -repuso uno, levantando una carabina y disparándola contra el sagrario, cuyas puertas se vinieron abajo con la custodia, derramándose las sagradas formas al pie del altar.

El obispo dio un doloroso gemido e inclinándose, púsose a consumir las hostias apresuradamente, antes que los herejes cometiesen otros desafueros.

Los franceses se habían hincado también, y rehusaban poner las manos en los vasos sagrados; ellos bien sabían que, como la propiedad era común entre todos cuando se repartiese el botín, a ellos tocaría su parte de todas maneras.

Los ingleses daban voces, alanceaban los santos, ponían las manos en cuanto encontraban de valor, y como uno de éstos viese al obispo aún hincado, que lloraba al ver las profanaciones de aquellos energúmenos, le dio un golpe en la espalda con un alfanje que le hizo caer de bruces contra el suelo.

Levantóse entonces el santo varón, y alzando los ojos al cielo exclamó, imitando a su Divino Maestro:

-¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Lleváronle en seguida, con los brazos atados a la espalda, a su casa, y allí le dijeron:

-Nada encontramos aquí de valor: nos vais a confesar en dónde habéis guardado vuestro dinero y vuestras alhajas.

-Jamás me alcanza lo que tengo para dar a tantos pobres. ¿En dónde he de tener cosa alguna guardada?

-Eso no es cierto, -le contestaron-. Nosotros sabemos muy bien cuan ricos sois vosotros los obispos de Indias.

Llevaron entonces cuerdas y le dieron tormento, en medio del cual confesó que tenía sólo una joya, que apreciaba muchísimo, por ser la esposa que le habían dado cuando le consagraron obispo.

-¡Sacadla! -le dijeron soltándole.

El pobre anciano entonces fue al quicio de una puerta, levantó una losa y sacó un anillo con un rubí, lo besó afligido y lo entregó a los ladrones.

Ya para entonces los piratas habían recorrido toda la ciudad y saqueado cuanto había en ella; y como temiesen que llegase socorro de Cartagena, enviaron preso al obispo a uno de sus bajeles, sin duda para que les sirviese de rehenes en caso apurado.

Al mismo tiempo los piratas mandaron a un padre dominicano, fray Luis Buitrago, a Cartagena para que recogiese allí treinta mil pesos que aquellos bandidos pedían a trueque de no incendiar la ciudad.

Alborotóse Cartagena con aquella noticia, y el gobernador mandó dos buques con un general Antonio de Quintana y tropas por el Magdalena para que arremetiesen a los invasores por tierra.

Comprendieron los corsarios lo que les iba a pasar, y metiendo en uno de sus bajeles no sólo al obispo, sino también al gobernador de Santa Marta, don Vicente Sebastián Mestre, desaparecieron de la noche a la mañana del puerto, y en tanto que el general Quintana aguardaba a alguna distancia de la bahía que amaneciese el día para atacar a los piratas, éstos ya iban lejos.

II

La isla de la Providencia era, como hemos dicho antes, la guarida principal que Morgan consideraba como su capital, en donde se reunían los piratas que tenía bajo sus órdenes.

La Providencia no está separada de la isla de Santa Catalina sino por un canal tan angosto, que en un tiempo se pasaba de la una a la otra por un puente. Allí tenían los piratas un castillo, en donde encerraban a los prisioneros por los cuales podían exigir crecidos rescates, y un subterráneo en donde guardaban sus robados tesoros.

Como aquellas islas están rodeadas de escollos, no podían entrar en el único puerto que tiene la de la Providencia, sino llevando un piloto, por lo cual los corsarios se consideraban seguros en ella.

Al llegar delante de su capitán los invasores de Santa Marta, presentaron los tesoros que habían sacado de allí, y le avisaron que llevaban prisionero al obispo Piedrahita. Preguntando Morgan la manera como habían apresado al obispo, los que le habían maltratado se jactaron de ello, haciendo mofa de la santidad de aquel hombre.

-¡Silencio! -gritó Morgan de repente, interrumpiendo a los que hablaban; y añadió, dirigiéndose a sus edecanes-: Encerraréis a estos hombres en los calabozos más seguros, e iréis a traer a mi casa al santo obispo.

Miráronse asombrados los corsarios, pero obedecieron a una y otra orden sin replicar. Morgan no era hombre que se compadeciese jamás, y no comprendían lo que aquello significaba.

-Reverendísimo e ilustre señor obispo, -dijo el capitán corsario, saliendo a recibir al señor Piedrahita hasta la puerta del aposento-; me veis aquí, -añadió-, avergonzado y confuso...

-¡Vos avergonzado y confuso! -exclamó el obispo con sorpresa, pues conocía, por haberlos oído referir repetidas veces, los crueles hechos de aquel pirata, y aguardaba algún nuevo insulto, cuando fue llamado a la presencia del capitán.

-Sí, señor; estoy lleno de pena por la conducta que con vos observaron mis oficiales y soldados en Santa Marta, es decir, con respecto a vos; que los demás no merecían las mismas consideraciones.

Le hizo sentar en la mejor silla; después le mandó servir en platos de oro, que eran los que él usaba con gran boato, lo mejor que había en la isla; le cedió su propio aposento, y le dijo que apenas pudiera le devolvería a su diócesis de Santa Marta sin exigirle ningún rescate.

-Señor, -dijo al fin el sorprendido obispo, que no creía lo que sus ojos veían y sus oídos oían-; ya que vuesamerced me hace estos favores ...

-¡Justicia sólo! -interrumpió diciendo el corsario y haciéndole una cortesía.

-Le suplico, -siguió el obispo-, que vuesamerced no me mande a Santa Marta.

-¿Y eso por qué?

-Yo estoy nombrado obispo de Panamá; pero mis feligreses me habían cobrado tanto e inmerecido cariño, que no me dejaban partir, y a mí, que también les amaba, me costaba mucho trabajo separarme de ellos. Puesto que aquello ya se ha verificado, no me hagáis pasar de nuevo por el dolor de despedirme de mis queridos samarios.

-Si os place, señor obispo, podéis decirme adonde os debo enviar.

-A Cartagena... Deseo ver al señor obispo Sanz Lozano 1 , que me consagró; y como yo estoy ya muy anciano, quizá no le volveré a ver en este mundo.

-Se hará como mandéis, -repuso el corsario; y le acompañó en seguida a un dormitorio que le habían preparado con toda clase de comodidades y regalos.

-Quizás, -dijo el capitán filibustero antes de separarse de su huésped-, quizá vuestra señoría no aguardaba que yo le recibiese con las consideraciones debidas; pero quiero deciros cuál ha sido el motivo...

-¿Luego había un motivo? -exclamó el obispo-. Yo creía que esta vuestra conducta era hija tan sólo del buen corazón, y me decía para mí mismo: ¡cómo han calumniado a este capitán Morgan que habían pintado tan enemigo de los españoles, tan recio y tan duro con ellos! Yo le he encontrado más suave que un guante de seda, más amable que una dama, más cortés que el caballero más galante de la cristiandad. No me digáis, capitán, que teníais un motivo para tratarme como a vuestro amigo... Dejadme partir agradecido de vos, y hasta amándoos como a un hijo.

-Señor, -dijo Morgan, hincando una rodilla en tierra-, bendecidme, sí, bendecidme, pues aunque hoy me llaman hereje, no siempre lo he sido...

-¡Oh, sí! Lo haré con toda el alma -exclamó el obispo bendiciendo al capitán, muy conmovido-. ¡No digáis que sois hereje todavía, puesto que podréis dejar de serlo cuando queráis!

-¡No, no; ya eso es imposible! Pero os diré el motivo que tenía. Mi madre era irlandesa católica, la cual, robada por un corsario llamado Mansfield, casó con mi padre, que era mitad corsario, mitad labriego y contrabandista del país de Gales, y que pertenecía a la religión reformada; y como la maltrataba cuando se decía católica, ella resolvió ocultar pero no olvidar su religión.

-¡Pobrecilla! -exclamó el obispo.

-Me hizo bautizar por un sacerdote católico, y cuando niño me enseñó a rezar las oraciones que sabía -continuó diciendo el pirata-; pero desde niño me mandó mi padre a servir a Mansfield, y olvidé cuanto me enseñó mi madre...

-Pero podrías recordarlo, -dijo el obispo-; nunca es tarde para volver al buen camino.

-Repito, -contestó el corsario con impaciencia-, lo que pasó, pasó... y no hablemos más... El motivo que tenía, pues, para trataros como a amigo y vengar las afrentas que os hicieron, es el recuerdo de mi madre, de mi pobre madre, que murió de pesadumbre, ¡pesadumbres en gran parte causadas por mí!

Iba a salir, cuando le llamó el obispo.

-¿Qué afrentas, -dijo-, son las que vais a vengar?... Yo no recuerdo ninguna ya...

-¡Cómo! ¿Habéis olvidado a los que os ataron las manos y os atormentaron; a los que os golpearon y trajeron preso y contra vuestra voluntad hasta aquí?

-Sí, capitán, sí; todo lo he olvidado y les he perdonado desde el fondo del alma.

-¡Les habéis perdonado porque sois un santo! Pero yo, que no lo soy, les he de castigar.

-¡Perdonadles, perdonadles por Dios! ¡Por la memoria de vuestra madre! -exclamó el obispo juntando las manos.

-En nombre de mi madre, -repuso el otro- sí; en nombre de ella...

Y al decir esto se alejó a pasos precipitados.

-¿Les perdonará o no les perdonará? -exclamó en voz alta el obispo, midiendo con sus pasos el aposento.

Al cabo de un rato quiso salir a buscar a Morgan, pero encontró todas las puertas trancadas por fuera, y hubo de acostarse a descansar, que bien lo necesitaban sus debilitadas fuerzas.

III

No bien la luz del sol había empezado a arrojar sobre la tierra sus primeros albores, cuando Morgan entró en el aposento del obispo y le halló ya levantado y de rodillas delante de un crucifijo que siempre llevaba consigo. Detúvose respetuosamente en el umbral de la puerta y aguardó a que él concluyese sus oraciones.

En breve se levantó don Lucas Fernández Piedrahita, y dio los buenos días a su huésped.

-Ved, -le dijo éste, extendiendo a su vista varios ornamentos de iglesia y un lujoso pontifical-: os hago estos pequeños obsequios, para que os acordéis de mí.

Acercóse el obispo a los ricos regalos con alguna desconfianza.

-Pero, -dijo-, estos objetos no pueden ser vuestros; ¿en dónde los tomasteis?

-Los saqué de Panamá el año de sesenta y uno; -contestó sonriendo el corsario-, así, pues, yo no hago sino restituir al obispo lo que es suyo. Me lo adjudicaron en la repartición que se hizo del botín, y los tenía guardados hasta que se presentase ocasión de disponer de ellos.

El obispo suspiró y dio las gracias al corsario, el cual mandó que encerrasen los ornamentos en una caja que debían embarcar con el señor Piedrahita en un bajel, mandado preparar para enviarle a Cartagena.

Como es sabido, el obispo Piedrahita era un hombre sumamente instruido, estudioso, y había escrito ya la Historia de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada (aunque no se dio a la estampa sino en el mismo año en que murió): su elocuencia era grande y su caridad proverbial. Entre tanto que se preparaba la embarcación que le debía llevar a Cartagena, se entretuvo conversando familiarmente con el capitán Morgan (que hablaba castellano muy bien), y en darle consejos que éste recibía en silencio, pero que seguramente le aprovecharon, como veremos después.

Al fin, por la tarde del día siguiente avisaron a Morgan que el bajel preparado para el obispo estaba ya listo para darse a la vela. Salió el corsario a acompañar al obispo hasta el puerto; pero en el momento en que dejaban el castillo, el prelado levantó los ojos hacia las almenas y quedóse quieto, con los ojos espantados, fijos en cuatro cadáveres que tambaleaban, impelidos por el viento, pendientes de unos maderos.

-¡Jesús! -exclamó el buen obispo-, ¿qué veo allí?

-Son los cuerpos de los que os afrentaron en Santa Marta, -contestó fríamente Morgan-. Anoche les hice ahorcar en castigo.

-¿No os había rogado que les perdonaseis?

-Sí, pero ya estaban condenados a muerte.

Hincóse el obispo de rodillas en el suelo, y con los ojos arrasados en lágrimas y vueltos hacia los cadáveres, oró gran rato por aquellos desdichados. Levantóse en seguida, y dirigiéndose al corsario dijo:

-¡Oh! me habéis hecho sufrir mucho, y no me consolaré sino cuando sepa que habéis abandonado esta carrera de crímenes. Ojalá que aquellas muertes fueran las últimas que hubieseis hecho.

Cuando hubo partido el bajel que llevaba al obispo a Cartagena, Morgan se estuvo paseando solo y callado sobre la muralla de la fortaleza, hasta que la noche cubrió de oscuridad el mar y perdió de vista las velas del barco en que iba el señor Piedrahita.

El santo obispo fue recibido en Cartagena con grandes regocijos, y de allí pasó a Panamá, en donde se ocupó de tratar de borrar las huellas que habían dejado los piratas dos años antes, y en fabricar las iglesias y monasterios en la nueva ciudad, edificada en sitio mejor después de la invasión.

Dos años después de haber llegado a Panamá el obispo, recibió una carta de Morgan -no supo jamás enviada por qué conducto-, en la cual le decía:

"Ilustrísimo señor:

Esta es para avisar a su señoría que, después de haber reflexionado maduramente en las palabras que me dijisteis antes de vuestra partida, resolví abandonar para siempre la carrera militar. Empecé por persuadir a mis compañeros que no convenía que atacásemos a Portobelo, y después, temiendo que no me permitiesen dejarles, huí una noche con algunos de mis más adictos y pasé a Jamaica, en donde me he radicado, al amparo del gobernador de la Isla, después de casarme con una de sus hijas. Acabo de recibir el nombramiento de Comisario del Almirantazgo en Jamaica, y el título de Caballero que me envía su majestad el rey de Inglaterra Carlos II. Como esta posición la debo a vuestros buenos consejos, me apresuro a daros parte de ello, y a enviaros la expresión de mi agradecimiento.

-Juan Enrique Morgan".

-¡Bendito sea Dios! --exclamó el obispo, dando señales de una grande alegría-; a lo menos se logró sacar esta alma del camino de una irremediable perdición. ¿Habrá esperanzas de salvarla? ¡Sólo Dios podrá saberlo en su misericordia infinita!

LA EXPEDICION DEL ALMIRANTE VERNON 1738

CUADRO 5

CAPITULO I
LA OREJA DEL CAPITAN JENKINS

-¿Es decir, que no corremos ningún riesgo?

-Así lo creo.

-Pero aunque los guardacostas sean vigilantes y activos, nuestro bajel es pequeño, y si se encontrara con barcos contrabandistas pereceríamos antes de que acudiese socorro.

-No necesitamos socorro; nuestro capitán es un león, y repetidas veces se ha batido con fuerzas triples... Por otra parte, nosotros no seremos los agredidos; a los ingleses no les conviene atacar; necesitan que les consideren inocentes para continuar su tráfico ilícito.

El anterior diálogo se sostenía sobre la cubierta de un buque de guerra español, entre el segundo de La Isabel (que así se llamaba el barco) y un empleado peninsular que se dirigía con su hija única -niña de quince años-, a la ciudad de Portobelo, para donde le habían concedido un empleo.

-Pero, -dijo el chapetón-, no siempre las costas de Indias han sido guardadas por esta policía de mar: he oído decir que en otros tiempos los piratas y corsarios hacían dificilísimo el viaje de España a Indias.

-Efectivamente. Hace apenas quince años que su serenísima majestad don Felipe V (y al decir esto se descubrió) tuvo a bien escuchar las reiteradas quejas del comercio de la Feria de Portóbelo y Andalucía, y mandó armar los primeros guardacostas a cargo del conde Clavijo 1 , los cuales, costeados por el comercio de Tierra Firme, son vigilados por los comandantes generales de la provincia de Cartagena.

-Los ingleses se quejan mucho de la vigilancia de los españoles en las colonias, -dijo el empleado de Portobelo, que se llamaba don José de Leyva-, y dicen que son partidarios de la libertad de navegación.

-¡Pero en país ajeno y no en el propio! -exclamó el teniente Loyzaga-. Cuando algún bajel de los nuestros llega a Jamaica, por ejemplo, sea en busca de víveres, de agua o por otro accidente, envían a su bordo algún oficial inglés con guardia, el cual permanece vigilando, y no se permite vender allí la menor cantidad de tabaco, ni conservas, ni velas de sebo, que es lo que suelen llevar para traficar con ello nuestros buques mercantes. Así ya ve usted cómo entienden estos ingleses la libertad de navegación.

-¿Y hacen mucho contrabando, a pesar de los guarda-costas?

-¡Muchísimo! Como tienen casas de comercio en Portobelo, Cartagena, el Perú y Buenos Aires, a su sombra introducen enormes cantidades de mercancías, en cambio de palo de Campeche, añil, cacao, plata y oro en barras, perlas y otras joyas... La prueba de esto se la daré a usted. En los pasados siglos los extranjeros iban a comerciar con Sevilla, en donde se les vendían aquellas mercancías por una suma que no bajaba de doce millones de pesos anuales, mientras que hoy no pasa de cien mil pesos lo que los extranjeros compran en Andalucía.

-¡Y esto con guarda-costas y tanta vigilancia! ¿Cómo sería si no hubiese esta policía? -repuso el otro.

-A pesar de todo, nuestro comercio está perdido, y cada día se encarecen más los efectos que se sacan de España y se abaratan los ingleses.

-¡Vea usted: y se quejan éstos, y viven amenazándonos con la ira de su gobierno, porque tratamos de defendernos!

En aquel momento se vio en el horizonte la vela de un buque mercante, el cual al principio intentó huir; pero notando que el español -que había izado su bandera-, era más velero que él, echó al viento sus colores, que resultaron ser los de Inglaterra, y aguardó la llegada del buque de guerra.

Una hora después se avistaban los dos bajeles. El inglés iba al mando de un capitán Jenkins, escocés, con permiso del gobierno español para llevar cierto número de cargas de mercancías a una casa de comercio de Cartagena.

Sin embargo, aun cuando sus papeles estaban en regla y con todos los requisitos del caso, el capitán español fue personalmente a examinar las bodegas del buque mercante; encontrólas como debían estar, y los bultos no pasaban del número que había apuntado en sus papeles.

El escocés, en tanto, se manifestaba furioso con el español, y trataba de hacerle cuantos desaires podía en su buque. Esto hizo entrar en sospechas al capitán; le preguntó que si juraba bajo su palabra de honor que no llevaba entre aquéllas ningunas mercancías de contrabando.

-¿No ha registrado usted mi buque como se le ha antojado? -preguntó el otro con insolencia. -Esto no es lo que le pregunto, -contestó el capitán español-. Y entienda usted que yo tengo orden de su

majestad para examinar todos los buques mercantes que encuentre a mi paso. Repito a usted: ¿Lleva usted mercancías de contrabando?

-Puede usted cortarme las orejas si encuentra algo más de lo que tengo apuntado, repuso el escocés.

El español notó que los oficiales del buque extranjero se miraron sonriendo. Aquello despertó aún más sus sospechas, y pidió de nuevo las llaves de las bodegas y bajó a ellas con varios de los suyos, midió su concavidad y vio que efectivamente parecían del tamaño que debían tener. Iban en pos de los españoles el capitán Jenkins y algunos de sus oficiales, murmurando por lo bajo y hablando entre sí, con mal reprimida ira.

Salía el capitán de la bodega, cuando se enredó en una tabla mal clavada y fue a dar al suelo con estrépito, zafándose otra con el golpe. Los ingleses fingieron que se les habían apagado las antorchas que llevaban en las manos; pero el teniente Loyzaga, que acompañaba a su capitán, pudo resguardar la luz que llevaba en la mano, y al resplandor de ésta vio brillar alguna cosa debajo de la tabla que se había zafado y que Jenkins procuraba volver a ajusfar.

-¡Aguarde usted! -exclamó Loyzaga, poniéndole la mano sobre el hombro.

-¿Por qué? -preguntó el escocés.

-¡Capitán! -exclamó el teniente-, debajo de este entablado hay mercancías.

-¡Miente usted, insolente! -gritó el capitán Jenkins, poniendo el pie sobre la zafada tabla-. ¡No permito que nadie me desbarate mi buque!

Esto lo dijo porque Loyzaga y otros dos compañeros empezaban a arrancar precipitadamente las tablas, descubriendo una tendada de pequeños líos envueltos en papeles.

Los ingleses trataron de impedirlo: los unos sacaron puñal, los otros pistolas; se apagaron las luces y se empeñó en la oscuridad un reñido combate, acompañado de exclamaciones profanas y juramentos. Entre tanto el capitán de La Isabel, que iba siempre prevenido para casos como aquél, gritó a sus compañeros:

-Subid por la escalera de escotilla y dejad encerrados a los contrabandistas.

Al decir esto se dirigió él mismo adonde decía y por donde entraba la luz; allí dio un prolongado silbido, que era la señal para que acudiesen a su defensa los treinta soldados armados que había llevado consigo y dejado sobre cubierta.

Unos y otros combatientes se calmaron al ver bajar por la escalera a los soldados armados y con antorchas encendidas. Felizmente las heridas que se habían hecho unos y otros con los puñales fueron insignificantes, en tanto que las balas de las pistolas se habían hundido en el enmaderado, en donde quedaron empatadas.

Apresados el capitán Jenkins y sus oficiales, y llevados a las bodegas del bajel español, se acudió a registrar el oculto cargamento que llevaba el escocés. Componíase de una gran cantidad de hilo de oro y plata (que se consumía muchísimo entonces en las colonias para bordar ornamentos de iglesia, y valía a cinco pesos la onza), lo cual podía fácilmente ocultarse entre tabla y tabla de la bodega.

Uno de aquellos paquetes se había roto con la presión, y por ese motivo lo pudo ver el teniente Loyzaga. A más de esto, el buque llevaba entre el lastre una porción de planchas de estaño y plomo 2 , que pensaban vender a alto precio en Cartagena.

El capitán de La Isabel ordenó que amontonasen sobre la cubierta del buque de Jenkins todo el rico cargamento de contrabando, y en presencia de sus dueños, de los soldados y de toda la tripulación de ambos barcos, lo mandó arrojar al mar.

-¡Qué lástima del hilo de oro! -exclamó una dulce voz femenina detrás del furioso capitán Jenkins.

La que hablaba era Albertina de Leyva, la hija del empleado de Portobelo a quien antes oímos conversar con el teniente Loyzaga.

-¡Cuántos mantos para la Virgen Santísima se podrían bordar con esos hilos, en lugar de que ahora ni los pescados se aprovecharán de ellos! -añadió la niña.

-El escocés no pudo menos que mirar a la niña y parecerle bellísima.

Era morenita y pálida: tenía un par de ojos que brillaban como el lucero vespertino, bajo unas pestañas crespas como su melena negra y sedosa; sus labios rojos se abrían como una fruta madura para dejar ver dos sartales de perlas finas que llevaba a manera de dientes.

Sin embargo, el capitán del buque inglés apartó en breve la mirada de la bella y fresca española para fijarla en los restos de su ahogado cargamento, parte del cual nadaba sobre el lomo de las olas, dejando un largo rastro detrás del barco.

-¡Malditos españoles! -gritó lleno de ira, levantando los puños cerrados al cielo con impotente rabia-. ¡He ahí perdido el trabajo de toda mi vida! ¡En esas mercancías había empleado yo todo lo ganado en diez años de esfuerzos asiduos!

-¡Pobre hombre! -dijo Albertina, hablando con una de sus criadas-; me da compasión verle tan afligido.

-Vea sumerced, -repuso ésta-, cómo el hereje tiene orejas tan grandes, gruesas y coloradas como tomates sevillanos.

Sonrióse ligeramente la niña al notar que la comparación era justa. El capitán vio la sonrisa, y en parte comprendió el motivo: en su ciega cólera dio un paso adelante con la mano levantada, y quiso castigar a las dos mujeres, que creyó se mofaban de él y de su desgracia. Pero encontró que alguien le agarraba fuertemente del brazo por detrás, y que el teniente Loyzaga le decía:

-¡Detente, villano, mal caballero! ¿Cómo te atreves a levantar la mano contra una dama?

El capitán de La Isabel, que había presenciado aquella escena, se adelantó entonces, y dijo a Jenkins con acento de burla:

-Ha olvidado usted, capitán, una cosa, que aún me falta cobrarle...

-¿Qué más quiere usted robarme?

-¿No juró usted por sus orejas que no tenía en su barco mercancías de contrabando?

El escocés no contestó; pero una ola de sangre subió por su faz ya rubicunda, y se fijó en su gruesa nariz y en sus largas orejas.

-Pues, -continuó el español-, si usted olvidó ese juramento, sin duda por los muchos que ha hecho en vano, a mí no me ha sucedido lo mismo, y pienso obligarle a que no vuelva jamás a olvidar nuestro encuentro en estos mares.

El escocés continuó callado; pero a medida que el otro hablaba, había ido perdiendo su color arrebolada, como si ya comprendiera lo que le iba a suceder.

-Que me llamen al barbero del barco, -dijo el capitán de La Isabel.

Y cuando éste estuvo presente, añadió:

-Amuela una navaja de barba de manera que puedas afeitar al señor capitán, sin que aquello le cause desagrado.

En tanto que el barbero negro iba a cumplir con la orden, Jenkins, que empezó a creer que aquello se convirtiría en una farsa y nada más, dijo dirigiéndose al capitán en castellano, lengua que sabía muy bien:

-Gracias, capitán, no necesito afeitarme; es usted muy atento, pero...

-No se le va a afeitar como usted piensa, -contestó el español-. Pierda cuidado; no tengo empeño en quitar a usted esa hermosa barba que tanto le embellece.

Aquel chiste fue acogido con una carcajada general; el escocés poseía una barbilla rala, desigual y roja, la cual, junto con sus monumentales orejas, era lo más feo que tenía.

El pobre capitán escocés, que se veía como ratón en trampa y sin poderse defender, sudaba y se limpiaba la frente con un pañuelo, hasta que volvió el barbero a presentarse.

-Ahora, -dijo el capitán, haciendo una seña a dos marineros: -aten las manos y los pies del señor Jenkins.

Hecho esto con suma destreza y prontitud, continuó hablando así:

-A pesar de que el señor capitán juró por sus dos orejas que no tenía mercancías de contrabando en su barco, siendo falso el juramento, y teniendo derecho de quedarme con ambas orejas, le haré el don de una de ellas, que quedará en su puesto; pero como he pensado en enviar la otra a su muy amado rey, don Jorge II, el barbero se la cortará, y metiéndola en ese cajoncillo, no dudo que el señor capitán mismo nos hará el favor de llevarla cuidadosamente a Inglaterra, y decir a su real amo que si se presentara la ocasión, haríamos lo mismo con él.

Como no pudiese defenderse de otro modo el mísero contrabandista, empezó a proferir los insultos más espantosos contra el rey de España y contra toda la nación española. Viendo aquello el capitán

de La Isabel, le mandó poner una mordaza, y así atado, maniatado y con mordaza, sin acertar a moverse, el barbero le cortó una oreja, la metió en un frasco con alcohol, y éste en un cajoncillo bien cuñado, que llevaron junto con su capitán al barco del escocés, y allí le dejaron en manos de sus compañeros. Mientras que éstos proferían mil insultos y amenazas de venganza en inglés y castellano, reíanse a carcajadas en el bajel español, el cual se alejaba poco a poco del lado de su enemigo, hasta que se perdieron de vista, divididos por las olas del mar.

Poco se figuraron unos y otros las consecuencias que la cortada de la oreja de Jenkins iba a tener en la política del mundo, como adelante veremos.

CAPITULO II
LA DECLARACIÓN DE GUERRA
1739

Reinaba en Inglaterra Jorge II, el segundo también de la familia de Hannover, que fue soberano de la Gran Bretaña. Nada querido por su padre, el primer Jorge, que le conocía como a un mal hombre, fue a su vez mal padre: tenía un carácter tan frío, que decía su ministro Walpole de él "que hablar al rey de compasión, de consideración por servicios prestados, de caridad, de generosidad, era como si se le hablase en un idioma desconocido para él". No sabía qué era benevolencia, y jamás hizo ningún bien por su gusto, sino forzado. Nunca tuvo lástima de nadie, ni protegió a nadie, sino cuando era preciso para fines políticos. La reina, Carolina de Brandenburgo, tenía grande influencia sobre el espíritu del rey. Ella había rehusado la mano del rey de España, por no hacerse católica, y prefirió la de Jorge II de Inglaterra, de quien fue una verdadera mártir, y fingía ser humilde esclava con tal de ganar influencia y contentar su ambición de mando, que era ilimitada en ella, aunque la ocultaba. Este par de soberanos eran padres de un hijo digno en todo de su estirpe. Aquel príncipe de Gales, que no reinó nunca, porque murió antes que su padre, era, dice el historiador Hervey, falso, débil, avariento en cuanto se trataba de algo bueno, y gastador en todo lo malo; al mismo tiempo se mostraba despilfarrado y codicioso; generoso con lo ajeno y nada liberal con lo propio, era apretado sin ser económico; nadie que le conocía le apreciaba ni le quería. Mentía descaradamente cuando pretendía ser franco, y decía verdades atroces y desvergonzadas cuando quería manifestarse familiar. No comprendía la justicia, ni la integridad, ni la sinceridad, ni era constante en sus afectos, ni tenía dignidad en sus costumbres, y aun carecía de sentido común en sus conversaciones. El rey le aborrecía tanto, que por un motivo baladí le desterró de la corte y no le permitió siquiera ver a su madre en el lecho de muerte.

Mientras que los miembros de la familia real se ocupaban en sus negocios particulares y en viajes a Hannover, gobernaba el reino su primer ministro, Roberto Walpole, el cual profesaba este principio corruptor: todo hombre tiene su tarifa; y por ese medio gobernaba el país. Sin embargo, era un hombre que conocía su época y los hombres de su tiempo; era prudente, afable, y cuidó siempre de la honra de su país dentro y fuera de él.

Sucede en muchas monarquías que el presunto heredero de la corona generalmente se opone al gobierno del soberano remante. Como Walpole era el jefe del partido whig, el príncipe de Gales era el jefe de los tories, y sus partidarios tenían animados debates en las cámaras.

Es cosa sabida que el comercio inglés era muy diferente entonces de lo que es actualmente: no era nunca franco y honorable, sino que buscaba la ganancia por veredas que hoy día se considerarían deshonrosas, y no tenían empacho los negociantes en hacer el contrabando en las colonias españolas, con el pretexto de que abogaban en favor de la libertad del comercio. La vigilancia de la marina española y la de los guardacostas impedía en mucho los malos manejos de los comerciantes ingleses. Estos se quejaban amargamente y elevaban sin cesar memoriales a su gobierno en los que pedían lo que ellos llamaban justicia. Sin embargo de que el parlamento atendía con gusto a los reiterados lamentos de los comerciantes, el ministro Walpole, que conocía a fondo la cuestión, no hacía caso de las injustas quejas del comercio inglés, y entorpecía adrede aquellas cuestiones cuando llegaban a manos del gobierno. Por otra parte, veía que no convenía a Inglaterra interrumpir la paz europea: temía que las dos familias de la estirpe de Borbón que ocupaban los tronos de España y de Francia, se uniesen contra la Gran Bretaña, y no estaba preparado para hacer frente a fuerzas tan formidables. La política de Walpole era protegida por la reina Carolina; pero a la muerte de ésta el ministro perdió su influencia en el espíritu del rey, a pesar del estado floreciente en que estaba Inglaterra, merced a una paz de doce años, que difícilmente Walpole había logrado guardar con sus vecinos.

El parlamento, secretamente pagado por Walpole para que le conservase en el poder, se hizo tan exigente, que al fin no pudo él contenerle, y vio que no solamente perdía terreno en el favor del rey y en el del parlamento, sino que cada día se hacía más impopular entre el pueblo inglés, azuzado por los comerciantes que pretendían hacerse ricos en las colonias españolas y deseaban que se declarase la guerra a España con el objeto de apoderarse por entero de las codiciadas riquezas americanas.

Llegó a tal grado la efervescencia en Inglaterra contra España, que Walpole hubo de prometer que se pediría cuenta a Felipe V de los sufrimientos de los comerciantes ingleses en las colonias españolas. Después de algunos meses en que el gobierno inglés hizo lo posible para entretener la opinión pública con otros asuntos, Jorge II al fin anunció, al abrir las sesiones del parlamento en febrero de 1738, que se había celebrado una convención entre el rey de España y su gobierno, por la cual Felipe V se había comprometido a pagar cierta indemnización 1 por las pérdidas sufridas en el mar por el comercio inglés durante cierto tiempo en que había tenido que suspender sus negocios con las colonias americanas. Aquella era una concesión inmensa que hacía España, y sin embargo los ingleses no se contentaron con ella; pretendían que los comerciantes ingleses traficasen en las colonias sin examen ni pesquisa alguna, de manera que pudiesen circular los buques mercantes de Inglaterra de puerto a puerto, especulando a su gusto y sin pagar nada al gobierno español. Un grito inmenso de disgusto se levantó en Inglaterra contra el ministerio que había ratificado el convenio firmado en el palacio de El Pardo, y los jefes de los partidarios de la guerra con España recorrieron ciudades y aldeas, enardeciendo el odio contra los que así olvidaban los deseos y la voluntad del pueblo inglés y en bien de su comercio.

Los partidarios de la guerra con España, y los enemigos de ella, habían reunido todas sus fuerzas para luchar, unos en favor, otros en contra del convenio de El Pardo, en una sesión de la Cámara de los Comunes que debía tener lugar el 8 de marzo de 1739.

Walpole pidió que se ratificase el convenio con España, hablando en su favor varios miembros distinguidos del parlamento, en tanto que el príncipe de Gales y sus partidarios y paniaguados azuzaban a los miembros de la oposición para que hablasen en contra del tratado.

Los miembros de uno y otro partido se acaloraban cada momento más en la cuestión, hasta que uno de los más adictos partidarios del príncipe de Gales anunció que podía presentar a la vista de los miembros de la Cámara una de las muchas víctimas de la barbarie española: un honrado capitán de un buque mercante inglés, que había sido mutilado por un guardacostas español.

-¡Que se presente! -gritaron los ya aleccionados enemigos de España, que sabían su papel.

Inmediatamente hicieron entrar y situarse delante de una mesa a nuestro antiguo conocido el capitán Jenkins, el cual, al quitarse el sombrero, puso de manifiesto que le faltaba una oreja.

-Decid, -le dijeron- quién os mutiló así, y por qué motivo.

Refirió entonces, con aire candido y modesto, que yendo tranquilamente por el mar de las Antillas había sido atacado, registrado su buque, sin motivo ninguno, por un guardacostas español; y añadió que, como los españoles no encontrasen en su barco ninguna mercancía de contrabando, le habían maltratado cruelmente, amenazando matarle, y por último cortádole una oreja...

Aquella relación causó la sensación deseada por los enemigos de España; un rumor de indignación corrió por todo el salón.

-¡He aquí mi oreja! -exclamó la víctima-; y aquellos crueles papistas, -añadió-, al devolvérmela entre esta caja me notificaron que me presentase a mi rey y le dijese que así tratarían a su real persona si se ofreciera la ocasión.

Y al decir esto levantó la oreja en alto para que la viesen todos los circunstantes.

La indignación subió de punto; los gritos de odio a España, de amor a Jorge II, de afecto a la familia real, se hicieron generales, y los mismos que habían estado en contra de la guerra con España, tuvieron que manifestarse también indignados para no pasar por desleales.

-¿Y qué pensasteis, capitán, en el momento en que aquellos bárbaros cometían esa crueldad? -preguntó un miembro del parlamento en un momento en que se calmó un tanto la tempestad.

-Levanté mi alma a Dios, -contestó el hipócrita escocés-, para pedirle misericordia, y juré pedir venganza a mi patria.

Aquello llenó la medida; inmediatamente se pasó a tratar seriamente de la declaratoria de la guerra. Los discursos, las proposiciones patrióticas y agresivas a España menudearon; los que habían apoyado hasta entonces al ministerio y sus actos, viendo por dónde soplaba el aura popular, como el duque de Argyle y otros, se volvieron contra Walpole y denunciaron sus actos como obra de persona traidora a su patria, destructora de la dignidad británica, y otros improperios por este tenor. El ministerio fue defendido con calor por los pocos que le fueron fieles; pero la mayoría resultó siempre contra el convenio de El Pardo. Entre los que votaron contra el convenio hallábase la firma del príncipe de Gales, de seis duques, cuarenta y dos condes y la mayor parte de la alta nobleza de la Gran Bretaña, coaligada con los comerciantes.

Jenkins fue aclamado como héroe en las calles de Londres; le dieron una alta colocación en la marina de la compañía de las Indias Orientales, y en breve se hizo rico y renombrado.

Una fuerte escuadra se mandó preparar en Spithead; pero, a pesar de todos estos preparativos, no se declaró la guerra a España de una manera franca y decisiva, y el ministro de Inglaterra en Madrid aseguró a la corte española que aunque el rey de la Gran Bretaña estaba muy indignado con la conducta de los servidores españoles en América, no interrumpiría todavía la paz que reinaba entre las dos cortes, y aguardaba que su majestad católica diera las satisfacciones que se le pedían.

Felipe V contestó con dignidad que quien pedía satisfacciones era él, y que si no se las daban muy amplias, confiaba en Dios y en sus armas para sostener la justicia que defendía.

Inglaterra había enviado al mar de las Antillas una escuadra a órdenes del almirante Hosier para que vigilase los buques mercantes ingleses y les hiciese justicia en todo caso; es decir, que sacase con bien a los suyos, aun atacando a los españoles. Quejóse repetidas veces el gobierno español de aquel abuso; pero el inglés contestaba con recriminaciones casi insultantes, que provocaban a guerra sin declararla a las claras.

A pesar de la efervescencia que cundía en Inglaterra, y de los preparativos que se hacían para armar escuadras y preparar ejércitos, España, con su natural inercia, no supo ponerse a la defensiva como debiera, y fue dejando tomar cuerpo al enemigo sin adoptar medidas en las colonias para defenderlas de las llamadas represalias, que habían declarado lícitas los ingleses.

Ya los ingleses se habían apoderado de buques españoles en alta mar, haciendo uso de lo que llevaban, como presa de guerra, cuando el 23 de noviembre de 1739, Jorge II, apremiado vivamente por la nobleza, el comercio y la nación entera, declaró formalmente la guerra a España.

Pero antes de que se declarase turbada la paz, ni pudiesen tener noticias en América de lo que sucedía en Europa, ya el gobierno inglés había despachado una escuadra a órdenes del almirante Vernon, con el encargo de que asaltase las ciudades de Portobelo y Chagres. Veamos quién era este almirante.

Eduardo Vernon se había distinguido desde muy joven en la marina inglesa, de manera que a los veinticuatro años era contraalmirante, y después, como miembro del parlamento, se había hecho notar por su palabra agresiva y audaz y por la enemistad que manifestaba al ministro Walpole.

Durante los debates contra el convenio de El Pardo, Vernon, cada vez más violento contra España, había dicho varias veces que él se consideraba capaz de apoderarse de las fortalezas de Portobelo con una reducida escuadra. Como Walpole no podía sufrir la jactancia y las palabras insultantes de aquel marino, a quien encontraba en su camino por todas partes, le hizo preguntas en son de mofa, y como para probarle sobre si se consideraba capaz de tomar a Portobelo con seis buques de guerra, que era lo único que le podía ofrecer por entonces.

-Si me los entregan y los ponen a mi disposición -contestó el marino-, respondo del buen éxito de la empresa.

Walpole le mandó dar los seis buques de guerra y la orden para que se hiciese a la vela inmediatamente. Muchos consideraron que el ministro había confiado a Vernon una empresa tan arriesgada, no para que la llevase a cabo con felicidad, sino con el objeto de que se diese una deslucida por lo menos, o quizás para perderle por completo.

Los comerciantes ingleses levantaron hasta las nubes el valor y la audacia de Vernon; su popularidad no tuvo límites. Dirigiéronle cartas laudatorias, manifestaciones entusiastas de estimación y le llamaron un segundo Drake y el futuro salvador de la dignidad del comercio inglés.

Con tan felices auspicios, lleno de entusiasmo y de deseo ardiente de acabar de ganarse la popularidad de que gozaba ya, el almirante Vernon se hizo a la vela con su escuadra, en dirección a Portobelo, antes de la declaratoria de guerra, puesto que llegó a este lugar el 21 de noviembre de aquel año.

CAPITULO III
EL ATAQUE A PORTOBELO

La insalubre ciudad de Portobelo, fundada en una de las bahías más hermosas del mundo, circundada de una exuberante vegetación tropical -sita en el istmo de Panamá por el lado del mar de las Antillas-, se hallaba el 21 de noviembre del año de 1739 dormida y aletargada bajo los quemantes rayos del sol de mediodía. Las aguas de la bahía parecían un inmenso lago, dentro del cual se miraban el cielo azul y los tupidos árboles del contorno. Ni una sola hoja se movía, ni un ser viviente ni insecto alguno hacían ruido; el calor era tan fuerte que se aguardaba casi ver salir las llamas de los objetos que se miraban; es decir, si alguien hubiese abierto los ojos a mediodía en aquel lugar en una hora tan bochornosa. Hasta los tiburones dentro del agua y las piedras en la orilla del mar parecían tomar la siesta y dormir el sueño de la muerte, producido por la sofocación.

Portobelo era entonces una ciudad considerable, a la cual acudían en épocas de feria los comerciantes más ricos del mundo entero. Poseía dos espaciosas plazas: una al frente de la aduana -magnífico edificio de mampostería-, y otra delante de la iglesia parroquial; los conventos de La Merced y de San Juan de Dios, aunque pequeños, eran ricos y tenían un numeroso personal de religiosos que se ocupaban, los primeros, en hacer misiones dentro de la ciudad y en los pueblos vecinos, y los otros en cuidar el hospital anexo a su convento. El hermoso cuartel llamado de Guinea tenía espacio para una gran guarnición; el castillo llamado de San Felipe, construido enteramente de hierro, el de San Jerónimo y el de Santiago de la Gloria, eran obras maestras en su género. Estos habían sido construidos, sin reparar en gastos, por un célebre ingeniero y por orden de Felipe II, a fines del siglo XVI.

A pesar de su posición, de su riqueza y del aprecio que le tenía España, la madre patria había sido descuidada con Portobelo; y así, esta ciudad sufrió, aun después de habérsela mandado fortificar, varios asaltos serios de los piratas y filibusteros. Drake, Morgan, Spring y otros, la habían allanado y robado repetidas ocasiones, casi siempre por inadvertencia y desidia de sus gobernadores.

El sol estaba en su cénit, como decíamos poco há, y quemaba como ardiente fuego la ensenada, los castillos y la población de Portobelo, cuando a deshoras, y sin ser sentidos, fueron entrando en la bahía, uno tras otro, los seis buques que componían la escuadra del jactancioso almirante Vernon.

Todo dormía en aquel lugar, y hubiérase creído que era aquella una ciudad encantada o muerta...

La guarnición de las fortalezas se había acostado toda a dormir la siesta; no había un hombre de centinela en parte alguna, y así entraron los buques tranquilamente por delante de la punta del norte, pasando sin tropiezo alguno por frente al fuerte de San Felipe, cuyos fuegos -si los hubiera habido-, no habrían permitido la entrada en el puerto. Inclinándose hacia el lado norte, siempre bajo los apagados fuegos de San Felipe -para no caer en los arrecifes que guarnecen la ensenada al lado contrario-, continuaron su marcha los navíos, desplegada al aire la bandera inglesa, atravesaron por delante de la fortaleza de Santiago de la Gloria y fueron a fondear a poca distancia de la población frente a la fortaleza de San Jerónimo. ¡Eran las dos de la tarde y aún dormían todos los habitantes de Portobelo! Imagen de la España de aquella época: ésta dormía tranquilamente el sueño de la pereza, mientras que otras naciones que no conocían la costumbre de dormir la siesta, adelantaban por el camino de la civilización y del progreso, conspirando para tratar de arrancarle sus propiedades y aprovecharse del letargo criminal en que yacía.

Pero dirá el lector: ¿es posible tal abandono? ¿No tenía acaso aquella ciudad un gobernador y una guarnición militar? Su gobernador, don Bernardo Gutiérrez de Bocanegra, acusado ante la audiencia de Panamá por ciertos delitos, se hallaba en aquella ciudad descargándose de ellos, y había dejado encomendada la plaza de Portobelo a un don Francisco Javier Martínez de la Vega Retes. Este tenía, para defender las tres fortalezas, ciento cincuenta hombres, mulatos y tercerones de Panamá, de los cuales poco más de treinta estaban sanos, mientras que los demás se hallaban enfermos en el hospital y en casas particulares.

El gobernador interino, Martínez de la Vega Retes, era un hombre anciano, inútil, inepto y descuidado, el cual no había querido remediar las escaseces que sentía Portobelo en punto a armas, municiones y guarnición militar. Ya varias veces le habían avisado que Inglaterra se preparaba para tomar las armas contra España, que los comerciantes ingleses en Portobelo habían vendido sus mercancías y sus negros a bajo precio y partido para Jamaica, lo que probaba que ellos tenían noticias de que se había de turbar la paz entre Inglaterra y España. El gobernador, sin embargo, rehusó prevenirse para el caso de un ataque y todo quedó en el mayor desgreño y abandono.

Acababan de fondear las embarcaciones del almirante Vernon frente al castillo de San Jerónimo, cuando al fin despertaron de su letargo los defensores de las fortalezas, y empezaron a disparar algunos cañonazos tan certeros que mataron e hirieron a varios de los tripulantes de los barcos ingleses, y éstos tuvieron que alejarse de la orilla a la cual se habían acercado. Reuniéronse entonces los seis navíos para atacar la fortaleza de San Felipe; ésta trató de defenderse; pero dentro de ella había sólo unos pocos hombres, los cuales, aunque procuraron hacer frente al enemigo, hallaron que los cañones carecían de cureñas, y sólo pudieron poner nueve en estado de servicio; pero entonces vieron que la pólvora estaba mojada y las balas no alcanzaban a los enemigos, mientras que la mal arreglada fortaleza recibía de lleno los fuegos de los ingleses. Viéndose desarmada, se puede decir, la guarnición no aguardó el último asalto del enemigo, sino que, poniendo escalas por la parte de atrás, huyeron todos por la montaña, capitaneados por su jefe.

Abandonado el castillo de San Felipe, llamado el Todo Fierro, los ingleses lo tomaron, e izaron en la cumbre la bandera blanca y roja de la Gran Bretaña.

Entre tanto el gobernador abandonó la población, se metió en la fortaleza de Santiago de la Gloria, y mandó unos pocos artilleros a la de San Jerónimo, de donde defendían la entrada de la ciudad.

La noche del 21 al 22 de noviembre se pasó sin combate ninguno. Dueños los ingleses de San Felipe, los de Portobelo no podrían recibir socorro de fuera; así, pues, Vernon preparaba todo para

emprender el sitio de los otros dos castillos, los cuales él sabía podrían hacerle perder muchos días, semanas y aun meses, si la población lo deseaba así, puesto que, aunque no recibiesen socorros por la vía del mar, sí los podrían obtener por tierra.

Una junta de vecinos con los pocos militares que quedaban se habían reunido y en ella habían acordado, los que conocían al gobernador como hombre inepto y pusilánime, que se le exigiría defendiese las dos fortalezas con brío, y que no se entregase sino después de un combate reñido. El accedió a todo; pero cuando aclaró el día, los indignados y sorprendidos vecinos vieron una bandera blanca sobre el castillo de Santiago de la Gloria, y supieron que Martínez de la Vega Retes propuso al enemigo la entrega de los castillos con tan ridiculas condiciones que, compadecido Vernon de la población de Portobelo, concedió mayores garantías de las que pedía su gobernador.

Vernon entró en Portobelo con banderas desplegadas; y aunque había concedido al gobernador que saliese con los honores de la guerra, éste no supo hacerlo con dignidad. Presa de un terror pánico al ver desembarcar a los ingleses, abandonó prontamente los castillos y huyó vergonzosamente hacia la montaña, dejando la población a la merced del vencedor, si vencedor puede llamarse al que entra en una plaza que se ha rendido sin combatir.

CAPITULO IV
ALBERTINA DE LEYVA

Lloraba amargamente una sirvienta española en una casa de Portobelo, en tanto que procuraba revivir el inanimado cuerpo de una hermosa niña que yacía tendida sobre unos cojines, al pie de un estrado.

Los lamentos de aquella mujer llamaron la atención de un joven militar inglés que a la sazón pasaba por frente a la casa; y como ésta permaneciese abierta, no tuvo embarazo en entrar a averiguar lo que sucedía.

-¡Se muere mi ama! -decía la criada-. ¡Se muere sin que nadie nos socorra!

-¿Qué sucede? -exclamó entrando el inglés; e inclinándose sobre el postrado cuerpo de la niña, la tomó el pulso.

-No ha muerto, -repuso-; pero la debilidad está matando a esta infeliz...

-Estaba convaleciendo de una enfermedad muy grave, -contestó la criada-, cuando ocurrió la llegada de los ingleses; esto alarmó tanto a mi señorita, que desde el primer cañonazo no ha hecho sino temblar, no ha pasado un bocado, y por último se me acaba de desmayar como lo ve sumerced, sólo porque vio algunos ingleses uniformados por la calle.

-Es raro, -dijo el inglés-. Permítame usted tomarle el pulso de nuevo... Aunque soy capitán de un buque de guerra, estudié para médico, y llevo aquí un cordial que puede revivir quizá a esta dama.

Ayudado de la sirvienta, introdujo entre los apretados dientes de la niña algunas gotas de licor de un pomo que llevaba en el bolsillo. Pasados unos momentos, Albertina de Leyva, pues era ella, empezó

a revivir. Temió el joven asustarla con su presencia, y salió del aposento, dejándola sola con la criada.

En tanto que la joven recobra bien sus sentidos, digamos quién era el militar inglés, el cual, sea dicho de paso, hablaba el castellano perfectamente, y por eso pudo conversar con la sirvienta de Albertina, como hemos visto.

Hijo de un inglés que había vivido mucho tiempo en España, aprendió desde su niñez el idioma castellano. Educado para médico, abandonó aquella carrera por dedicarse a la marina, en la cual se distinguió tanto por su audacia y felices golpes de fortuna, que el almirante Vernon le protegió particularmente, y le fue concediendo ascensos, hasta nombrarle capitán de un buque de guerra de aquella expedición contra las Indias españolas.

Ardiente como el clima en que había pasado sus primeros años, Roberto Keith había tenido numerosas aventuras en tierra y mar, y las damas que le conocían le admiraban y temían, le buscaban y le huían. Era uno de aquellos hombres que no podían ser indiferentes nunca: o era odiado a muerte, o amado entrañablemente. Alto, rubio, de ojos negros, de retorcido bigote, de porte elegante, de palabra fácil y elocuente, rara vez dejaba de hacer la conquista de la mujer que galanteara; y, ¡cosa rara!, las galanteadas, aunque tuviesen que quejarse de él después, casi nunca dejaban de perdonarle.

La belleza de Albertina y su porte señoril llamaron la atención del capitán, el cual resolvió entretenerse en Portobelo haciendo aquella conquista.

Peligroso encuentro, por cierto, había hecho Albertina de Leyva, en su soledad y lejos de su padre, el cual, habiendo partido para Cartagena pocos días antes de la llegada de Vernon, no podía regresar para amparar a su hija a tiempo. Pero si nuestra española no tenía a su padre cerca, la protegía su propio corazón. Amada y amando al teniente Loyzaga, que vino con ella a Indias en La Isabel, como vimos en el capítulo II de este relato, estaba en vísperas de casarse con él y de establecerse en Cartagena, pues el insalubre clima de Portobelo había probado mal a la hija de don José de Leyva.

Merced a los medicamentos administrados por el capitán Keith, Albertina se acabó de curar de las fiebres que sufría y habían aniquilado sus fuerzas hasta el punto en que la vimos. El inglés se captó en breve la buena voluntad de Dolores, la criada, y aunque su ama procuraba manifestarse seria y retraída y trataba de negarse a verle, Keith la visitaba diariamente, con diversos pretextos y a despecho de la niña.

Al fin, viendo que su criada era cómplice y protectora del inglés, a quien contra su voluntad introducía a su presencia, Albertina resolvió hablar directamente y a las claras con él.

-Capitán, -le dijo-, bien sabe usted cuan agradecida estoy con motivo del bien que me ha hecho con sus medicamentos.

-Pero esto no es del caso, hermosa Albertina...

-Sí es del caso... Quiero que usted sepa que yo no soy desagradecida; pero... le suplico que no frecuente mi casa; estoy sola; mi padre se halla ausente...

-¡Por lo mismo!... Yo soy médico y mis servicios ...

-Aguarde usted que acabe de decirle... Como mi padre está ausente, no quiero que las malas lenguas puedan herir mi reputación; ya estoy enteramente repuesta; me han visto en la iglesia; no hay motivo, pues, para que usted venga a visitarme con frecuencia.

-¡Me despide usted de su casa! -dijo Keith con aire de despecho-. ¿Acaso la he faltado al respeto? A pesar de las muchas ocasiones que he tenido...

-¡No, señor capitán! -exclamó Albertina con dignidad-; no me ha faltado usted al respeto, ni eso lo hubiera permitido jamás una mujer de mi estirpe y calidad. Pero, repito a usted, no me conviene que le vean a usted en mi casa. Los vecinos...

-¿Qué le pueden importar a usted los vecinos de este lugar? Gente pobre e infeliz es la única que ha quedado: la mayor parte de las casas buenas están vacías. Por otra parte, si eso es lo que la arredra, vendré a horas en que nadie pueda verme...

-¡Caballero... me insulta usted!... Repito a usted que no me convienen sus visitas a ninguna hora.

-¡Qué ingrata es usted!... Cuando yo no vivo sino con la esperanza de verla, me destierra de su presencia. Pero no la creo... ni la obedeceré... seguiré viniendo a visitarla, aunque me haga mal semblante.

-¡Como me ve sola y desamparada, se aprovechará usted de mi posición!

Y al decir esto se cubrió ella la cara con las manos y rompió a llorar.

Inmediatamente se arrojó el capitán a los pies de la niña; suplicóla en sentidísimas palabras que le perdonase, y antes de que ella pudiese contestarle, salió del aposento y de la casa, confiando en que dejaba buena impresión en el ánimo de Albertina.

Varias veces se repitieron semejantes escenas entre Keith y Albertina, en una de las cuales ella le confesó que tenía novio, el cual podría enfadarse al tener noticia de las visitas del inglés.

-¡Novio! -exclamó él muy picado-. ¡Ya me lo figuraba!... Y pensó: esta esquivez no era natural, y he de conquistarla a pesar del novio, o más bien, por causa de él.

-¿Y por qué se lo figuraba? -preguntó ella.

-¿Y quién es ese dichoso mortal? -dijo él sin contestar a la pregunta.

-Un joven capitán de una balandra del gobierno español.

-¡Su nombre, su nombre! -exclamó Keith con impaciencia.

-¿Y qué le importa a usted su nombre?

-Efectivamente, no me importa su nombre; me basta saber que existe...

Salió el capitán inglés de la presencia de Albertina, muy pensativo y cabizbajo, y se fue a su buque. Allí tuvo noticia de que el almirante Vernon necesitaba conferenciar con él en su navío, el Straford. Encontróle escribiendo.

-Keith, -le dijo el almirante-, necesito mandar a Inglaterra a una persona de toda mi confianza para dar noticia circunstanciada de todo lo ocurrido aquí; triunfo que deseo se celebre con toda solemnidad en Londres, para que Walpole entienda quién soy yo, y mis amigos se alegren de una gloria que producirá inmensa resonancia en toda Europa.

-¿Y a quién ha escogido usía para llevar esa misión al rey?

-¿Me lo pregunta usted?

-Lo hago con todo respeto...

-¿A quién había de encomendar esto, sino a una persona en quien tengo completa confianza? ¡Al señor capitán Keith!

-¿A mí? -preguntó éste con expresión de poca alegría. Vernon le miró sorprendido.

-Pensé dar a usted una noticia agradable; pero veo que me equivoqué... ¿Qué significa?

-Agradezco en el alma esta distinción, pero...

-¿Pero qué?

-Muchos de los marinos de mi buque están enfermos.

-Por lo mismo, será mejor sacarles de aquí.

-Con los pocos sanos que conservo no se alcanza a manejar el George.

-Se le darán marinos sacados de los otros buques, para ayudar.

-Yo deseaba, por otra parte, acompañar a usía en la expedición a Panamá.

-He resuelto abandonar esa empresa... Será preciso tomar los puertos y fortalezas de los españoles en este lado del mar, antes de atacar los puertos y castillos fuertes en el Pacífico. De otra manera arriesgaríamos perderlo todo.

Keith permaneció callado un momento.

-¿Y cuándo deberé partir? -preguntó al notar que Vernon continuaba escribiendo, sin añadir cosa alguna.

-Al clarear el día de mañana... Ya se ha mandado preparar lo preciso para el viaje.

-¡Dentro de doce horas! -exclamó Keith.

-¿Qué le pasa a usted? -preguntó el almirante-. Le desconozco enteramente.

-Nada, señor...

-¿Estará acaso enfermo?... -Y añadió sonriendo-: ¿o los bellos ojos de alguna española le tienen preso en Portobelo?...

-No, señor... Iré inmediatamente a prepararlo todo.

Y despidiéndose salió de la presencia del almirante, pasó a su buque, dio allí las órdenes más precisas, y empezaba a oscurecer cuando saltó a tierra y se dirigió a casa de Albertina. Dolores le abrió la puerta.

-¿Podré ver a tu señora? -preguntó.

-Me ha prohibido absolutamente que le deje a usted entrar.

-Vengo a despedirme.

-¡A despedirse!... ¿Parte usted?

-Antes de amanecer... Díle eso a la hermosa Albertina.

La criada entró en la sala en que estaba su señora y detrás de ella, sin aguardar a que le diesen licencia, siguió el capitán inglés. Empezaba a oscurecer, como dijimos antes, y Albertina, cerca del balcón abierto, en pie y vestida de blanco, parecía una sombra aérea.

-Señorita, -dijo Keith-, perdone usted mi atrevimiento; pero mi excusa es que vengo a decirla que parto para Inglaterra.

-¿Se va la escuadra inglesa? -exclamó Albertina con acento de alegría.

-Me voy yo sólo con mi buque...

-¿Y viene usted a despedirse?

-Vengo a avisárselo a usted... No quiero despedirme ni dejarla.

-¿Cómo así?

-¿Me perdonará usted si la hago una proposición?

-Según sea ella...

-No sé cómo decirle a usted lo que quiero, de manera que no, se ofenda... ¡Tiene usted unas ideas tan exageradas!

-No diga nada; así será mejor. -Y alargándole la mano añadió-: Hasta otra vista, capitán; no quiero detenerle a usted, pues tendrá mucho que hacer.

Keith la tomó la mano, y sin soltársela, con acento tierno dijo:

-Albertina, ¿me dejará usted partir así con tanta indiferencia?

Ella pugnó por zafar su mano de la del inglés, pero no contestó nada.

-Escúcheme usted, ingrata -repuso él-: yo no puedo vivir ya sin su presencia...

Albertina hizo un esfuerzo y se alejó del lado del capitán.

-Ya he dicho a usted -dijo con dignidad-, que no gusto de esta clase de conversación; que ni quiero, ni debo oírle a usted... Viene usted a despedirse; le deseo toda clase de felicidades lejos de Portobelo

-¿Rehusaría usted acompañarme?

-¡Yo acompañarle! ¿En calidad de qué?...

-De mi muy amada... esposa.

-¡Yo esposa de usted!... Usted se burla...

-¡De usted, jamás!... Yo no puedo irme y dejarla, y prefiero casarme con usted...

-¿Aquí, antes de mañana?

-Quizás no se podría tan pronto... Pero a nuestra llegada a Inglaterra...

-¡Dolores! -exclamó Albertina con acento irritado (la criada siempre estaba presente durante las visitas del capitán)-, este caballero no sabe lo que dice: muéstrele la puerta de la calle.

Al decir esto entró en su aposento y se encerró.

Quedóse parado en la mitad de la sala el frustrado capitán. La criada había encendido un velón de sebo y puéstolo sobre una mesa, pues ya había cerrado la noche por completo. A la amortiguada e incierta luz de aquel velón, el capitán y Dolores se miraron durante algunos momentos; él la hizo una seña, y salieron juntos hasta la calle; allí hablaron en voz baja, y el capitán, después de ponerla en la mano una pesada bolsa llena de doblas de oro, se alejó a pasos precipitados con dirección a su navío, mientras que Dolores entraba en la casa a verse con su señora.

Media hora después golpeaba a la puerta, de manera particular, un grumete que había despachado desde su navío el capitán Keith. Dolores bajó a abrir y recibió y guardó en el seno un pomo.

-¿Quién tocaba? -preguntó Albertina cuando volvió a subir la criada.

-No había nadie cuando llegué a la puerta, -contestó ésta entrando en la cocina.

Momentos después llevaba a su ama la cena y una espumante jícara de chocolate.

-Tiene un extraño sabor, -dijo Albertina probando aquella bebida.

-¿Qué sabor ha de tener? -repuso Dolores-, tómeselo sumerced, que está todavía muy débil, y dijo el capitán inglés que era preciso que se alimentase bien.

-¡No me hables de ese inglés!... Gracias a Dios que ya salimos de él.

-No me callaré, señora, si no se toma el chocolate; que la hace daño no comer.

Albertina, por dar gusto, se tomó toda la jícara; pero apenas hubo acabado de apurarla, cayó para atrás sobre los cojines de su estrado, profundamente dormida.

Dolores se acercó a su ama; la llamó, y viendo que no contestaba, bajó de nuevo a la puerta de la calle, en donde aún la aguardaba el grumete ingles; y como éste no entendía español, no le habló, sino que en silencio le devolvió el pomo vacío, que poco antes le había entregado lleno. El muchacho lo tomó, y sin decir nada tampoco, se puso a correr con dirección al puerto.

CAPITULO V
EN ALTA MAR

El buque gemía, traqueaba por todas partes, se sacudía, temblaba y tambaleaba, como un hombre ebrio, al atravesar por enmedio de las encrespadas olas. El viento zumbaba entre los palos desnudos de velas, y hacía sonar las cuerdas, como si fueran las de un destemplado violín; la lluvia lo empapaba todo, y mojaba hasta los huesos a los marinos, que corrían como energúmenos de una parte a otra, obedeciendo a la voz del capitán, que gritaba sus órdenes por medio de una bocina.

Tendida sobre unos cojines, en el fondo del mejor camarote de aquel navío, yacía, cubierta la cara con las manos, la desdichada Albertina de Leyva.

-Mi señora querida, -decía la sirvienta cuando con el lector penetramos en aquel recinto-: por el amor de Dios, no se desconsuele así...

-Cállate, -contestó la niña con apagado acento-; cállate... No me digas nada, que no quiero oír tu voz.

-Señorita de mi alma, -contestó humildemente la otra-: mi culpa no es tan grande como lo parece. Escúcheme sumerced...

-Repito que no quiero oír nada de lo que tantas veces me has repetido... bástame saber que soy la mujer más desdichada del mundo, y que perdidas están mi reputación y mi existencia.

-¡No tanto, señora, no tanto! El capitán es más joven, más gallardo y más rico que cuantos galanes he visto en mi vida. .. Ya he dicho a sumerced que si él se la sacó de Portobelo, privada de sentido, aquella madrugada, ha sido con sanas intenciones de casarse con sumerced apenas lleguemos a Inglaterra. Ya ha visto cuan respetuoso ha sido desde que nos trajo, pues no me he separado de sumerced un palmo, desde que bajamos a este camarote, hace ocho días, y...

-¡Ocho días! -exclamó Albertina-; ocho días hace que yo era la novia de Loyzaga... y la mujer más feliz... y hoy, ¡Dios mío! Ahora ¿qué soy?

Y al decir esto, tornó a llorar y a gemir con desconsuelo.

-Parece, -añadió-, como si los mismos elementos se hubiesen conjurado contra nosotros: desde que salí del prolongado desmayo que me acometió, no sé por qué, poco después de la salida del capitán Keith, aquella aciaga tarde, y me encontré en este odioso lugar, no ha habido una hora de calma; sin cesar ha soplado el viento; sin tregua el vendaval nos ha batido día y noche...

En aquel momento el barco, que había subido a la cumbre de una altísima ola, se arrojó de punta a un valle líquido, y al mismo tiempo lo ladeó un golpe del mar que estuvo a punto de sumergirlo.

Al sentir aquel descenso, que parecía como que se fuese al fondo del mar, y después el golpe que recibió el bajel sobre el costado, Albertina creyó que había llegado su último momento, y dio una larga y estridente voz, la cual vino a resonar hasta los oídos del capitán, que se hallaba en lo alto de la escalerilla que conducía al camarote.

-¡Señor! -decía Albertina agarrándose de la aterrada Dolores-: ¡Misericordia! Gracias os doy si me sacáis de este mundo; mundo que ya no quiero ni apetezco. ¡La muerte será una bendición!

Sin embargo, después de un momento de vacilación, el bajel se enderezó temblando aún, y siguió más tranquilo, subiendo y bajando fácilmente por encima de las olas, ya menos altas y encrespadas; la fuerza del viento se debilitó, y poco a poco el movimiento del buque se hizo menos agitado. Dolores se levantó del suelo; arregló los cojines en torno de su ama, la cual no había querido tomar otra postura desde que se encontró en el bajel comandado por Keith, y pasó a otro camarote, en donde encontró al mayordomo, a quien pidió algún refrigerio para su ama, que nada había querido tomar ese día. El mayordomo, que hablaba algo de español, la dijo que tenía recomendación del capitán para que la advirtiese que él necesitaba hablar algunas palabras con su ama.

-Ella no consentirá, -contestó Dolores-, como hasta ahora no lo ha querido consentir desde que salimos de Portobelo.

-Aguárdeme un momento -repuso el mayordomo-, avisaré al capitán. Usted sabe que en su buque nadie puede desobedecerle.

El capitán no quiso aceptar la negativa de Albertina, y un momento después se presentaba a la puerta del camarote que ocupaba su prisionera.

-Perdóneme usted, señora, -dijo-, pero es preciso que yo la hable.

Ella, agazapada en un rincón, no contestó palabra.

-Vengo a decirla que si yo hubiese pensado que usted me odiaba tanto -hasta desear la muerte-, de ninguna manera la hubiera sacado de su casa para traerla conmigo.

Albertina continuaba callada.

-Mi amor es verdadero, -continuó él al cabo de un momento-; y así, prefiero darla gusto más bien, que conservarla en mi poder contra su voluntad.

La niña no dijo nada.

-Vamos ya llegando a Jamaica... Si usted quiere, la puedo recomendar al capitán de algún buque de nación neutral, el cual la puede llevar de nuevo a Portobelo, o a Cartagena, si usted lo prefiere, y entregarla a su padre...

-¡A mi padre! -exclamó Albertina con doloroso acento.

-O a su novio, -dijo Keith con amargura.

-¡Jamás! ¡Oh! Jamás me pondré delante de mi padre o de...

Y al decir esto, Albertina se fue a arrojar de rodillas delante del capitán:

-¡Máteme usted, señor, máteme!... -exclamó-. ¡Yo no puedo hacerlo por mi mano, porque perdería mi alma! ¡Pero como una caridad lo puede hacer usted! ¡Dios le recompensará, créamelo, por esta buena obra!

-¡Buena obra! -dijo el inglés-. No desbarre usted, Albertina. ¡Levántese!... -Y muy conmovido la hizo levantarse-. Hablemos con calma, -añadió.

La hizo sentar, y entonces la dijo:

-¿Es decir que no quiere usted volver a su casa? -¿No ve usted que mi honor está perdido; que nunca, jamás, podré presentarme delante de los que me han conocido, y que he perdido al mismo tiempo a mi padre, a mis parientes, a todos?

-¿Qué quiere usted entonces?... Aunque yo la amo a usted con todo mi corazón, usted me odia; me lo ha dicho muchas veces...

-¿Qué deseo yo? -me pregunta-; ya se lo he dicho: que me haga matar. ¿Qué debe hacer usted si es un caballero?... Eso lo sabe usted mejor que yo.

-Lo que yo deseo es ofrecerla mi mano de esposo, -contestó él-: lo que estoy obligado a hacer, es eso mismo. ¿Pero lo admitiría usted?

-¿Y qué otra cosa puedo hacer para salvar mi honor? -contestó ella.

-Pero... y si usted me odia, ¿no seríamos desgraciados ambos?

-Procuraré, -dijo ella, mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas una a una-, procuraré cumplir con mis deberes mientras viva... Quizá Dios se apiadará de mí pronto.

-¡Gracias, amada Albertina! -exclamó el capitán, tomándola una mano que besó respetuosamente-. La he de hacer tan feliz, una vez que sea mía, que aprenderá a amarme.

-Le hago una súplica, -dijo ella, tratando de ocultar la amargura que sentía en el fondo de su alma-; una súplica encarecida:

-¿Cuál?

-Que procure no hablarme más antes de que arribemos a Inglaterra, y mientras no llegue la hora de celebrar el matrimonio.

-¿Por qué tanta crueldad?

-Así lo exigen las conveniencias... Yo sé muy bien que usted, como caballero, no se negará a concederme este favor.

-¿Qué me pedirá usted que yo la niegue, aunque sea a costa mía?

-Empiece ya, pues, a cumplir su promesa... ¡En Inglaterra nos veremos! -repuso ella despidiéndole con un ademán.

Apenas hubo salido el capitán de su presencia, cuando Albertina rompió a llorar con gran desconsuelo. Tranquilizóse, al fin, por medio de la oración, y por primera vez durmió aquella noche, después de su salida de Portobelo; la suerte estaba echada: sería, contra su voluntad, la esposa de un inglés, de un enemigo declarado de España... Ella, pensaba, hubiera podido evitar esa desgracia, y, sin embargo, casi se lo había exigido al capitán. Era preciso olvidar a Loyzaga, que en adelante la miraría mal y la aborrecería como a mujer inconstante y voluble. ¿Cómo hacerle saber, y sobre todo hacerle creer que había sido robada por el inglés, durante un desmayo del cual ella no se había dado cuenta, puesto que Dolores no la había confesado que recibió de parte de Keith un pomo, cuyo contenido mezclado con el chocolate, produjo en ella tal fenómeno? A pesar de todo aquello, veía al fin su honor rescatado, aunque a costa de su dicha, y eso la bastaba para consolarla un tanto.

CAPITULO VI
EN INGLATERRA

El 13 de marzo de 1740 llegó a Inglaterra la noticia de la toma de Portobelo; noticia que fue recibida con loco entusiasmo por los ingleses, que pensaron que aquel triunfo significaba mucho más de lo que fue en realidad.

El parlamento felicitó solemnemente al rey por una victoria tan señalada sobre España, y cuando la familia real se presentaba en alguna parte, era aclamada por el pueblo con aplausos e insultada la nación española en todos los tonos. Se mandó elevar el ejército de tierra a veinte mil hombres y a seis mil el de mar, para atacar a España en América, y se decretaron cuatro millones de libras esterlinas para los gastos de la guerra.

Keith cumplió con su palabra al pie de la letra. No bien hubo desembarcado, cuando buscó un clérigo irlandés, que vivía oculto en Londres, el cual no tuvo inconveniente en casarle con la triste Albertina de Leyva. Esta comprendió que era preciso hacer un supremo esfuerzo para no manifestar a su marido todo el dolor que abrigaba en su corazón, y procuraba tratarlo con un cariño que absolutamente no sentía. El la trataba con muchísimas consideraciones; pero cuando quiso presentarla a algunos de sus parientes, éstos rechazaron con odio manifiesto a la papista española; dos defectos que no podían perdonar los ingleses de aquella época. Aunque no comprendía el idioma inglés, Albertina entendió que ya no la quedaba en este mundo ninguna persona que la amase y estimase sino su marido, el cual, pensaba ella, al fin se cansaría de la frialdad que ella no podría encubrir, y quizás hasta la abandonaría. La desgraciada pasaba la mayor parte de su vida sola, pues Keith estaba muy ocupado preparando el armamento, y ayudando, como hombre que ya tenía conocimiento de lo que se necesitaba en América, en los preparativos que se hacían para enviar una escuadra a Vemon, con la cual debería atacar, tomar y aniquilar las colonias españolas en las Antillas y Tierra Firme, mientras que se le había encomendado al comodoro Anson que atacase a los españoles en Buenos Aires, Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, del cual debería apoderarse en combinación con Vernon.

Estas noticias llenaban de pesadumbre y de zozobra a la española, cuyo patriotismo se enardecía, por lo mismo que se veía entre enemigos de su nación; y hubiera dado su vida por poder enviar a decir a su padre lo que sucedía, para que se preparasen a resistir al enemigo en Cartagena, lugar que ella sabía sería atacado en primer lugar.

Aunque Albertina salía muy rara vez de su casa, Dolores, que se quejaba sin cesar de la vida en Inglaterra, solía pasar al parque del Regente -que estaba cerca-, a respirar el aire, y casi siempre regresaba al lado de su señora más quejosa y disgustada con aquellos herejes desalmados, como ella llamaba a los ingleses.

-¡Mi señora! -exclamó la criada un día, entrando como un vendaval en el cuarto de su ama-: ¡acabo de encontrarme con unos compatriotas!

-¿De veras? -contestó Albertina-. ¿Y cómo los reconociste? Pues deben estar ocultos en Londres, a riesgo de ser maltratados por este pueblo que tanto nos detesta.

-Les oí hablar detrás de un bosquecillo algunas palabras en castellano, y sin poderme contenerme, me les acerqué y les pregunté si eran españoles. En breve entablamos conversación: ellos están disfrazados de italianos, y, según les entendí, han venido como espías, mandados por el rey para que indaguen aquí lo que sucede.

-¿Y habrán descubierto algo?

-Me dijeron que poco... No han podido obtener todas las noticias que desean, y, sin embargo, deben embarcarse de vuelta a España pasado mañana.

-¡Yo les daré cuantas noticias sé!... ¡Cuánto me alegro! -dijo Albertina-. Pero, -añadió-, yo sé todo esto porque Keith no desconfía de mí. ¿No sería una felonía aprovecharme de ello para repetir lo que me ha dicho en secreto?

-¡Felonía, señora! ¿Y no está su merced aquí contra su voluntad, robada por el inglés?

-Sí; pero tengo que agradecerle que haya reparado su mala acción casándose conmigo...

-Eso no impide a su merced que antes de ser mujer del capitán fuese en primer lugar española.

-Tienes razón... aunque poco sé escribir, pues mi padre no quiso que aprendiera sino a firmar mi nombre, haré los garabatos que pueda en un papel para avisar lo que he logrado averiguar acerca de los preparativos que se hacen aquí... Pero, -añadió-, ¿tú volverás a ver a los españoles?

-Sí; mañana les encontraré en el parque... Yo les ofrecí llevar todas las noticias que pudiera recoger de aquí a mañana.

-Está bien. Entre tanto yo prepararé el papel...

Con mil dificultades logró al fin Albertina apuntar cuanto sabía de los preparativos que se hacían en Inglaterra contra las colonias americanas. Cuando su marido llegó a comer la encontró muy colorada por los esfuerzos inauditos que había hecho para elaborar una página de mal coordinadas y peor redactadas noticias; faena que costó más trabajo a la pobre Albertina que a otro escribir un volumen.

Para ocultar lo que la preocupaba, la española se manifestó más amable que de costumbre, y púsose a preguntar a Keith mil pormenores acerca de los preparativos bélicos que se hacían en Inglaterra.

-Acábase de saber que tres naves de guerra nuestras, -dijo Keith-, después de un obstinado combate en la bahía de Vizcaya, se apoderaron de un buque de guerra español, el cual se sacrificó, según dijo su capitán, para dar tiempo a que huyesen los buques que llevaban a España los tesoros enviados de América.

-¡Tres buques contra uno solo no es victoria honrosa! -exclamó Albertina-. Pero, ¿en qué estado están los preparativos que me había dicho usted se hacían con tanto boato?

-Se están concluyendo ya y pronto nos daremos a la vela... El almirante Haddock ha permitido que varias flotillas españolas salgan de Cádiz y de El Ferrol, sin interrupción alguna, de lo cual se queja con razón el almirante Vernon, el que ha estado diez meses en Jamaica aguardando recursos para atacar a Cartagena, sin haber recibido ninguno hasta el día de hoy.

-Y mientras tanto, -dijo Albertina-, ¿qué ha hecho el rey de Francia? ¿No ayuda a España?

-Sí: hace poco que salió de Dunkirk una escuadra que va en auxilio de las posesiones españolas.

-¡Gracias a Dios! -dijo Albertina sin poderse contener.

-¿Y se alegra usted de que se aumenten mis enemigos? -preguntó Keith.

-¡Sus enemigos!

-Sí, puesto que partiré dentro de breves días en la flota de Sir Chaloner Ogle, que se está acabando de armar en Spithead.

-¿Y cuántas naves son las de esa flota? -preguntó Albertina.

-No menos de ciento setenta... No hay duda ninguna de que venceremos.

-¡Dios es muy grande! -dijo Albertina-, y no siempre resultan exactas las previsiones de los hombres.

-Después de lo sucedido en Portobelo con seis buques no más, -repuso Keith-, creo segura nuestra victoria.

-Portobelo, -dijo Albertina-, estaba a cargo de cobardes; esto no volverá a suceder; tanto más cuanto ya España ha tenido una lección, y mandará a América quién sepa defender sus plazas fuertes.

-Los españoles, -contestó él-, son muy lentos en sus movimientos, y con seguridad no habrán hecho nada para prepararse... por otra parte, nuestros armamentos se han hecho muy en secreto, y en España no se tiene idea de lo formidable que será el ataque.

Albertina se sonrió con aire malicioso, sonrisa que el capitán Keith no comprendió, pero que le chocó como agresiva y burlona.

-Tan seguros estamos, -dijo, sacando una cajita de tafilete del bolsillo-, de que ganaremos sin falta, y de que tomaremos a Cartagena, que se han mandado acuñar medallas conmemorativas para premiar a los jefes, oficiales e individuos de la tropa y de la marina real que se distingan más en el ataque de aquella plaza. Mírelas usted, -añadió, abriendo la cajita y sacando las medallas.

Albertina se acercó a la mesa sobre la cual Keith había puesto lo que decía, y tomando una medalla de bronce en la mano, dijo:

-¿Esto qué significa? Un oficial con la rodilla en tierra presentando a otro su espada, y con una leyenda en inglés en torno...

-La leyenda, -contestó Keith-, quiere decir: El orgullo español abatido por el almirante Vernon. -Y volviendo la medalla, añadió-: Y en la opuesta cara vea usted seis buques delante de un puerto de mar y estas palabras: Quien tomó a Portobelo con sólo seis naves.

Palideció de cólera Albertina, pero supo dominarse al decir:

-¿Y quién es ese oficial que tan humilde se manifiesta?

-Nada menos que don Blas de Lezo, jefe de la escuadra española apostada en Cartagena de Indias. ¿Acaso usted le conoce?

-En la medalla no se le parece, por cierto; ¡y apostaría mi existencia a que jamás los ingleses, o ninguna otra nación, le verán en esa postura!

-Eso lo veremos, -contestó Keith, y tomando una medalla de plata la mostró, diciendo-: en ésta hay una leyenda todavía más significativa.

-¿Que dice? -Los héroes británicos tomaron a Cartagena en abril de 1741.

-¿Conque tienen completa seguridad, -dijo Albertina-, de entrar en Cartagena dentro de seis meses?... ¡Es tentar a la Providencia, por cierto, el manifestar semejante soberbia!

-Cuando la soberbia está fundada en una fuerza como la que tenemos, no es tentarla.

-Veremos, capitán Keith, -contestó Albertina con una sonrisa forzada-. ¿Quiere usted hacer una apuesta?

-¿Con motivo de qué?

-Apuesto lo que usted quiera a que los ingleses no entran en Cartagena; y si acaso entraren -que Dios no lo permitirá-, jamás don Blas de Lezo entregará la espada... yo le conozco...

-¿Y qué extraordinarios méritos tiene ese oficial?... ¿Es joven? -preguntó Keith con cierta inquietud celosa.

-Es amigo viejo de mi padre, y tendrá su edad: entre cincuenta y sesenta años. Es natural de Pasajes, en la provincia guipuzcoana. Se educó en Francia y sirvió en las guerras que ocurrieron en la época de la coronación de nuestro actual rey. En un combate perdió una pierna que le llevó una bala de cañón. Estuvo en muchísimas batallas navales, en donde varias veces fue herido. Concluida la guerra de sucesión, continuó en la armada real española. Era capitán de navío, y tuvo el honor, como se lo he oído repetir varias veces, de presenciar la reconquista de Mallorca; le hicieron después jefe de una escuadra en Indias, con la cual perseguía a los piratas y corsarios ingleses y holandeses que frecuentaban esos mares; después le mandaron al Mediterráneo, en donde fue el terror de los piratas argelinos. Hará tres años que su majestad el rey le confió el mando de la escuadra que escolta los galeones del nuevo mundo a España, en lo cual se ha distinguido por su gallardía y valor a toda prueba... ¿Y piensa usted que un hombre de ese temple entregará su espada a los ingleses?

-¿Qué sabemos?... Los españoles no son los únicos valientes del mundo.

-Volviendo a nuestra apuesta, -repuso Albertina-, ¿me dará usted esas medallas en depósito hasta que se sepa cuál ha sido el resultado del sitio de Cartagena?

-Que me place... Guárdelas usted, que éstas me las regalaron a mí.

-Pero no me las volverá a pedir hasta el fin de la guerra. ¿Lo promete usted? -preguntó Albertina.

-No se las pediré, por cierto.

Al día siguiente Dolores se veía con sus compatriotas, y les entregaba el papel escrito por Albertina y las medallas de que hablamos arriba, las cuales fueron llevadas a Madrid por los espías españoles, y pueden verse todavía en un museo de Madrid, en donde Felipe V las mandó guardar como una curiosidad.

CAPITULO VII
SE REÚNEN LAS ESCUADRAS PARA ATACAR A CARTAGENA

Preparábanse en Inglaterra dos formidables expediciones para atacar a la América española, como lo sabe el lector. Haremos aquí una corta reseña de la expedición enviada al océano Pacífico, para después contraernos más a espacio a la que tocó a Vernon comandar por la parte norte de Suramérica.

A Jorge Anson, barón de Soberton -marino de gran renombre en las armadas inglesas-, fue encomendada la invasión de las costas de Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, como ya dijimos antes, en combinación con la del almirante Vernon por el oriente. El comodoro Anson salió de Inglaterra con seis fragatas de guerra en septiembre de 1740, y se dirigió al mar del sur; atravesó el estrecho de Maire con un malísimo tiempo, y más lejos perdió varios de los buques que llevaba. Subiendo por las costas de Chile siguió a las del Perú, con una azarosísima navegación, y no hizo más hazaña que robar y quemar el puerto de Paita, apoderarse de cinco naves pertenecientes al comercio del Perú y de una fragata española -Nuestra Señora de Covadonga-, proveniente de Manila. Sin lograr acercarse a Panamá, uno de sus mayores deseos, y al fin, desbaratada y arruinada la expedición por los temporales y huracanes, resolvió regresar a Europa en un solo buque que le quedaba tomando la ruta del golfo de Bengala y cabo de Buena Esperanza. Después de cerca de cuatro años de un viaje sumamente peligroso, y sin haber obtenido nada de lo que se había propuesto, Anson entró en el puerto de Spithead, en junio de 1744, cargado de botín, es cierto, pero sin gloria ninguna. A pesar de todo, el gobierno inglés le premió con un grado superior en la marina. En 1758, después de haber tenido varios combates navales con los franceses, a quienes batió, fue nombrado primer lord del almirantazgo, y murió cuatro años después, a los sesenta y cinco de edad. Publicó la Historia de su viaje en torno del mundo, y dejó un inmenso caudal, proveniente, en gran parte, de la fragata española Nuestra Señora de Covadonga, que llevaba un tesoro que valía trescientas treinta mil libras esterlinas, de lo cual se apropió para sí mismo, sin participar nada de esto al gobierno, que había hecho el gasto de la expedición.

Entre tanto, el almirante Vernon con la escuadra que tenía en las Antillas, después de la toma de Portobelo, quiso apoderarse de Cartagena con siete buques de guerra y otras embarcaciones de menor fuerza; pero encontró la plaza defendida por don Melchor de Navarrete, el cual no dejó arrimar al enemigo. Este rechazo le obligó a regresar a Jamaica y pedir con instancias los recursos

necesarios para poder atacar a Cartagena, ciudad mucho más fuerte que Portobelo, de mayor importancia y a la cual Vernon tenía malísima voluntad.

Ya hemos visto que en Inglaterra se hacían grandes preparativos para enviar una poderosa escuadra en auxilio del almirante Vernon, la cual salió de Inglaterra al fin del año de 1740. Dicha escuadra iba a cargo de sir Chaloner Ogle y de lord Cathcart, el cual mandaba el ejército de desembarco. Aunque salieron de Spithead ciento sesenta naves -una de las cuales mandaba nuestro amigo Keith-, gran número de ellas fueron desbaratadas y perdidas por un temporal espantoso que acometió a la escuadra frente a la bahía de Vizcaya. Los buques que quedaron sanos continuaron su viaje a América (otros regresaron a rehacerse en Inglaterra), y en el mes de diciembre tuvieron que detenerse en una isla neutral -la Dominica-, en busca de agua y leña. Mientras que se retardaban allí, enfermó de disentería lord Cathcart, y murió en pocos días, dejando el mando de las fuerzas de línea al general Wentworth, hombre de poca experiencia, de escasa autoridad y sin ningún talento militar, según se dijo, pero patriota y consagrado a sus deberes.

El 9 de enero de 1741 llegó la maltrecha escuadra al fondeadero de Port-Royal, en Jamaica. Encontraron al gobernador de la isla, Trelawney, y al almirante Vernon aguardando refuerzos con mucha ansiedad, pues corrían rumores de que se habían reunido las fuerzas navales de España y Francia para atacarles. Pocos días antes habían recibido tropas frescas de Norteamérica, las cuales, unidas a las llegadas de Inglaterra y a las que comandaba Vernon, formaron un conjunto de fuerzas tan formidable como nunca lo hubiese visto el nuevo mundo, reunido en un solo lugar.

El almirante Vernon, que se encontraba a la cabeza de la armada, investido de facultades omnímodas, era, sin embargo, hombre de poca iniciativa, y parece que, a pesar del tiempo que había permanecido en Jamaica ocupado tan sólo en estudiar la situación de las colonias españolas, no tenía plan ninguno formado de las operaciones que había de emprender para hostilizarlas.

Pocos días después de llegadas las fuerzas de Inglaterra, se celebró una junta o consejo de guerra, compuesto del brigadier general Wentworth, el gobernador de Jamaica y los oficiales superiores de todas las tropas allí reunidas y presidido por el almirante Vernon.

Una vez que éste hubo hecho una corta relación de la situación en que se hallaban, en la cual hizo uso de ciertas palabras hirientes con respecto al sucesor de lord Cathcart, cuya muerte fingía sentir mucho, el general Wentworth tomó la palabra para preguntar al Almirante Vernon cuáles eran las fuerzas de los enemigos en las principales plazas fuertes de las colonias.

-No he podido saberlo a punto fijo, -contestó con altanería Vernon-, y creo es inútil semejante averiguación.

-No creo que sea inútil, -contestó sir Chaloner Ogle-; pero si ya no tiene remedio en lo pasado, trataremos de averiguarlo antes de emprender operaciones.

-Lo creo inoficioso, -insistió Vernon-. A pesar de todo, yo había mandado un pequeño buque con el objeto de pedir informes secretos acerca de las guarniciones que existen en La Habana, Cartagena y las colonias francesas; pero a poco se averió y tuvo que volverse a Jamaica.

-¡Lo que se averió no fue el buque! -exclamó Wentworth, de muy mal humor.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Vernon con voz destemplada.

Pero sir Chaloner se interpuso para evitar una molestia perjudicial para la causa que defendían.

-Soy de opinión, -dijo hablando recio-, que se deben mandar varias de las fragatas más veleras, con los marinos más experimentados en estos mares, a tomar lenguas, de manera que puedan regresar con las noticias que necesitamos de aquí a pocos días.

-Me niego a ello, -repuso Vernon-. Usted, señor, acaba de llegar de Inglaterra, y carece naturalmente de la experiencia que yo tengo... Dígame: ¿cree usted que yo necesité saber qué guarnición tenía la plaza fuerte de Portobelo cuando la tomé, con seis buques no más?

-La guarnición no servía para nada, -dijo Wentworth y según me he dejado decir, sobraron cinco buques en aquel ataque... pues con uno solo se hubiera podido tomar. ¡Ha sido más el ruido que las nueces en aquel asunto!

Vernon, que fundaba su orgullo en la toma de Portobelo, se levantó furioso, y empezaba a dirigirse al general para pedirle razón de sus palabras, cuando los demás oficiales le rodearon, suplicándole que se reportase, que primero estaban los intereses y la gloria de su rey que los asuntos particulares. Wentworth, que comprendió que se había propasado en sus palabras, las retiró y volvió a reinar la paz en el consejo; pero era una paz ficticia. De allí para adelante los dos jefes se tuvieron grandísima mala voluntad, y siempre procuraron llevarse la contraria en cuantas operaciones proponía el uno o el otro.

-Según los deseos del gobierno de Inglaterra, -dijo sir Chaloner Ogle, dirigiéndose a Vernon-, y como habrá visto su excelencia en las cartas de sus amigos, se considera conveniente atacar primero a La Habana...

-¿Que pueden saber los que se encuentran en Inglaterra, acerca de los asuntos de América? -exclamó Vernon-. Yo opino por que se debe rendir a Cartagena en primer lugar.

-Pero quizá apurando la salida de la escuadra, alcanzaríamos antes de los meses de huracanes a rendir a La Habana y en seguida pasar a Cartagena.

-Repito que las personas que no tienen experiencia de lo que sucede en el nuevo mundo, no pueden comprender muchas cosas que no se nos ocultan a las que hemos pasado años por estos mares. Es preciso, en primer lugar, manifestar a los que defienden la plaza de Cartagena, que no en vano les hemos amenazado, y que cuando ahora meses tuvimos que retirarnos sin haber podido entrar en la ciudad, no fue jactancia mía el jurar que después volvería a tomarla.

En vano procuró Ogle doblegar la voluntad de Vernon: su opinión prevaleció en el consejo; y como todos sabían que tenía amplias y discrecionales facultades para obrar, no quisieron disgustarle, y por unanimidad se resolvió dirigirse a las costas de Tierra Firme.

A mediados de enero corrió la noticia en Jamaica de que la escuadra francesa, hambreada, y diezmada su tropa por el clima de los trópicos, regresaría en breve a Francia. Esto alentó al almirante en su propósito de tomar a Cartagena en primer lugar; dividió sus fuerzas en tres divisiones, y como fuese estrecha la entrada del puerto, mandó que cada división saliese en diferente día, siendo la última la que llevaba las tropas de desembarco. El punto de reunión de toda la flota debería ser el cabo Tiburón, en la isla de Santo Domingo.

La escuadra constaba de veintinueve navíos de línea, otro tanto de fragatas y sesenta y cuatro buques menores. El almirante Vernon comandaba directamente la primera división, sir Chaloner Ogle la segunda, y el comodoro Lestock la tercera. Hasta el 28 de enero no se reunieron en el punto dicho todos los buques que componían la escuadra. El 12 de febrero llegó la escuadra a la isla de Vaca y de allí pasó al puerto de San Luis, en donde supo el regreso a Francia de la escuadra francesa, y tomó leña y agua. El 25 de febrero se pasó revista a la armada y se celebró un nuevo consejo de guerra. Se convino en él en destacar dos naves para que fuesen a tomar la costa inmediata a Cartagena, y que avisasen cuál era el mejor sitio para que fondeara la escuadra. Encontraron el sitio adecuado en la Playa Grande, entre la ciudad de Cartagena y Punta de Canoa, en donde surgió la escuadra al caer la tarde del 4 de marzo de 1741.

CAPITULO VIII
DENTRO DE LAS MURALLAS DE CARTAGENA

Desde fines de 1739 había arribado a Cartagena el nuevo virrey del Nuevo Reino de Granada 1 , el cual, como comprendiese que podría servir mejor al rey permaneciendo en la costa, en donde había riesgo de invasión extranjera, resolvió quedarse allí todo el tiempo que fuese necesario.

Nombrado como gobernante sucesor del presidente don Francisco González Manrique, don Sebastián de Eslava tenía vara alta en la corte, en donde había ejercido el cargo de ayo del infante don Felipe, y era comendador de Calatrava y teniente general. Como hombre de gran valer, de pericia y de mérito, se le había encomendado la reinstalación del virreinato, suspendido desde 1724 por la inercia e ignorancia del primer virrey, don Jorge Villalonga.

Hallábase Eslava en Cartagena cuando ocurrió la sorpresa de Portobelo, a fines del año de 1739, y en seguida la tentativa que hizo Vernon para entrar en el puerto de Cartagena. Aquello le obligó a quedarse allí para animar con su presencia a los defensores de la plaza, así como para aguardar la contestación a las representaciones que hizo consecutivamente a la corte, en que pedía encarecidamente y con urgencia socorros para Portobelo y Chagres, que habían sido arruinados por los ingleses. Suplicaba también que cambiasen al teniente general de Portobelo, don Dionisio Martínez de la Vega, el cual ya se había inutilizado por motivo de su edad y enfermedades. Pedía que mandasen en su lugar un empleado importante, pues aquellos sitios debían conservarse de manera que los enemigos no pudiesen volver a apoderarse de ellos. Además de esto pidió que le mandasen de España la tropa, municiones y pertrechos de guerra que consideraba indispensables para defender aquella ciudad, asegurando que si le enviaban lo que necesitaban él y el teniente general don Blas de Lezo, respondían ambos con sus cabezas de la conservación de Cartagena.

Por esta vez se manifestó el gobierno español activo y cuidadoso: despachó inmediatamente a Cartagena tres segundos batallones con banderas y oficiales de los regimientos de España, Aragón y Granada, y grande acopio de armamentos, pertrechos y cuanto podía necesitar la plaza. Entre tanto, don Blas de Lezo había hecho trincheras formidables, y guarnecídolas con muchos cañones de

superior calibre, de a 24 y de a 18. El gobernador de la plaza, don Melchor de Navarrete, había tenido cuidado de preparar con tiempo, enseñándoles sus deberes con la mayor actividad, a los mil cien soldados españoles, quinientos criollos y seiscientos indios de trabajo que tenía a su cargo, junto con las seis naves de guerra, tripuladas con cuatrocientos soldados y seiscientos marinos, que se hallaban en el puerto.

Pero si los ingleses habían sido tan descuidados que no se tomaron el trabajo de averiguar con certeza cuál era la guarnición de las plazas españolas, don Blas de Lezo, al contrario, había logrado introducir dos espías en la armada de Vernon, los cuales, no bien hubo surgido la escuadra en Playa Grande, cuando aprovechándose de una noche oscura y lluviosa, lograron alejarse de las naves del enemigo, y desembarcar en la Punta de la Canoa, y de allí, por veredas recónditas y excusadas, entrar en Cartagena y presentarse al bravo don Blas, que les aguardaba con la mayor ansiedad.

—No hemos podido, —dijo uno de los espías—, averiguar cuáles son las intenciones de los ingleses con respecto a la manera como atacarán la plaza.

—¿Y a qué os mandé entonces? —exclamó el teniente general

—A que averiguásemos la fuerza exacta que tiene el enemigo, y lo demás que pudiésemos descubrir.

—Es verdad. ¿Y lograsteis esto?

—Cumplimos enteramente con la primera parte de nuestra comisión, y en el papel que tenemos aquí hallará su excelencia apuntado el número de naves que posee el enemigo con sus cañones y los nombres de sus comandantes y capitanes. Además de eso, supimos, de una manera exacta, que traen nueve mil hombres de desembarco; dos mil negros de trabajo tomados en Jamaica y armados con excelentes machetes, fuera de las tripulaciones de los navíos; el servicio de hospital, que viene en una nave aparejada para el caso, y noventa buques de transportes, dos bombarderas y otras embarcaciones de menor fuerza, con un soberbio tren de artillería de primer orden 2 .

Leyó don Blas de Lezo el papel que le entregaron los espías, y al cabo de un momento dijo:

—Así, pues, nosotros por todo no alcanzamos a contar con tres mil combatientes; ellos nos atacarán con mucho más de doce mil hombres por junto... Pero eso no importa. Juro a Dios que, con la protección que no dudo nos dispensará El, y la intervención de su Santísima Madre, hemos de rechazar a los ingleses y levantar en alto el estandarte que nos ha confiado nuestro señor el rey de España.

—Traen unas medallas, —dijo uno de los espías—, con las cuales pretenden recompensar a los más valientes de los suyos, en las que dicen que han representado a usía entregando las llaves de la plaza de Cartagena y con rodilla en tierra.

—¡Los malvados! —exclamó Lezo, palideciendo de rabia—. ¡Primero me verán muerto que cobarde! ¡Si Dios me concede la victoria, estoy listo a entregar la vida en la demanda, pero no antes de haber visto huir vergonzosamente de estas playas al jactancioso y soberbio enemigo!

La Providencia aceptó aquel voto del valiente general, como después veremos.

No bien había clareado el día 5 de marzo, cuando los cartageneros vieron una nube de naves pequeñas del enemigo, fondeando en línea lo más cerca posible de la playa, sin duda para defender y proteger el desembarco de las tropas sobre la Playa Grande.

El general español mandó inmediatamente que se atrincherase una gran parte de las tropas por aquel lado. Pero en breve se vio que aquella era una estratagema del enemigo para dar tiempo a varios oficiales marinos e ingenieros a que reconociesen el puerto y la plaza, y buscasen un sitio propio para el desembarco de las tropas, así como también sondear las costas para reconocer hasta qué punto podrían acercarse las naves grandes de guerra.

Varios días gastaron los ingleses en aquellas averiguaciones, sin que los de adentro pudiesen impedirlo. Al amanecer del día 9 de marzo sir Chaloner Ogle en su buque —El Jersey—, enarbolada bandera inglesa y la insignia de su rango, llevando a su bordo al general Wentworth, seguido de otro navío de alto bordo en que iba el almirante, y con mucha tropa de desembarco en ambos navíos, se encaminó hacia la boca del puerto, a batir los fuertes de Santiago y San Felipe, en Boca Chica 3 y tratar de apoderarse de la pequeña fortaleza de Chumba. El comodoro Lestock, con la tercera división, trató entre tanto de dividir la atención de los que defendían la plaza, mientras que otros buques, el Norfolk, el Shreksbury y el Russell, iban a reforzar a los jefes que atacaban los castillos de San Felipe y Santiago. En la fortaleza de Chumba se encontraba una pequeña guarnición, la cual trató de abrir fuego sobre los buques a su paso por delante; pero entonces el capitán de la Princesa Amalia, navío de 80 cañones, la atacó con tanto brío, que los españoles no pudieron defenderse por no haber artillado con tiempo las baterías de fajinas, y sus fuegos fueron apagados.

Entre tanto los ingleses habían atacado los castillos de San Felipe y Santiago con una fuerza tan superior a la que había adentro, que no sólo apagaron sus fuegos en el espacio de una hora, sino que desmantelaron y abrieron enormes brechas a las fortalezas, las cuales fueron abandonadas por los españoles. Pero si los ingleses eran dueños de los dos castillos de la isla de Tierra Bomba, los españoles conservaban los de San Luis y San José, el primero en el extremo de la isla de Barú, y el otro en un islote del mismo lado. Los ingenieros de los enemigos pasaron varios días disponiendo las baterías que deberían defender a los que fuesen a atacar aquellos dos castillos.

Al fin, el 19 de marzo, resolvieron atacar una de aquellas baterías, la cual, aunque defendida con brío, no pudo resistir al gran número de los que la embestían, y los españoles la abandonaron. Desde aquel día hasta el 23, en que el enemigo atacó simultáneamente con todas sus fuerzas de mar y tierra y de artillería la fortaleza de San Luis, el fuego no cesaba por ambas partes día y noche. Allí fueron desbaratados dos buques ingleses, muerto el comandante de uno de ellos, el jefe de ingenieros y varios oficiales; gran número de subalternos quedaron fuera de combate. Los españoles perdieron un buque que les llevaba auxilios y municiones, y después tres navíos de guerra, y quedaron desmanteladas y arruinadas las fortalezas durante el ataque del día 24.

Era imposible ya defender aquellos fuertes, y el gobernador de San Luis resolvió echar bandera blanca y tocar llamada de capitulación. El almirante Vernon, que iba en uno de los buques que más se habían acercado a las fortalezas, exclamó con vengativa ira:

—¡No hay cuartel! ¡A ellos!

Así fue como los ingleses respondieron a aquella señal de rendimiento con todo el fuego de sus baterías, a tiempo que se vio que sus tropas en tierra hacían ademán de acercarse, aunque no lo

ejecutaron inmediatamente. Entre tanto, el gobernador de San Luis mandó tocar retirada, y con las primeras sombras de la noche se embarcó con el mayor orden y serenidad en lanchas y botes que tenía preparadas para el caso el virrey Eslava, que había previsto aquel trance, y esta guarnición, así como la del fuerte inmediato de San José, se incorporó sin el menor desorden a las tropas de la plaza, a la cual lograron retirarse durante la noche. A la madrugada los ingleses tomaron posesión de la entrada del puerto y de los castillos adyacentes.

Fuera de haber perdido la tropa enemiga algo más de quinientos hombres en aquella empresa, los españoles tuvieron la satisfacción de ver completamente destruidos a cañonazos y casi inservibles, varios navíos de guerra, y entre otros el famoso navío Shreksbury, que tuvo que retirarse a una playa cercana, ya enteramente destrozado.

Los ingleses eran dueños de Boca Chica y de la entrada de la bahía de Cartagena; pero aquel triunfo les fue fatal. Como desembarcasen las tropas en las cercanas playas malsanas, expuestas a ardentísimos soles, careciendo de agua y del abrigo necesario en aquellos climas, al cabo de pocos días habían muerto muchísimos ingleses de fiebre, sin poderse defender absolutamente de aquel contagio, que atacaba a oficiales y soldados.

Habían encomendado a los ingenieros ciertos trabajos preparatorios para atacar la plaza de Cartagena; y como éstos tardasen mucho en aquellas operaciones, Vernon se enfureció, buscó al general Wentworth, que nada tenía que responder de la morosidad del ingeniero, y le dijo palabras tan recias e insultantes, que Wentworth se resintió, hizo propósito de nunca más volver a tratar a Vernon, y resolvieron ambos hacerse una guerra cruda, cada uno para que se desluciese el otro. La verdad era que ambos comprendían, aunque tarde, que el valor de los españoles y las intemperies del clima, que diezmaba a los soldados y marinos, les producirían más pérdidas que ganancias, y que la toma de la plaza de Cartagena, si acaso la llevaban a cabo, costaría más caro de lo que habían pensado. Entonces, para sincerarse de los cargos que indudablemente les harían en Inglaterra, ambos resolvieron echar cada cual la culpa de todo a su compañero y cofrade en el mando de la expedición.

CAPITULO IX
EL CASTILLO DE SAN LÁZARO

Han transcurrido quince días desde aquel en que los ingleses, después de destruir los fuertes que defendían a Boca Chica, habían penetrado en la bahía de Cartagena; y después de reñidísimos combates y grandes pérdidas de vidas, tanto con las balas españolas como con las fiebres; después de tomar los fuertes que se hallaban en Manzanillo y en la punta de Cruz Grande -abandonados por los españoles para hacerse fuertes dentro de los muros de la ciudad de Cartagena-; después de una campaña peligrosísima, en la cual, cada vez que daban un paso adelante, era a costa de enormes sacrificios; después de desembarcar algo más de cuatro mil hombres en el Tejar de Gracia el día 5 de Abril 1 , al fin los ingleses tomaron tierra y acamparon en la isla de Manzanillo, y se encontraron en peor predicamento que nunca: cada día, cada hora, ocurría una muerte; y no sólo les faltaban abrigo, comodidades y alimentos frescos, sino que escaseaba el agua misma, y el descontento era general.

Entre tanto, ¿qué hacían los dos jefes principales para aliviar a su tropa? Reñir entre sí sin cesar, y mandarse recados, a cual más altaneros. El almirante Vernon procuraba economizar sus marinos lo más posible, y pretendía que fuesen los soldados de línea los que hiciesen todas las operaciones contra los españoles; el general Wentworth, por su lado, nada quería emprender sin el auxilio de los buques, y prefería permanecer inactivo ... Entre tanto, los desgraciados ingleses morían como moscas, se pasaba el tiempo y empezaba la estación más malsana en aquellas costas, sin que en realidad hubiesen llevado a cabo cosa muy sorprendente, militarmente hablando.

Tomado el convento de La Popa, Wentworth vio desde allí que nada adelantaría sin hacerse dueño del fuerte de San Lázaro (cuyas ruinas se llaman hoy las de San Felipe de Barajas); y en un consejo de guerra reunido el 7 de abril, se acordó levantar una batería en tierra firme, para que, ayudada por un navío y algunas bombarderas que se situasen entre la península de Boca Grande y una lengua de tierra, auxiliase a los que atacaran el fuerte, escalando el cerro en que se halla y de donde se dominan la ciudad y las adyacentes campiñas.

Cuando llevaron al almirante Vernon la noticia de lo que había dispuesto el consejo de guerra presidido por el general Wentworth, sonrióse el marino con aire despreciativo, y exclamó, volviéndose a los que le rodeaban:

-¡Vaya un consejo de sabios!... ¡Vean ustedes si Wentworth y sus compañeros son ineptos! Temen atacar un fuerte tan despreciable como es aquél, y pretenden fabricar una batería que el enemigo no aguardará a ver terminada antes de abandonar el puesto.

-¿Y qué contestación da su excelencia a lo del bombardeo por los buques, en combinación con el ataque terrestre? -preguntó uno de los mensajeros.

-Mientras que el hábil ingeniero fabrica su famosa batería, -respondió Vernon con acento irónico- yo tendré tiempo de responder a la petición que se me ha hecho.

-Pero....

-¡He contestado! -exclamó con imperio el almirante-; pueden ustedes repetir lo que he dicho.

Retiráronse los enviados, indignados con los modales soeces y altaneros del almirante, y éste se quedó con nuestro antiguo amigo Keith, al cual por tanto tiempo habíamos abandonado.

Nombrado capitán de uno de los buques que naufragaron en la bahía de Vizcaya, se había quedado sin colocación; pero a la llegada de la escuadra de Sir Chaloner Ogle a Jamaica, el almirante Vernon le había dado el destino de jefe de su estado mayor, en el cual servía, aunque no dejaba de sufrir mucho con el mal carácter de su jefe.

-Su excelencia, -dijo Keith, dirigiéndose al almirante-, desprecia erróneamente la fortaleza de San Lázaro; sé de una manera positiva que las guarniciones que se han retirado de otros puntos han sido enviadas a aquel castillo, en donde sin cesar se trabaja en reforzarlo y montar cañones.

-Lo sé, -contestó el almirante-; pero a pesar de todo eso, estoy seguro de que no hay nada más fácil que tomarlo con los cuatro mil hombres que tiene Wentworth...

-Pero no sin el auxilio de las bombarderas, que su excelencia no debe negar al general.

-¿Presume usted darme consejos? -dijo el almirante, mirando con enojo al capitán.

-Yo nada presumo; pero...

-¡Puede usted dejarme solo! -repuso Vernon.

-Así lo haré, -contestó el otro, reprimiéndose con dificultad, y salió inmediatamente del camarote del almirante, ciego de ira y resuelto a no continuar a su lado. Se había colmado la medida de su paciencia, y preferiría truncar su carrera, si fuese preciso, más bien que verse continuamente humillado por su jefe.

Una hora después Vernon recibió una petición firmada por Keith, en la cual le decía que, fatigado con la inacción en que forzosamente se encontrarían los marinos en adelante, y deseoso de señalarse de alguna manera en la toma del castillo de San Lázaro, suplicaba al almirante le diese licencia para tomar el mando que le ofrecían de un batallón, cuyo jefe había muerto la noche antes, y no había quién le reemplazara. El regimiento a que pertenecía el batallón era de americanos, e iba a ser enviado al general Wentworth.

El almirante accedió a la petición sin dificultad, y Keith se trasladó a tierra sin despedirse del almirante, y sin pensar que jamás se volverían a ver en este mundo. Cuando Keith llegó al campamento de Wentworth, encontróle preparándose para el próximo ataque del castillo de San Lázaro. Habíase reconocido que sería imposible levantar una batería útil en aquel punto sin despejar primero el bosque y los matorrales que cubrían el terreno; esos trabajos, en la estación de sequedad que empezaba, serían impracticables, y morirían en ellos todos los trabajadores que lo intentasen, pues escaseaba el agua de las cisternas, y era preciso ya reembarcar la tropa, si no querían perderla toda, o hacer un último esfuerzo para apoderarse de San Lázaro primero, y después de la ciudad.

Empezaba a caer la tarde del día 8 de abril cuando el general Wentworth reunió por última vez, antes del asalto, un consejo de guerra compuesto de todos los oficiales, entre los cuales se hallaba Keith, que acababa de desembarcar con su batallón.

-Señores, -dijo el general-, las noticias que he recibido de los desertores, así como de los prisioneros que acabamos de hacer, me han hecho considerar que no debemos perder una hora en la empresa de asaltar el castillo de San Lázaro; noticias confirmadas por algunos espías que envié hasta las cercanías del fuerte. Unos y otros me han asegurado, por una parte, que cada día se fortalece más el castillo, y por otra, que no hay foso al pie de las murallas, como se decía y que éstas son mucho menos altas de lo que creíamos, y pueden fácilmente ser asaltadas con nuestras escalas. Tiene la palabra el señor Moore, que, disfrazado para escapar del peligro, estuvo hoy mismo rodeando el fuerte; él podrá daros, señores, todos los pormenores que necesitéis.

-Efectivamente, -dijo éste (que era un joven pequeño y lampiño, pero de aspecto vivo e inteligente)-; efectivamente, según lo que pude ver, hay un camino por la derecha del fuerte, que es ancho y cómodo, y nos puede llevar, sin ser casi sentidos, hasta el pie de las murallas; a la izquierda, por donde no pude ir, me aseguró un desertor que tengo en mi poder, que se encuentra una puerta de madera, mal defendida casi siempre y que fácilmente se podrá forzar, a la cual dicho desertor ha ofrecido conducirnos con seguridad, a riesgo de perder la vida, si no anda derecho.

Apenas hubo concluido de hablar el joven Moore, lo hizo otro inglés, que también había reconocido la fortaleza la noche anterior; pero éste no pudo dar pormenores satisfactorios de lo que había visto. Llamaron en seguida a los prisioneros y a los desertores, y les hicieron muchas preguntas, que tampoco fueron muy del gusto de todos los oficiales, los que no podían menos que desconfiar de gentes de quienes los unos decían habían escapado de la fortaleza en que se hallaban sus compatriotas, para ir a buscar a los enemigos, y los otros, que se habían ido a pasear por las inmediaciones del campamento de los ingleses, y dejadose coger prisioneros sin mucha dificultad. Había, pues, mucho riesgo de que aquellas gentes fuesen enviadas como espías al campamento para perder a los ingleses.

Dos de los oficiales más importantes del ejército protestaron contra el plan que se les propuso de atacar aquella fortaleza de noche, y guiados por desertores y prisioneros; pero el general Wentworth se empeñó en ello; no había para la expedición, dijo, otro remedio ni probabilidad de obtener alguna victoria contra los españoles, sino resguardándose en el corazón de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Necesitaba levantar el ánimo de las tropas, que estaban no sólo aterradas con los obstáculos que les ofrecían los muros de la ciudad, muchísimo más difíciles de forzar que los castillos de la bahía, sino que las espantaba el contagio de la fiebre que había diezmado el ejército. Se discutió y concertó, pues, el plan de ataque para esa madrugada; plan que fue comunicado inmediatamente por los mayores del ejército a los jefes y oficiales.

CAPITULO X
EL ASALTO

La noche, que había empezado sumamente oscura, se despejó de las doce para adelante, merced a ciertas ráfagas de viento que limpiaron el cielo y pusieron al descubierto las estrellas.

A las dos en punto de la mañana de aquel día nueve de abril, que tan aciago fue para los ingleses, las tropas se hallaban desplegadas y formadas sobre la playa, al lado opuesto del estero que divide la isla de Manzanillo de la Tierra Firme.

Debíase asaltar la fortaleza por dos lados al mismo tiempo, confiando en que, a una señal dada, las bombarderas pedidas al almirante cumplirían con su deber desde la bahía. El brigadier general Guise era el comandante del asalto, y debía tomar el camino de la derecha del castillo, mientras que el coronel Grant tomaría la vía de la izquierda y forzaría la puerta de madera de que había hablado el desertor. Al general Wentworth tocaba quedarse abajo con la reserva, la cual entraría en batalla, si no alcanzaban la victoria.

Las estrellas titilaban en el cielo, y algunos luceros brillaban tanto, que daban una luz casi tan viva como la luna, cuando el ejército rompió marcha en silencio y se dirigió hacia el castillo que se distinguía en la cumbre del cerro, negro, severo e imponente.

Rompieron la marcha los granaderos por el lado derecho, seguidos por el batallón americano que interinamente mandaba el capitán Keith. Como el clima quitaba las fuerzas a los granaderos, se les quiso aliviar del peso de los morrales en que cargaban las granadas de mano, los cuales fueron confiados a un destacamento del batallón americano, que llevaba las escalas, para que en el

momento del ataque les devolviesen los morrales con las granadas, y ellos echasen las escalas al muro, según se les mandase.

Pero no bien empezó la marcha, cuando comenzó a encapotarse el cielo, el cual se fue poniendo a cada momento más oscuro, hasta que todos quedaron sumergidos en profundas tinieblas. Nada se veía ya, y como era prohibido llamar ni hacer ruido alguno, unos y otros se guiaban sólo por el rumor que hacía la tropa al marchar y el brillo fugitivo de las armas al moverse.

Sea que el guía que debía señalar la marcha por la derecha del fuerte les hiciese voluntaria traición, o que equivocase el camino, con motivo de la extraordinaria y repentina oscuridad de la noche, lo cierto es que en lugar de llevarles por la buena vía, les hizo tomar una vereda por el frente mismo del castillo, vereda escarpadísima, descubierta a la vista de los centinelas que allí velaban. No bien estuvo la tropa inglesa a una cuadra de distancia del castillo, cuando corrió la voz de alarma en el interior de sus muros, y recibieron de repente los que avanzaban adelante una descarga de artillería, que dejó sobre el campo muchos muertos, mutilados y heridos; pero, no obstante esto, los enemigos continuaron avanzando intrépidamente hasta el pie mismo de los muros. Allí asaltaron las primeras trincheras españolas, en donde se trabó un espantoso y mortal combate. Entre tanto el coronel Grant llegaba a la puerta de madera, guiado por un desertor portugués.

Este se adelantó solo, dejando a los demás atrás.

-¿Quién vive? -le gritaron desde adentro.

-¡España y Felipe V! -contestó él.

-¡Haga alto! -le contestaron.

El otro se paró.

-Vengo a hablar con el capitán Perol, -dijo el desertor.

-¿Quién es usted? -le preguntaron.

-Miguel Continho, que quedó fuera de los muros por equivocación ayer de mañana.

-¡Es un desertor! -gritó uno adentro-. ¡Y un traidor!, pues veo muchas sombras más lejos.

-¡Enemigos! -exclamó un centinela.

-¡Apunten, fuego! -se oyó que dijo el capitán Perol, y una descarga cerrada barrió la vanguardia del enemigo. Entre éstos murió el desertor portugués, a pesar de que había tratado de huir al verse reconocido por los de adentro.

El coronel Grant avanzó entonces para no dar tiempo a que volviese a cargar el enemigo, y lanzándose sobre la puerta de madera, mandó poner las escalas que llevaba prevenidas; pero resultaron demasiado cortas. Entre tanto, el fuego continuaba empeñado entre los asaltantes y los defensores, con brío singular.

Viendo aquello el coronel Grant, quiso tomar otra vía y atacar la fortaleza por otro lado, pues en aquel sitio sus soldados sufrían la muerte sin poder hacer daño alguno a los españoles, que se defendían con una sorprendente actividad, sin dejar de hacer fuego un momento; pero no supo qué hacer al pie de muros desconocidos y sin quién le condujese a otra parte, y resolvió, lleno de coraje y desesperación, volver a embestir la cerrada puerta, llevando a ello todo el regimiento que comandaba.

-¡A ellos! -gritó con una voz estentórea que se oyó clara en medio de la estridente fusilería y los roncos cañonazos-. ¡Mueran los españoles! -añadió con la espada desenvainada, arrojándose al asalto por encima de los cadáveres tendidos al pie de las fortificaciones. Pero aquel valor y denuedo fueron inútiles: no bien hubo dado algunos pasos, cuando cayó mortalmente herido, y los que le acompañaban retrocedieron espantados. Entonces el oficial que le sucedía en el mando, no sabiendo qué hacer en semejante conflicto, tocó retirada, y los que habían quedado sanos se fueron a situar detrás de un pliegue del terreno, en donde se ocultaron mientras que se mandaba avisar al general Guise la desgracia que había ocurrido.

Este continuaba, entre tanto, el asalto a las trincheras españolas; las amenazas, las voces de mando por una parte y otra, los toques de corneta, el redoble de los tambores, el estrépito de la fusilería, el estruendo de los cañonazos, los gritos de dolor y de rabia que se oían, helaran por cierto la sangre a otros menos valientes y menos tenaces. Al fin los españoles hubieron de abandonar las trincheras y retirarse detrás de las primeras fortificaciones avanzadas, defendidas por gruesos muros. Los ingleses se apoderaron de las trincheras, dando gritos de triunfo, y llegaron hasta el pie de las murallas. Guise dio una gran voz.

-Capitán Keith, -dijo-, ¡que los americanos arrojen las escalas sobre los muros!

-¡Las escalas! -gritó éste volviéndose a los suyos-. ¡Las escalas!

Todos se miraron espantados. ¡No parecían las escalas! Algunos de los encargados de ellas, en medio de la confusión y la oscuridad de la marcha, las habían arrojado para apoderarse de algunos fusiles con los cuales pelearon sobre las trincheras que acababan de tomar, sin acordarse de su cometido.

En aquel momento Guise recibía el parte que le mandaba el comandante de la columna encomendada a Grant; y supo la muerte de éste y la angustiosa situación en que se hallaban los que debían haber forzado ya la puerta por el camino de la derecha. Comprendió el general que a la venida del día, cuyas luces ya empezaban a teñir el cielo por el levante, todos perecerían, expuestos a los certeros tiros de los españoles, que no habían cesado de hacerles fuego, y, a pesar de la oscuridad, de matarles gente incesantemente.

-¡Un esfuerzo más para conseguir la victoria! -gritó entonces el general, y animando a sus tropas, volvieron de nuevo al ataque de las murallas. Con unas pocas escalas que habían encontrado botadas por el suelo, procuraron escalar el cercano muro... Algunos, y el primero de todos Keith, lograron subir por las escalas, en un momento en que la luz del día asomaba clara y serena por el lado de oriente. Un inmenso grito de rabia se dejó oír sobre las murallas del castillo al notar que el enemigo avanzaba sin cesar y que preparaba un esfuerzo heroico para tomar la plaza por asalto. Viose al mismo tiempo avanzar por los caminos de la playa un refuerzo de 500 hombres más, que mandaba el general Wentworth para que apoyasen el ataque de Guise.

-¡A ellos, a la bayoneta! -gritó el gobernador del fuerte, y saliendo los españoles de improviso por diferentes puertas, apoyados por la artillería situada sobre los muros, cargaron sobre los enemigos con tanto ímpetu, que les forzaron a volver la espalda y huir.

Guise entonces, para cubrir la vergüenza de la fuga, mandó tocar retirada, la cual se ejecutó con algún orden, apoyada por la columna que había enviado Wentworth a auxiliarle. Los españoles no quisieron perseguir a los enemigos que huían, y después de recoger a los heridos y rezagados que habían quedado al pie de las murallas, entraron nuevamente en la fortaleza, mandaron tocar alegres dianas sobre las murallas, para que oyesen, por una parte el vencido enemigo, y por otra la ciudad de Cartagena, que había estado escuchando, sin saber el resultado del terrible combate, cuya duración fue de tres horas, con una furia medrosa y continua por uno y otro lado.

No hay concordancia entre los historiadores españoles e ingleses acerca de los muertos, heridos y prisioneros que resultaron de aquel combate. Sin embargo, vistos los estragos causados por un asalto como debió ser aquél, no ponemos nuestra confianza ni en los partes de los ingleses, que tenían interés en que no aparecieran tantas pérdidas, ni en los de los españoles, que naturalmente quisieron exagerar los frutos obtenidos por ellos con aquella victoria: el lector juzgará de ello lo que le parezca, pues le presentaremos los documentos de unos y otros.

Los partes ingleses dicen que en aquel asalto tuvieron 170 muertos -entre oficiales y soldados-, 459 heridos, muchos de ellos mortalmente, y 16 prisioneros.

Los españoles dijeron que los ingleses habían perdido 800 muertos y 200 prisioneros, éstos casi todos mal heridos, en tanto que de los que defendían la fortaleza no hubo más bajas que las de 200 hombres, entre muertos y heridos.

Convínose por ambas partes en suspender las hostilidades durante algunas horas, para recoger los heridos y dar sepultura a los cadáveres. Concluido este deber, el 10 de abril se embarcaron los heridos ingleses, los cuales murieron casi en su totalidad, y mientras se hacía esto continuaron arrojando tiros los morteros que habían montado los invasores frente al castillo de San Lázaro, y éste contestando con brío, hacía bastante daño en el campamento enemigo.

Es preciso ahora que volvamos a buscar al capitán Keith, a quien dejamos en situación muy crítica, escalando los muros de la fortaleza, en el momento en que la claridad del día bañaba con serena luz el campo de batalla, sembrado de cadáveres y cubierto de sangre.

CAPITULO XI
EL DESENLACE DE TODO

Keith se había lanzado sobre la primera escala que fue puesta contra la muralla exterior del castillo de San Lázaro, y con toda la agilidad de un marino había subido por ella con la espada desenvainada y alentando con sus voces a los soldados que le seguían.

Pero no bien hubo dado el salto sobre el parapeto, cuando recibió una descarga cerrada, y que le atravesó ambas piernas, y cayendo de redondo, largo a largo, quedó allí sin sentido, hasta que concluyó el combate y los españoles fueron a hacer las rondas sobre las murallas.

-¡Otro cadáver! -exclamó uno-, y parece ser el de un oficial de alta graduación.

-Es el de un marino, capitán de un navío de guerra por lo menos. Vea usted, señor don José de Leyva, los galones que lleva, -repuso otro.

Al decir esto, volvió sobre el costado al supuesto muerto.

-¡Ay! -exclamó Keith, volviendo en sí.

-¡No ha muerto! -dijo el bueno de don José, y añadió, dirigiéndose a los que le acompañaban-: Es un gallardo joven. Que traigan una camilla para llevarle al hospital militar; quizá podremos salvarle.

Una pálida sonrisa se dibujó sobre los labios del herido, y murmuró entre dientes:

-¡Gracias!

-¡Habla español! -dijo el otro-; así es mejor, porque nos podremos entender más fácilmente.

En el momento en que iban a levantar al herido, éste llamó al que le había amparado, y haciendo un esfuerzo, dijo con voz debilitada:

-Le he oído llamar a usted don José de Leyva. ¿Ese es el nombre de usted?

-Sí; pero...

-Tengo que hablarle antes de morir: no me abandone usted...

A pesar de los cuidados con que transportaron al herido al hospital militar, el dolor agudo que le causó el movimiento le hizo perder de nuevo el sentido.

-Será preciso amputarle ambas piernas, -dijo el cirujano, después de examinarle cuidadosamente.

-¡Pobrecillo! -repuso don José de Leyva, el cual andaba vestido de militar, pues había tomado las armas para defender los muros de Cartagena, apenas se acercaron los enemigos; pero aquel día lo había pasado casi íntegro al lado del herido inglés, que parecía haberle cobrado súbito cariño.

-¿Qué hará así mutilado? -añadió con acento de compasión.

Keith había recobrado su conocimiento; pero estaba muy débil, y casi no podía articular palabra. Sin embargo, algunas cucharadas de caldo que le administraron 1 le volvieron el ánimo.

-Prefiero la muerte, -dijo al cirujano que le ponía los últimos vendajes, después de un minucioso examen-. ¿No hay esperanza de salvarme de otro modo?

-En este clima no la hay... Y aún así la operación podrá costarle la vida; mi deber es advertírselo. Vendré dentro de dos horas a saber cuál es su resolución definitiva.

-Yo no temo la muerte, -repuso Keith-, y tanto menos, cuanto he tenido el gusto de encontrarme con el señor don José de Leyva.

Este le miró sorprendido.

-No entiendo, -dijo-, y hace doce horas que me devano el entendimiento para comprender cuál es el interés que usted me ha manifestado.

-Mi nombre es Roberto Keith...

-Sí será; pero...

-¿Es decir que usted nunca recibió una carta que tuve el honor de dirigirle ahora algunos meses?

-¿Una carta de usted a mí? ¿Y con qué objeto?

-Esta le explicará a usted el misterio, -contestó Keith-, sacando un papel cerrado de un bolsillo secreto de su chaqueta de marino, que aún conservaba puesta.

-¡Está dirigida a mí y fechada en Londres!...

-Efectivamente.

-¿Quién me puede escribir de Inglaterra?

-Vea usted la firma.

-¡Albertina de Leyva, esposa de Keith!... -gritó el otro, mirando al herido con asombro.

-Mi esposa, sí señor.

-¿Usted fue quien me arrebató mi hija de Portobelo? ¡Usted!...

Y al decir esto se acercaba con aire amenazante al herido.

-Lea usted primero la carta de Albertina, -contestó el capitán-, y en seguida, le daré todas las explicaciones que exija, pues yo...

No pudo hablar más por ser extremada su debilidad. Acercóse Leyva a un mechero que ardía en un rincón del aposento -pues ya era de noche-, y no sin dificultad leyó una larga carta que su hija le había escrito, para el caso de que Keith se encontrase con su padre en Cartagena, por alguna casualidad. Cuando el español hubo concluido la lectura, se acercó de nuevo al capitán, y sin desarrugar el entrecejo, le dijo:

-¿Y quién me garantiza que usted no engañó a esa desgraciada, y que su matrimonio no sea una farsa para acallar sus escrúpulos?

-Mi palabra de honor, -contestó el herido-, y estos documentos que, con el objeto de satisfacer a usted, he traído de Londres.

Al decir esto le alargó un paquete de papeles.

Don José de Leyva los estuvo mirando largo rato, y al fin dijo:

-Yo no entiendo inglés.

-¿Y no habrá quién le explique a usted lo que allí está escrito?

-En Cartagena quizá... Iré a pedir licencia para pasar a la ciudad con un destacamento que debe ir a tomar órdenes del virrey dentro de un rato.

Y sin mirar al herido, salió desolado del hospital, y rato después bajaba del castillo con un piquete de soldados, con dirección a Cartagena.

Don José de Leyva permaneció ausente toda la noche, y no regresó al castillo de San Lázaro sino al romper el alba, y en el momento en que el capitán Keith estaba agonizando.

El cirujano no se había atrevido a hacerle la amputación, y entre tanto se le gangrenaron las heridas. Sin embargo, Keith reconoció a su suegro, le alargó la mano, se la apretó, y, al entregarle un papel, le dijo, antes de expirar:

-Pida perdón a Albertina en mi nombre. Si la hice desgraciada... mi muerte la deja libre otra vez; mi deseo era hacerla feliz; otro quizá lo conseguirá.

El papel que entregó a don José de Leyva era la copia del testamento que había hecho en Londres antes de partir, y por el cual dejaba todos sus bienes a su viuda.

.....

Volvamos ahora al campamento de Wentworth, y veamos qué había sucedido allí después del frustrado asalto al castillo de San Lázaro. Aquello había hecho comprender a los ingleses que sería enteramente impracticable la toma de la plaza de Cartagena, e inútil, y hasta un crimen, acabar de hacer morir, delante de los inexpugnables muros de la ciudad, las tropas que habían quedado sanas. De hora en hora aumentaban las enfermedades, y el pánico que se había apoderado de todos no era de las balas del enemigo, sino de las fiebres y demás enfermedades que sus médicos no sabían curar y que habían matado ya casi las dos terceras partes del ejército y de los marinos. Por otra parte, la mala voluntad entre el almirante Vernon y el general Wentworth, crecía sin cesar: el primero no permitía que los buques y sus tripulaciones sirviesen en cosa alguna para el asedio y el ataque de la plaza, y el segundo aseguraba que la tropa sola no podría jamás obtener triunfo alguno.

Después de varios débiles ataques a la fortaleza de San Lázaro y a algunos de los baluartes avanzados de la ciudad, al fin se resolvió abandonar definitivamente la empresa. El 16 de abril se levantaron las tiendas de campaña; la tropa se formó sobre la playa, y fue embarcándose con todo orden en los botes enviados para el caso, sin que los españoles la hostilizasen en cosa alguna en su retirada.

La tropa y la marinería se ocuparon después en destruir los fuertes y castillos de la bahía, prender fuego a los buques de guerra que habían tomado a los españoles cerca de Boca Chica, y hacer todos los daños posibles en los lugares del contorno. Más de un mes gastaron en aquella obra de destrucción y en los preparativos para abandonar el asedio de la plaza. Entre tanto, continuaba la mortandad entre la tropa y los marinos, y no se oían sino los ayes de los moribundos y las imprecaciones de los enfermos y de los que temían estarlo.

Al tiempo de abandonar la bahía de Cartagena, la escuadra de Vernon dejaba sepultados en sus playas a más de nueve mil hombres, que perecieron, unos de resultas de los combates, pero la mayor parte víctimas de las enfermedades que les habían acometido. Dícese que murieron allí siete coroneles, tres tenientes coroneles, catorce capitanes y diez y ocho tenientes. Algunos historiadores aseguran que la pérdida de los ingleses no bajó de diez y ocho mil hombres; pero aquel concepto parece exagerado.

.....

Era ya el 20 de mayo, cuando los sitiados cartageneros tuvieron la satisfacción de ver desaparecer la última vela enemiga.

El virrey Eslava se había manejado con tanto valor personal, que aun recibió una herida, aunque leve; y en cuanto a su pericia y actividad, los historiadores no cesan de encomiarle. Ayudábale en todas aquellas faenas, sin descansar día ni noche, el jefe de escuadra don Blas de Lezo, a quien hemos visto que tanta ojeriza tenía el almirante Vernon, el cual tuvo que volverse a llevar las famosas medallas, con las que de antemano había pretendido humillarle.

Deseosísimo don José de Leyva de recuperar a su hija, que no podría indudablemente vivir contenta en Londres, lejos de su padre y de sus compatriotas, pidió permiso al comodoro Ogle para embarcarse en un buque que éste iba a despachar para Inglaterra, con el objeto de irse a reunir a Albertina y llevarle la noticia de la muerte de Keith.

Por haber partido con la escuadra inglesa, don José de Leyva no estuvo presente en la magnífica fiesta de iglesia que el virrey mandó celebrar con gran pompa en acción de gracias por el felicísimo triunfo obtenido sobre los ingleses.

El virrey Eslava fue premiado en España por el rey, que le concedió un título más alto de nobleza, a él y a su hija mayor, y a su regreso a la madre patria le dio el ministerio de guerra.

Desgraciadamente don Blas de Lezo, fatigado con los muchos trabajos que tuvo en el sitio de Cartagena, sucumbió el 4 de septiembre de aquel mismo año, y sus huesos se conservan en la Ciudad Heroica. Como no hubiese tiempo de premiarle, el rey de España agració a su primogénito con el título de Marqués de Oviedo, y le hizo otras mercedes.

En cuanto a Albertina de Leyva, no hemos podido averiguar qué fue de ella después de su regresó a Cartagena con su padre, adonde llegó un mes después de la muerte de don Blas de Lezo, y desembarcó en el momento en que se celebraban en la catedral de Cartagena unas suntuosas honras por el descanso de su alma.

.....

Hasta aquí el lector nos ha acompañado a través de los siglos, desde la primera expedición de piratas sobre Cartagena, encabezada por Roberto Baal, en 1544, hasta la frustrada tentativa del almirante Vernon, dos siglos después. Quisiéramos describir también el más heroico de los sitios que ha sufrido Cartagena: el del pacificador Morillo en 1815... Pero preferimos no discutir aquellos hechos dolorosísimos de la epopeya de nuestra independencia, en la cual los descendientes de los mismos que combatieron juntos para rechazar al extranjero, se hacían entre sí tan ruda guerra... Corramos un velo sobre aquellos acontecimientos; y por ahora no recordemos sino que las glorias de España fueron también las nuestras durante tres siglos en América, así como las habían celebrado nuestros mayores desde la época de Numancia hasta la de Zaragoza, bajo una misma bandera.